

BL

240

.M65

UN PEQUEÑO LIBRO

DE ACTUALIDAD.

Juan Bta. Rodríguez
San Juan, P.R.

17
182

DE CIRCULACION GRATUITA.



PUERTO-RICO.

IMPRESA DE JOSÉ GONZALEZ FONT.

1884.

L.

PL 240
.M65

39263



AL LECTOR.

Una feliz y providencial casualidad ha hecho que en los primeros días del último Noviembre haya llegado á esta Capital una colección de obras del Abate Moignó, inspiradas en las ideas y en los escritos de los más eminentes sabios de Europa.

El deseo de dar á conocer estas obras y presentar como muestra algunos trozos de las mismas surgió en el acto en nuestra mente, en la absoluta seguridad de que haríamos un verdadero servicio á los padres de familia y otro aún mayor á la juventud puerto-riqueña.

Y, en efecto, este doctísimo hombre de ciencia, con una ortodoxia que la censura más severa aceptaría desde luego ; con la copia de datos y conocimientos que caracterizan al eminente sabio ; y con una fuerza de lógica incontestable, deduce conclusiones que son altamente consoladoras para el hombre que siente desmayar su fé ante las utopias que constantemente están saliendo al público palenque en el siglo que atravesamos.

Si con este pequeño libro conseguimos afirmar en sus creencias al vacilante y hacer vacilar al descreido, habremos llegado aún más allá de lo que nos proponíamos y habremos tambien agregado nuestro humilde grano al montón formado por el distinguido sabio francés, cuyos escritos son hoy leidos con avidez en todo el mundo civilizado y muy especialmente por los hombres de ciencia que consagran su vida á la investigación de la verdad.



LA FÉ

Y

LA CIENCIA

POR

EL SR. ABATE MOIGNO.

Soror nostra est, crescere in mille millia.
Genésis cap. XXIV vers. 50.

BL 240
M65



INTRODUCCION.

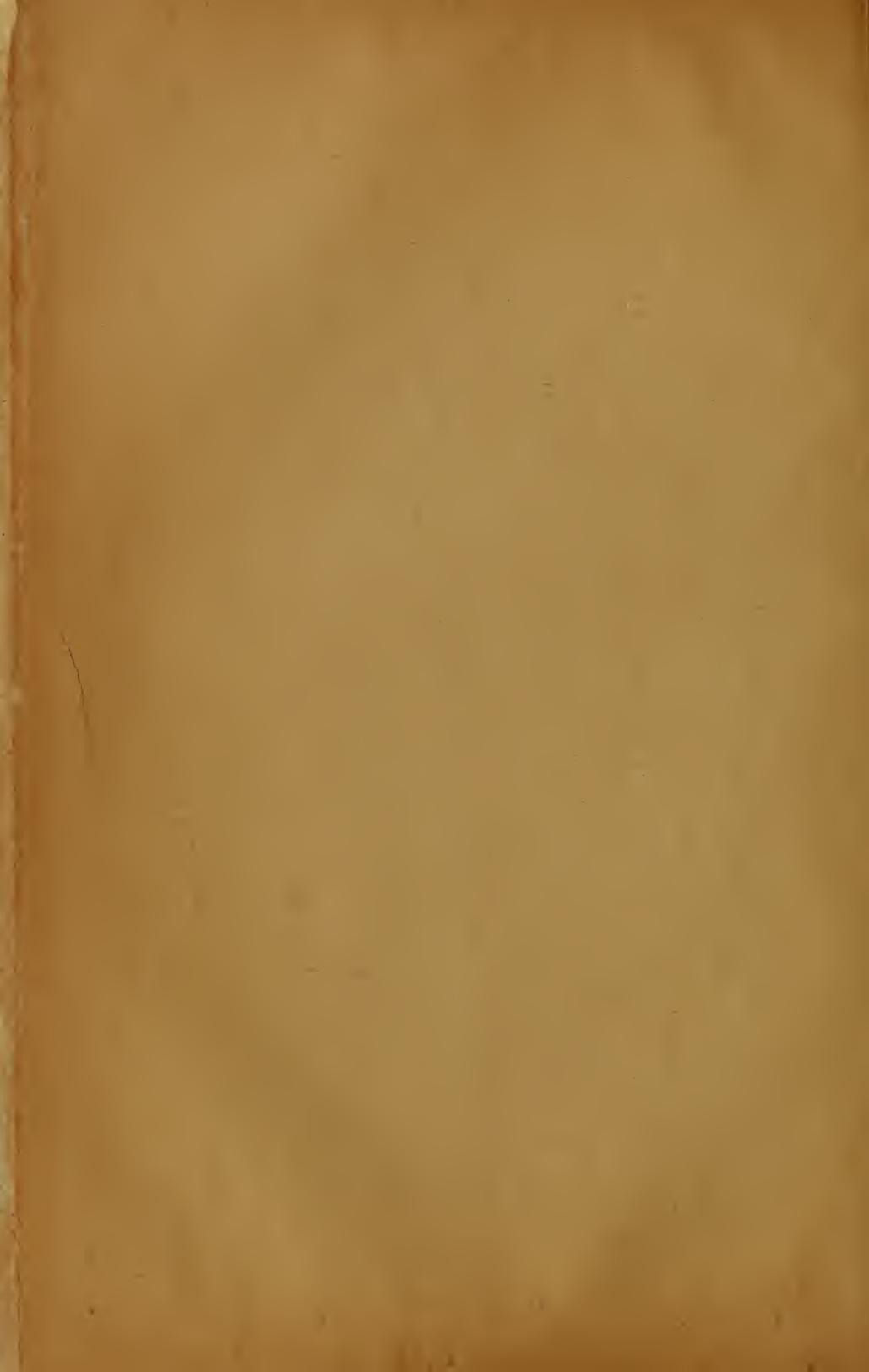
Ah ! Ya hace mucho tiempo que la Ciencia se ha insurreccionado contra la Fé ; pero en el mes de Setiembre de 1874, esa insurrección tomó un carácter de universalidad y de violencia verdaderamente extraordinario. Hubiérase dicho que era uno de esos huracanes equinocciales, que, con sus torbellinos impetuosos, amenazan destruirlo todo.

Espíritus distinguidos, entre los jefes del movimiento científico en Inglaterra, en Alemania, en América, parecían haberse dado la palabra de orden para entrar simultáneamente en la arena y librar el gran combate.

Centinela avanzado de la verdad, he oido el grito de alarma : *Custos, quid de nocte* ; Qué pasa en esta noche profunda ? He tomado en la fuente de la vida el guijarro de la fé, lo he colocado en la honda de la verdadera ciencia y vengo á levantar el guante arrojado por esos goliats.

He realizado en mí, con la gracia de Dios, la conciliación de la Fé y de la Ciencia. He estudiado más que todos los campeones del libre pensamiento y mi fé se ha conservado pura y viva ; Esa dichosa conciliación ha sido comprobada, consagrada, por la voz bendita del Sumo Pontífice ! ; Por qué no aspirar á realizarla en otros muchos ?

Tengo confianza en el efecto de ilustración que producirá este modesto folleto ; y para abrirle mejor el camino, lo he hecho preceder de algunas páginas sobre la situación recíproca de la Ciencia y de la Fé, escritas hace algunos años y que no han visto la luz. Esas páginas disiparán, así lo espero, crueles preocupaciones ; ó al ménos darán un sangriento mentís á los que se esfuerzan en hacer creer, contra toda razón, en un antagonismo quimérico y profundamente sensible.



PREFACIO.

¡ La fé no tiene que temer nada de la ciencia verdadera, de la ciencia adulta, de la ciencia que ha llegado al estado de certidumbre absoluta ! Por el contrario, puede decirle sin titubear : *Sois mi hermana muy querida, creced, creced y creced sin cesar.* La ciencia verdadera es la perfección del espíritu, como la virtud es la perfección del corazón.

Pero, como no deja de ser humana, la ciencia, como todas las cosas humanas, tiene sus tropiezos y sus debilidades. Si es el árbol del bien, puede también ser el árbol del mal ; el loco amor á la ciencia es el que ha perdido al género humano ; sus peligros son muchos y considerables, y nos hacemos un deber de enumerarlos.

1º *La ciencia es demasiado naturalmente vana y orgullosa.* Infla, incha ; mientras que la primera condición de la fé es ser sencilla y humilde. San Pablo comprobaba ya en su tiempo que entre los primeros cristianos se contaban muy pocos sabios y filósofos. La ciencia que hace vano y orgulloso, que conduce á insurreccionarse contra la fé y que la rechaza, es la ciencia naciente, la media ciencia. Me atrevo á compararla al pilluelo de París, que ataca é insulta todo lo que no sea él, pero que, cuando llega á ser hombre, se coloca á su vez en la escuela del respeto. El verdadero sabio sabe, ántes que todo, que no sabe nada, ó que lo que sabe es muy poca cosa ; es humilde y puede permanecer cristiano. La fé cristiana y católica ha contado y cuenta todavía en su seno grandísimo número de sabios ilustres.

2º *La ciencia es exclusiva.* Vivimos en el seno de una aberración verdadera, consecuencia de un materialismo grosero. Hay quien se obstina en no considerar como ciencias, sino las ciencias de observación, las ciencias de los hechos de la naturaleza y de la vida. Hay en el mundo evidentemente otros seres además de los seres físicos y simplemente vivientes ;

así, pues, la ciencia, que es esencialmente el conocimiento de los seres y de sus relaciones, no está limitada al dominio de las ciencias naturales.

La ciencia es también exclusiva y es uno de sus mayores peligros, por el abuso de sus procedimientos de demostración ; no quiere creer sino en lo que puede entrar en sus ecuaciones y en sus fórmulas, en lo que su escalpelo puede tocar y cortar, en lo que puede ver con sus ojos armados de los maravillosos instrumentos que ha creado.

La ciencia, en fin, es exclusiva, porque concluye algunas veces por absorber enteramente al que se entrega á ella con ardor. No tenemos los hombres sino una cantidad muy limitada de fuerza viva que gastar en este mundo ; si la agotamos en un orden de ideas ó de estudios, no nos queda nada para los demás. Muchas veces se han visto geómetras que han perdido el sentimiento de la familia ; la esposa y los hijos nada eran para ellos : ¿ cómo no habían de hacerse extraños á todo pensamiento de fé ? La ciencia llega á ser para estos espíritus abstractos el medio indispensable para su existencia, lo que el agua es para el pez, el aire para el pájaro ; querer conducirlos al medio de lo sobrenatural y de la fé, es provocar una reacción violenta.

3º *La ciencia es revoltosa.* Jamás la fé intentaría insurreccionarse contra la ciencia, si ésta no se presentase incesantemente como su adversaria y hasta como enemiga encarnizada é irreconciliable. La media ciencia es la que vá por todas partes diciendo que es opuesta á la fé, incompatible con la fé, hasta el punto de hacer á la fé más y más imposible. Sus afirmaciones, ó mejor sus pretensiones, son falsas, absolutamente falsas, como lo probaremos hasta la evidencia ; pero insiste tanto que abrimos forzosamente los ojos. ¿ No es muy natural que nos mostremos desconfiados de vuestra ciencia insurrecta, de vuestra ciencia hostil, por lo mismo que es insurrecta, puesto que de propósito haceis de ella un espantajo contra nuestra fé ?

Si no fuéseis tan provocadores, ¿ porqué habría de espantarse la Iglesia de vuestros progresos ? Ella es la que, después de haber vencido la barbarie, ha hecho revivir la literatura y la filosofía en el seno de las sociedades modernas. Los primeros institutores del mundo nuevo fueron religiosos y sacerdotes. Si la preocupación pagana no hubiera detenido brusca-mente su trabajo de regeneración y de constitución, habría

hecho á la Europa á la vez que cristiana, sabia. Escojed el ramo de las ciencias que querais, y entre los grandes maestros de cada uno de ellos, os mostraremos cristianos fervientes, mientras que os retamos á que citeis, ántes del siglo diez y seis, un sabio que no estuviere unido á la Iglesia por estrechos lazos.

Ah ! si no se la hubiese despojado violentamente de todos sus bienes ; si la subvención del Estado, que apenas basta para no morir de hambre, diese al clero cierto bienestar ; si no se reclutase, casi exclusivamente en las clases pobres y medianas de la sociedad ; si no se viese absorbido por las obligaciones de su santo ministerio ; si se le concediese la libertad de la enseñanza superior ; si se le dejase abrir Universidades libres, en las que pudiera iniciarse en todas las conquistas de la ciencia, sin beber el veneno mortal de las doctrinas degradantes del materialismo ; sí, en una palabra, al confiscar la enseñanza, dejándola hacerse irreligiosa, no se persiguiera de hecho el resultado buscado por Juliano el Apóstata, cuando entredichaba á los cristianos la entrada en las escuelas del imperio romano ; veríais con qué ardor y con qué buen éxito se esforzaría la Iglesia Católica en sostener la cuerda del progreso en todos los ramos de los conocimientos humanos.

Yá en 1846, en un folleto titulado : *Principios fundamentales por los que deben resolverse en los momentos presentes las dos grandes cuestiones : 1.º De las relaciones de la Iglesia y del Estado. 2.º De la libertad y de la organización de la enseñanza* ; decia yo : “ Es necesario que el Gobierno autorice ó mejor provoque en muchos puntos de Francia la formación de Universidades libres que tengan su organización propia, sus rentas, sus derechos, sus grados &c. La competencia sería entónces más seria y la rivalidad más fecunda ; los estudios fuertes se estimularían más eficazmente ; los hombres verdaderamente instruidos, los profesores verdaderamente hábiles, verían abrirse ante sí nuevas salidas, podrían crearse, fuera del Estado, un porvenir seguro : al mismo tiempo esto sería para el gobierno una fuente de economías importantes, puesto que las Universidades libres no le pedirían nada al presupuesto. La Universidad católica de Louvain no cuesta un céntimo al gobierno belga, y no obstante ha producido ya un bien considerable ; ha puesto en evidencia grandes talentos que, sin ella, hubieran permanecido en las sombras ; ha reunido, en su derredor, un grupo de profesores justamente renombrados ; ha formado bri-

llantes alumnos, sus grados y sus dignidades académicas gozan de grande honor &c, &c. ¿ Por qué no ha de permitirse á los católicos de Francia seguir tan noble ejemplo ? O mejor, ¿ con qué título se opone el gobierno á la erección de semejantes Universidades ? La enseñanza, lo mismo que la industria y el comercio, es un derecho sagrado : no comprendemos porqué no se pueda formar para la creación de una Universidad, una sociedad en comandita ó anónima, como se forma todos los días para la explotación de una industria material. En Alemania se ha realizado plenamente el sistema de las Universidades independientes ; y es un hecho brillante que, en aquella tierra de la libertad de enseñanza, los estudios científicos son incomparablemente más serios que entre nosotros

Veinte y cuatro años (hasta hoy son treinta y ocho), han transcurrido y la enseñanza superior continúa siendo dada por el Estado ; y como el Estado se ve obligado moralmente por más que nombre y pague los profesores, á dejarlos en libertad de exponer sus doctrinas ; como la ciencia se ha divorciado fatalmente de la fé ; como los maestros actuales son algunas veces libres pensadores, y con frecuencia incrédulos ó indiferentes, el Estado se vé condenado á hacer pesar sobre sus súbditos católicos la tiranía de una enseñanza materialista ó impía. Triste es decirlo ; pero en un país católico en su gran mayoría, el odio á la religión y al clero es tal que hasta los amigos de la ciencia estarían dispuestos á no querer nada de ella, si tuviese que ser enseñada por ministros de la religión. ¡ Y sin embargo la enseñanza cristiana es la más eficaz y la más solicitada de todos ! En otro tiempo, bajo la dirección de los Jesuitas y de los Sacerdotes, los colegios de las más pequeñas ciudades de Francia, de Vannes, de Quimper, de Dole, de Clermont, de Billon, de Puy, contaban siete, ocho, novecientos alumnos. Estos alumnos, ricos de instrucción, con una educación fuerte y elevada, no se disgustaban al volver á la pequeña ciudad ó á la aldea en que habían nacido ; volvían á adoptar con placer los gustos sencillos de sus modestas familias ; y no se espantaban ni aún de las privaciones y de las austeridades de la vida campestre. Hoy día, esos mismos colegios, convertidos en una carga enorme para las ciudades, reúnen de sesenta á cien alumnos, cuya instrucción, tendré el valor de decirlo, es inferior en general á la de sus abuelos ; cuya educación no solo es nula, sino mala ; y que, avergonzados de la vida de los campos, y disgustados de la vida de provin-

cia, arrebatados por una ambición facticia ó por motivos menos nobles todavía, se precipitan hácia los grandes centros de población, aspirando, ante todo, á vivir, ó mejor á vegetar, del presupuesto del Estado.

No hace diez años todavía que se concedió la libertad de enseñanza secundaria y más de la mitad de los alumnos ha venido á agruparse en los establecimientos fundados por los Obispos ó por Congregaciones religiosas. En estos momentos, la institución que dá más alumnos á las Escuelas del Estado, á la Escuela politécnica, á la Escuela militar, á la Escuela naval, á la Escuela forestal, á la Escuela central de artes y manufacturas &c, es la Institución de Santa Genoveva, dirigida por los Padres de la Compañía de Jesús. Concedednos la libertad de la enseñanza superior, autorizadnos para fundar Universidades libres y vereis si la Iglesia es enemiga de las luces.

Afirmarlo sería una odiosa calumnia. Para probarlo séame permitido reasumir rápidamente el mandamiento de su Eminencia el Cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon, en que anunciaba, hace algunos años, su proyecto de fundar una casa de altos estudios para el clero; y recordaba con tal motivo el voto enunciado en estos términos por el concilio provincial de Lyon: “Los Obispos de esta provincia desean que cuanto ántes y tan luego tengan la posibilidad, por medio de los cuidados comunes y de la unión de todas las fuerzas, se erija en esta metrópoli una escuela á la que se envíen de cada diócesis jóvenes escogidos que habiendo recorrido con honor el círculo ordinario de los estudios y habiendo sido juzgados propios para las funciones de la enseñanza, puedan entregarse por completo al estudio especial de las letras humanas, á fin de que un día se distingan en toda clase de ciencia y no sean inferiores á ninguno de los maestros que puedan venir de fuera.” (Decretum XXV. De scholis).

El venerable prelado entraba enseguida en materia.

“Al lado de los apóstoles que se inmolan, la Iglesia ha tenido siempre sus doctores que enseñan, que escriben, que disertan, que demuestran la vanidad de los ataques pretenciosos de la falsa ciencia, ó la locura de los blasfemos de la impiedad. Hoy, más que nunca quizás, la sociedad cristiana parece tener el derecho de pedir á la Iglesia que le dé esos hombres superiores. No hay un ramo de los conocimientos humanos sobre el que no eche su mirada escrutadora. Son incalculables los servicios que podrá hacer en su día á la causa

de la verdad, si es modesta y prudente ; pero es imposible predecir los funestos extravíos á que nos ha de arrastrar, si se deja arrebatar por el soplo del orgullo. Cuan necesario es, por tanto, que la Iglesia tome su puesto en este gran movimiento para animar, conducir y dirigir los espíritus dóciles, y para oponer una barrera infranqueable á las invasiones del error."

"Ha llegado el momento de poner mano á la obra. Por todas partes se levantan voces amigas que nos lo piden y nos impulsan ; y cedemos á estas invitaciones tan conformes á las necesidades de la Iglesia y á los deseos del clero . . . Lo diremos muy alto, nuestro más profundo anhelo es que, en esta Francia tan bella, muchas creaciones semejantes á la que intentamos preparen á nuestras familias en las filas del clero, maestros que se encuentren á la altura de las exigencias de nuestro siglo ; de tal modo, que poseamos muchos centros de acción en que los obispos puedan encontrar abundantemente lo que reclama la porción más estudiosa de su clero."

Oh, nó ! La fé no es enemiga de la ciencia ; pero lo que es cierto, demasiado cierto, es que los que se atribuyen hoy al monopolio de la ciencia, los jefes de la escuela positivista, tienen cada vez más horror á la fé. No sin estremecerme he leído en la última obra del Sr. Dr. Luis Buchner, *EL HOMBRE SEGÚN LA CIENCIA, su pasado, su presente, su porvenir*, esta declaración increíble del Dr. Page : " Todo el que admite fórmulas ó artículos de fé, sea en filosofía, sea en teología, " no puede SER AMIGO DE LA VERDAD, ni siquiera juez imparcial para las opiniones de otro, porque el partido que ha " aceptado de antemano le hace intolerante respecto á las " convicciones más honrosas. Se pueden tener convicciones, " se deben tener, pero *tales que puedan cambiar* según los " gresos de la ciencia. Semejantes convicciones no impiden el " progreso, mientras que una opinión *considerada como verdad* " *última, una creencia defendida con violencia, no solo impide* " *toda indagación*, sino que hasta *inspira odio contra todo con-* " *tradictor*. Este odio, aún admitiendo que no sea temible, hie- " re y agria ; y de aquí la repugnancia de tantos sabios para " proclamar abiertamente sus opiniones." [*]

"Tiempo es ya de CONCLUIR CON ESTAS CONTEMPLACIONES"

[*] Qué exageración y qué hipocresía. ¡ Convid en que amarian muy poco la ciencia los sabios que impidiesen toda indagación ú ocultasen sus resultados, por temor del mentis tan inofensivo que la fé puede darles hoy ! ¡ No está además la ciencia más combatida por la ciencia misma que por la fé ; no está sin cesar en contradicción consigo misma y sobre puntos fundamentales !

“NES, de decir á ESOS HOMBRES DE FÉ QUE EL ESCEPTICISMO
“Y LA INFAMIA, SI EXISTEN, ESTÁN Á SU LADO. No hay
“escepticismo más enfadoso que el que pone en duda los da-
“tos más respetables de la más concienzuda observación.
“No hay INFAMIA más grosera que la que desconfía de las
“conclusiones de una resolución bien fundada é imparcial.”

Y Mr. Buchner, la gran trompeta de la ciencia nueva, declara solemnemente que *estas palabras de oro merecerían ser grabadas en acero y fijadas á la entrada de TODAS LAS IGLESIAS, de todas las escuelas, de todas las oficinas de redacción!*

Mucho tiempo hace sabía yo que, en el fondo, ese era el sentimiento de todos los sabios que no son cristianos, pero no lo había visto nunca tan brutalmente expresado.

NO SE ES AMIGO DE LA VERDAD, SE ES ESCÉPTICO CON EL ESCEPTICISMO MÁS ENFADOSO, INFAME CON LA MÁS GRO-SERA INFAMIA, si se cree firme é irrevocablemente en Dios creador, en sus criaturas inteligentes, en la espiritualidad y en la inmortalidad del alma! ¡La condición primera y esencial que ha de llenar el que aspira á la ciencia, es hacerse LIBRE PENSADOR, ATEO Y MATERIALISTA!

Ved que espantosa barrera elevan esos insensatos entre la ciencia y la fé, y cuanta pena se toman para hacer desagradable su ciencia, no solo á las almas cristianas, sino á las almas honradas. Es horrible pensarlo y decirlo. ¡Y por fortuna todo el mundo convendrá en que es ridículo hasta la locura!

Para probar que esa es la fatal disposición de gran número de espíritus, séame permitido citar aquí un pasaje de Mr. Renan, en el que no se han fijado mucho los hombres que se han tomado la pena inútil y peligrosa de combatirlo.

“Si el milagro tiene alguna realidad, mi libro no es más que un tejido de errores ¡Si el milagro es una cosa inadmisibile, he tenido razón en presentar los libros que contienen relaciones milagrosas como historias mezcladas de ficciones, como leyendas llenas de inexactitudes, de errores, de preocupaciones sistemáticas. Si los Evangelios son libros como los demás, he tenido razón en tratarlos como el helenista, el docto en el árabe y en el indio tratan los documentos legendarios que estudian. LA CRÍTICA NO CONOCE TEXTOS INFALIBLES! Los milagros son cosas que no acontecen jamás! Las gentes crédulas son las únicas que creen verlos . . . Ninguna intervención particular de la Divinidad

“ se ha probado ni en la confección de un libro, ni en aconteci-
“ miento alguno cualquiera que sea. CON SOLO ADMITIR LO
“ SOBRENATURAL SE ESTÁ FUERA DE LA CIENCIA. Rechaza-
“ mos lo sobrenatural por la misma razón que rechazamos los
“ centauros y los hipógrifos ; [*] y esa razón es que jamás
“ los he visto. No es porque se me haya demostrado previa-
“ mente que los Evangelistas no merezcan crédito, que recha-
“ zo los milagros que cuentan ; sino porque rechazo estos mi-
“ lagros, es que digo : los Evangelios son leyendas. Pueden
“ contener historia, pero todo no es histórico . . . No es pues
“ en nombre de tal ó cual filosofía que rechazamos el milagro
“ de la historia ; no decimos el milagro es imposible, sino que
“ no ha habido milagro comprobado.” (*Vida de Jesús.*—13ª
edición.—Prefacio).

Ya lo oís : CON SOLO QUE SE ADMITA LO SOBRENATU-
RAL SE ESTÁ FUERA DE LA CIENCIA. Dios, ó al ménos Dios
teniendo voz y manifestando sus voluntades á sus criaturas, es
lo sobrenatural : es una quimera ; invocamos contra él la cues-
tión precedente. ¡ Si existe un Dios, no puede ser más que el
ídolo de madera, de piedra ó de metal de los paganos, ó la natu-
raleza abstracta del panteísta, que tiene ojos y no vé, oídos
y no oye, lengua y labios y no habla !

Mr. Buchner y Mr. Renan se han colocado en un terreno
inabordable, no aceptan ni aún lo inaccesible de la escuela
positivista ; pero este terreno afortunadamente no puede ser
más que el de la sin razón y del odio. No hay que refutar-
los, sería absurdo tratar de defender la fé contra la ciencia,
tal como ellos la comprenden. ¿ Como discutir con el que no
admite más que convicciones que puedan mudarse como quien
cambia de traje ? ¿ Cómo defender la causa de Jesu-Cristo y
del Evangelio con espíritus prevenidos, para los que lo sobre-
natural, Dios, el cielo, la vida eterna &c., son quimeras, cen-
tauros, hipógrifos ? Su lugar se halla evidentemente en la
categoría de los idealistas ; no se debe hacer más que repetir-

[*] Lo sobrenatural, el milagro, el Evangelio asimilados á los centauros y á los hipógrifos !
¡ Monstruos á los que la Fábula únicamente dá existencia y de los que apenas se habla en una
ó dos relaciones de visionarios ! En cambio la revelación, los milagros de Jesu-Cristo están
atestiguados por testigos oculares, cuyos nombres y cuya vida conocemos y por una tradición
no interrumpida. Han sido admitidos por una multitud de hombres ilustrados ; han sido
confirmados con la sangre de millones de mártires, por las virtudes de millones de santos, con
la ciencia eloquente de millones de doctores, con el hecho, más grande que el mismo mundo,
de su conquista por el cristianismo y de su sumisión durante mil ochocientos años. ¡ Y os
atrevéis á comparar todo esto á las apariciones imaginarias de los centauros y de los hipógrifos !
Lo repito : los que han tomado en serio vuestros excesos de audacia y de locura han
cometido una gran falta.

les lo que decía el grande Euter, tan sabio como cristiano, á los filósofos encarnizados en negar la realidad de los cuerpos : “ Cuando mi cerebro excita en mi alma la sensación de un árbol ó de una casa, asiento atrevidamente que existe fuera de mí un árbol ó una casa, de los que conozco el lugar, el tamaño y las demás propiedades. Por eso no se encuentra ningún hombre ni bestia que dude de esta verdad. Si un aldeano quisiese dudar de ella ; si dijese, por ejemplo, que el alcalde no existe, aunque se encontrara delante de él, todo el mundo lo tendría por loco y con razón. Pero cuando un filósofo adelanta semejantes sentimientos, quiere que se admiren su espíritu y sus luces que superan infinitamente á los del pueblo. Paréceme, por ello, muy cierto, que jamás se han sostenido sentimientos tan extraños sino por orgullo, ó para distinguirse del común de las gentes ; y Vuestra Alteza convalidará fácilmente en que, bajo este punto de vista, el aldeano, tiene mucho más buen sentido que esos sabios que no sacan más frutos de sus estudios, que un espíritu extraviado.” (Carta á una princesa Alemana, tomo 1º carta XCVII*)

Que me sea permitido al menos consignar que nosotros los católicos tratamos la ciencia con todos los miramientos imaginables, con todo el respeto que se le debe, mientras que MM. Buchner y Renan no oponen á nuestra fé sino un cruel desdén. Nosotros amamos y honramos la ciencia : ellos aborrecen y desprecian nuestra fé. Nosotros decimos á la ciencia que es la hermana de nuestra fé y la invitamos á que se engrandezca más y más : ellos dicen á nuestra fé ; no hay sitio para tí en el hogar de la ciencia. Pues, aunque no quieran oírnos le gritaremos á los sabios con Agustín Cauchy, que es uno de los más ilustres : “ Cultivad con ardor las ciencias abstractas y las ciencias naturales ; descomponed la materia ; descubrid á nuestras miradas sorprendidas las maravillas de la naturaleza ; explorad, si podeis, todas las partes de este universo ; rebuscad en seguida los anales de las naciones, las historias de los pueblos antiguos ; consultad sobre toda la superficie del globo los viejos monumentos de los siglos pasados. Lejos de alarmarme con vuestras indagaciones las provocaré sin cesar ; las animaré con mis esfuerzos y mis votos ; no temeré que la verdad se encuentre en contradicción consigo misma, ni que los hechos y los documentos recogidos por vosotros puedan jamás estar en desacuerdo con nuestros libros sagrados. Lo único que os pido, es que traigais á la

indagación de la verdad, ese candor, esa buena fé que allanan los caminos para llegar hasta ella . . . Estamos en una época extraordinaria, en que una actividad sin cesar renaciente devora todos los espíritus. El hombre ha medido los cielos y sondeado las profundidades del abismo ; ha consultado los restos de viejos monumentos y les ha pedido que cuenten la historia de las generaciones que duermen sepultadas en el polvo de la tumba ; ha visitado las cimas de las montañas más inaccesibles, las playas más lejanas, los desiertos ardientes en que reinan los fuegos del trópico y las áridas rocas que rodean los hielos del polo. Se ha elevado á la región de las tempestades y ha descendido hasta las entrañas de la tierra, á fin de asistir allí, si era posible, á la creación misma de nuestro planeta ; ha descompuesto los elementos y los ha hecho servir á sus necesidades ó á sus caprichos ; ha forzado al vapor y los gases á que guien sus buques por sobre las llanuras del Océano, ó á trasportar su navecilla por medio de los aires. En fin, después de haber escudriñado la naturaleza, ha dirigido su mirada investigadora á las bases del órden moral y de la sociedad, y ha citado al tribunal de la razón al Dios que le dió el sér . . . Ha interrogado al álgebra, agotado todos los recursos del análisis y buscado una fórmula que le enseñe las leyes que rigen el curso de los astros, ó la propagación de las vibraciones insensibles de las últimas partículas de la materia . . .” (*La vida y los trabajos del barón Cauchy*, por C. A. Vallón, tomo 1º páginas 77 y siguientes).

De tantas correrías lejanas, de tantas fatigas, de tantos trabajos, de tantas especulaciones audaces, ¿ ha resultado alguna objeción seria contra la fé, alguna verdad contradictoria ó contraria á las verdades de la Religión ; la demostración de algún error evidente ó cierto contra los libros santos ? Cauchy, mi maestro, afirma que nó : yo lo afirmo con él y más que él, con plena conciencia de causa, porque hace cuarenta años que leo por vocación ó por deber, todo lo que se refiere, de cerca ó de lejos, á la gran cuestión del acuerdo de la ciencia con la Revelación. Lo mismo que Cauchy, no temo de ningun modo por la fé, que se encuentre jamás en oposición con la ciencia ; pero tiemblo por los sabios, cuando veo sus conclusiones en desacuerdo con la fé. “ El espíritu del hombre, decía en otro lugar el gran matemático, está sujeto al error. ¿ Cuántas veces no ha acontecido que hayan sido mal observados los hechos ó que de razonamientos inexactos

se hayan deducido consecuencias falsas ! Aun en las ciencias puramente matemáticas, ¿ no se han visto teorías admitidas al principio, sobre la fé de los géometras más hábiles, rechazadas después por incompletas y aún falsas ? Todo sabio debería pues temer extraviarse aún en el establecimiento de las teorías que le parecieran más incontestables ; y los que sean razonables tomarán sus precauciones para asegurarse bajo este concepto. En primer lugar, someterá los frutos de sus vigilias al exámen y á la autoridad de otros sabios : cuando ven sus experiencias repetidas con buen éxito, sus teorías generalmente admitidas por los que cultivan las mismas ciencias, podrá confiar más en sus propias luces y vanagloriarse de haber llegado á la verdad ! Y aun esto no es bastante : si busca verdaderamente la verdad, que rechace sin escrúpulo alguno todas las hipótesis que estén en contradicción con las verdades reveladas. Este punto es capital, no yá por interés de la religión, sino por interés de las ciencias, puesto que jamás la verdad podría contradecirse á sí misma. Por haber descuidado esta regla es que algunos sabios han tenido la desgracia de consumir en vanos esfuerzos un tiempo precioso que hubiera podido emplearse dichosamente en hacer útiles descubrimientos Sí, fuerza es reconocerlo, lo mismo que arreglando el corazón y evitándole los falsos placeres, la religión no hace más que abrirle una nueva fuente de placeres inefables y preparar su dicha ; así también, al imponer al espíritu del sabio ciertas reglas, no hace más que contener su imaginación en justos límites y ahorrarle el sentimiento de haberse dejado dominar por falsos sistemas y funestas ilusiones Estemos pues ciertos de que no retrogradaremos en el camino de la ciencia por fiarnos de la palabra de Aquél que todo lo vé, que conoce el universo ; y en el estudio de la naturaleza recordemos lo que dice Bacon : Si la poca filosofía nos hace incrédulos, la mucha filosofía nos volverá á conducir necesariamente á ser cristianos. (*Siete lecciones de Física general* por Augusto Cauchy, páginas 16 y siguientes).

Yo pregunto á todo hombre honrado, ¿ de qué lado están el buen sentido y el buen derecho ; del lado de Buchner ó del lado de Cauchy ? (Extracto de los *Explendores de la Fé*, libro 2º capítulo 1º, páginas 215 á 230).

P. S. Después de escritas estas páginas, el Concilio del Vaticano ha hecho oír su gran voz y proclamado altamente su respeto por la ciencia.

“ Muy léjos de oponerse al cultivo de las artes y de las ciencias humanas, la Iglesia las secunda y las anima de muchas maneras. Muy lejos de ignorar y de despreciar las ventajas que de ellas se desprenden para el bienestar del hombre, profesa que, como tienen su punto de partida en Dios, que es el Dios de la ciencia, del mismo modo, si son tratadas convenientemente, pueden conducir á Dios con la ayuda de su gracia. La Iglesia, pues, no se opone de ninguna manera á que las ciencias, cada una en su dominio, hagan uso de los principios y de los métodos que les son propios ; pero, al reconocer esta justa libertad, vela con el mayor cuidado para impedir que abran su seno á errores contrarios á la divina doctrina y que, franqueando sus límites propios, no invadan ni turben las cosas que son de fé . . . Que la inteligencia, la ciencia, la sabiduría de cada uno y de todos, en todos los rangos y en todas las edades, crezcan pues y hagan inmensos progresos ; pero en el orden establecido, en la unidad de dogma, de sentido y de sentimiento.”

Como sanción de estas sabias y santas doctrinas, el Concilio formuló estos dos anatemas.

“ Si alguno afirma que las ciencias humanas deben ser tratadas con tanta libertad, que sus aserciones, aunque contrarias á la doctrina revelada, puedan ser sostenidas como verdaderas y no puedan ser proscritas por la Iglesia, que sea anatematizado.”

“ Si alguno afirma que á un dogma propuesto por la Iglesia, se puede atribuir, en razón del progreso de las ciencias, otro sentido que el que la Iglesia ha comprendido y comprende ; que sea anatematizado : ”

Así pues, según el juicio de la Iglesia universal, representada por la mayoría ó la unanimidad de sus obispos, venerables por su edad, su ciencia y sus virtudes, venidos de todos los países de la tierra, representantes augustos del mundo entero, *la razón y la fé, la ciencia y la revelación*, son, cada una á su manera, hijas de Dios, y la Iglesia ama, aprueba, estimula el estudio y los progresos incesantes de las ciencias humanas y las cubre con su mirada y con su corazón ; pero, cual madre atenta y llena de abnegación, nada descuida para defenderlas del error, porque, por una parte, la naturaleza no puede ser contraria á la revelación, y, por otra, el error es tan fatal á la ciencia como á la fé.

¿Qué hombre de buen sentido no reconocería que, en tales condiciones, el sabio papel de la fé y de la Iglesia es, para la ciencia, lo que el lecho es al torrente, el dique al río, el freno á la locomotora, el bocado al caballo, los andadores al niño, la razón á la imaginación, el buen sentido al espíritu, las reglas al genio, la ley á la voluntad &c? Le deja libres sus impulsos, reservándose prevenir y corregir sus extravíos.

A estas declaraciones, que se atreve á llamar extraordinarias y arrogantes John Wilson Draper, el ruidoso autor de la *Historia del desarrollo de la Europa*; tan amenudo citado por M. John Tyndall, ha opuesto su nuevo libro: LOS CONFLICTOS DE LA CIENCIA Y DE LA REVELACIÓN. (París, Germer Bailliere 1875). Este volúmen de la biblioteca científica internacional, no es en realidad más que una expresión apasionada de odio, una declaración violenta de guerra, una declamación llena de cólera, basadas en una interpretación parcial, arbitraria y falsa de los hechos desfigurados de la historia. He leído con la mayor atención ese libro y he visto en él, con sorpresa y con tristeza, que se reasume todo entero en esta aserción tan gratuita como extraña, página 6, línea 1.^ª: UNA REVELACIÓN DIVINA *excluye necesariamente la contradicción; excluye el progreso de las ideas y todo lo que emana de la espontaneidad humana: empero nuestras opiniones sobre todas estas cosas son susceptibles de cambiar y de ilustrarse con los descubrimientos de la ciencia.*

Declarar todo lo sobrenatural imposible y crimsinal porque está ó podrá estar en contradicción con algún hecho ó alguna ley científica, es el dogma draconiano de los Page, de los Buchner, de los Voght, de los Renan, &c., &c. So pretexto de permanecer fiel á la ciencia, es negar descaradamente á Dios, á la Divina Providencia, al alma distinta del cuerpo, inmaterial é inmortal, negar toda religión divina y verdadera, romper con todas las tradiciones del género humano y hasta con los instintos de las razas más degradadas: he aquí lo que hace M. Draper, no digo á sangre fría, pero sin remordimiento alguno y con un corazón ligero. Esta profesión de fé atea y materialista está escrita en todas las páginas de su libro; es la consecuencia de su dogma fundamental; *la imposibilidad declarada de lo sobrenatural*; por esto me escandaliza la hipocresía con que parece todavía dejarse abierta la puerta para una reconciliación entre el charlatanismo y la ciencia:

Léese en la página 262: “Se ha llegado pues realmente

“ á esta conclusión : que la ciencia y el charlatanismo roma-
“ no se reconozcan *mútuamente* (mútuamente, ¡ qué calum-
“ nia !) incompatibles ; que no puedan coexistir, que la una
“ debe ceder el lugar á la otra y que la humanidad debe ele-
“ gir ? . . . Hay obstáculos inmensos, imposibilidades quizás,
“ para la reconciliación del catolicismo con la ciencia, pero
“ no los hay para esa reconciliación con el protestantismo.
“ Para el primero, se trata desde luego de vencer un odio pro-
“ fundo, una vieja y mortal enemistad (¡ otra mentira !) ;
“ para el segundo, no se trata sino de vencer el antiguo acuer-
“ do turbado por el error que ha hecho desconocer el derecho
“ de interpretación del libro de las Escrituras, cuando se ope-
“ ne al libro de la naturaleza.”

Al terminar, ha condensado M. Draper en algunas líneas increíbles *las causas del abismo infranqueable y siempre creciente abierto entre el catolicismo y el espíritu del siglo* : hélas aquí ; página 259 línea 39 y página 260 :

“ Cuando se pide hoy á la ciencia que abdique ante la
“ Iglesia, ¿ no puede recordar á ésta su pasado ? El conflic-
“ to respecto á la forma y la localización del cielo y del in-
“ fierno se ha resuelto en su contra. [1] Decía que la tierra
“ era plana, que el cielo era una bóveda sobre nuestras cabe-
“ zas, y que frecuentemente se han visto séres privilegiados
“ realizar su ascensión hácia él. [2] Una vez demostrada sin
“ réplica la forma globular de la tierra, por el viage de Maga-
“ llanes ; se encontró humillada respecto á la preeminencia de
“ nuestro planeta, al sostener que era el punto central del
“ universo. [3] Desalojada de esta posición, afirmó en seguida
“ que la tierra está inmóvil y que las estrellas y el sol son las
“ que giran al rededor de ella : la invención del telescopio
“ vino á convencerla de su error. Después de esto, [4] pre-
“ tendió que los movimientos de los astros son arreglados por
“ una incesante Providencia. Los principios de Newton de-
“ mostraron que obedecen á una ley irresistible. [5] Había
“ sostenido siempre que la tierra fué creada hace seis mil años,
“ lo mismo que los astros y que en seis días fué arreglado el
“ órden del universo con todas las plantas y todos los anima-
“ les que pueblan la tierra. [6] Contenida y forzada por la
“ evidencia, había concedido que estos seis días habian sido
“ seis períodos de duración indefinida. [7] Fué necesario re-
“ nunciar á los seis períodos, lo mismo que á los seis días,
“ cuando se vió que las especies se habian formado lentamen-

“te en la primera edad, que habían llegado á su punto de
“perfección en la segunda, y lentamente también, habían de-
“saparecido en la tercera. Las sacudidas creadoras de los
“seis períodos habrían exigido no yá una primera creación,
“sino creaciones sucesivas. [8] La Iglesia contaba que ha-
“bía habido un diluvio universal que había cubierto la cima
“de las más altas montañas y que las aguas se habían secado
“por los vientos : nociones exactas sobre los volúmenes del
“mar y de la atmósfera, así como sobre el fenómeno de la
“evaporación, demostraron el valor de ese relato. [9] Res-
“pecto al hombre, la Iglesia quería que hubiese salido perfec-
“to de las manos del Criador y que hubiese degenerado por
“el pecado. Hoy está buscando como ha de combatir los tes-
“timonios que por todas partes se levantan sobre la condición
“salvaje del hombre prehistórico.”

Tratábase de una guerra de exterminio, de un bombardeo sin misericordia : el maestro Draper ha querido pues poner en batería sus más formidables cañones ; y ya se vé en lo que para todo esto. No es más que el hechicero ó adivino de Balaam llamado para maldecir, que viene en su burra y que grita, á su pesar, á la Iglesia de Dios : “Que hermosos son tus tabernáculos, oh Jacob, y tus tiendas oh Israel.”

Y en efecto, la debilidad vergonzosa de sus argumentos es un brillante triunfo para la Iglesia. En primer lugar no es ella sino que son las Santas escrituras, que son comunes á los judíos y á los protestantes, las que habrían enseñado esos errores. La Iglesia, como Iglesia, al hacerse oír, en su constitución divina, por la voz de un Concilio incontestablemente ecuménico, o por la del Soberano Pontífice, al hablar solemnemente *ex cathedra*, no ha comprobado ninguna de esas verdades, ni afirmado ninguno de esos errores. Por el contrario, hijos fervientes de la Iglesia, Copérnico, el cardenal Cusa &c., fueron los primeros que enseñaron dogmáticamente el doble movimiento de la tierra sobre su eje y al rededor del sol. Estas verdades, sucesivamente controvertidas y dilucidadas tuvieron tantos partidarios en el clero como en las universidades. La argumentación de M. Draper es, pues, insensata é injusta ; pasaremos, sin embargo, revista á cada una de sus objeciones.

1 *La tierra superficie plana !* Frecuentemente se la llama en la Sagrada Escritura globo ; el libro de la Sabiduría dice que Dios le dió goznes y la asentó sobre su redondez.

Job pregunta quien la ha redondeado y quien es el que, tomándola por sus ejes, la sacude para hacer caer de ella los impíos : S. Agustín admite la tierra globulosa y redonda ; Rafael en sus cuadros de la creación, la ha pintado siempre bajo la forma de un inmenso globo redondo. 2. *La preeminencia de nuestro planeta !* Jamás los libros santos lo han comparado á los demás cuerpos celestes, ni lo han exaltado á sus expensas. Por ventura, Francisco Arago, en su elogio de Bailly, maravillado de las conquistas de la ciencia humana no ha dicho : “ Al lado de las obras maravillosas del espíritu, ¿ qué importan la debilidad y la fragilidad de nuestro cuerpo ? ¿ Qué importan las dimensiones del planeta que habitamos, del grano de arena en que nos ha tocado aparecer ? “ ¿ Está seguro M. Draper de que en los demás astros se han hecho iguales conquistas ? 3. *La inmovilidad de la tierra,* Jamás la afirmó Josué ; usó el mismo lenguaje que usan todavía hoy los sabios más eminentes, y sería imposible inventar otro. La ley del movimiento relativo es la ley fundamental de la mecánica. ¿ Qué tiene que hacer además en esta cuestión el telescopio ? M. Draper ha querido, sin duda, hablar del giróscopo. 4. *La Providencia presidiendo el movimiento de los astros !* M. Draper no la desterrará del mundo ! El libro de la Sabiduría es el primero que habla de la circunvalación de los abismos ó montones de materia disgregada, de la organización de los cuerpos celestes, por el ejercicio de cierta ley y por el movimiento giratorio. Pero esa ley no era la ley de la atracción, en la que el mismo Newton no creía, en la que nadie cree ya, absurdo manifiesto que el mundo se ha tragado como agua durante doscientos años, y que M. Draper tiene, sin embargo, la simpleza de declarar como esencial y eterna. 5. *La tierra creada hace seis mil años.* El Génesis la hace aparecer al principio del tiempo, bajo la forma de abismo ó montón de materia nebulosa. M. Draper confunde la creación de la tierra con la creación del hombre que es en efecto relativamente muy reciente. San Pedro dice de paso que fué creada en el seno del agua y por el agua ; Moisés la muestra poblándose de lo simple á lo compuesto en períodos sucesivos y llegando con el tiempo á su completo desarrollo. 6. *Los seis días periodos sucesivos !* Siempre se ha permitido creerlo y muchos lo han creído. La opinión que hace de los días del Génesis días solares cuenta hoy con muy pocos partidarios ; esos días empezaron antes del sol ; y el sétimo día, que

tuvo su principio, no ha llegado todavía á su fin después de seis mil años. 7. *Las creaciones sucesivas!* ¿Qué sabe de ellas M. Draper? La cosmogonía de Moisés es una evolución tan maravillosa, como arriesgada es la de Darwin, é insensata la de Haeckel. 8. *El diluvio universal!* Lo estamos tocando por la nación judía toda entera, por Moisés, por Noé : es el hecho más brillante de la historia del mundo. ¿Qué pueden contra la certidumbre de los hechos los pretendidos cálculos de M. Draper? ¿Sabe él lo que era, en la época del diluvio, el sistema de las montañas del globo? Los levantamientos de los Alpes, de los Andes, de la cordillera del Himalaya son recientes; geólogos ilustres, y entre ellos el autor de la teoría de los levantamientos, M. Elías de Beaumont, afirman que el hombre ha sido testigo de ellos y que han podido ser la causa del diluvio. David, en los tiempos del Exodo, hace surgir ó brotar las montañas: *Mota est terra . . . Montes exultavernut ut arietes.* 9. *La condición salvaje del hombre!* Todo prueba que el hombre ha existido y existe en el estado salvaje; pero todo prueba también que el estado salvaje no ha sido su condición original; que ha caído después de una era de primera civilización; que le es imposible al hombre salir por sí mismo de ese estado salvaje, que la civilización viene de fuera; que ciertas tribus saben defenderse bastante, con su salvajismo, de toda presión exterior, para permanecer en una inamovilidad absoluta, hasta durante millones de años, al decir de Mr. Richard Owen, que hace de la inamovilidad de los Andamistas un argumento en favor de la anti-güedad indefinida del género humano.

He aquí, según me parece, á M. Draper suficientemente desarmado. Detengámonos, sin embargo, en tan buen camino.

Había preluado su incendiario bombardeo, en la página 259, por un tiro de rebote verdaderamente cómico. “¿Cómo podría reconocerse un oráculo inspirado é infalible, á orillas del Tiber, cuando repetidas veces, los Papas se han contra-dicho unos á otros? ¿Cuándo los Papas han denunciado á los Concilios y los Concilios han denunciado á los Papas?” ¡Es posible hablar así de lo que no se conoce! ¡Eso es vergonzoso! Pero es la costumbre de los libres pensadores. (¿Qué Papas ha visto que al hablar solemnemente *ex cathedra* hayan sido juzgados ó condenados por Concilios regularmente ecuménicos?) “Cuando la Biblia de Sixto V^o contenía tan-

“ tos errores — más de dos mil — que sus mismos autores se
“ vieron obligados á suprimirla (en lugar de dos mil, M. Dra-
“ per hubiera podido decir treinta mil ; ¡ pero qué ignorancia y
“ qué audacia transformar en errores culpables las variantes ó
“ las faltas de los copistas ó impresores que versaban sobre
“ puntos, comas, acentos, nombres propios, &c., &c. que no
“ han hecho sino hacer resaltar mejor la autenticidad y la
“ verdad absoluta de los libros santos !) ¿ cómo podrían los
“ hijos de la Iglesia mirar como alusiones engañosas la esfe-
“ ricidad de la tierra, su movimiento de rotación sobre su eje
“ y su revolución al rededor del sol ? ¿ Cómo podrían negar que
“ existen antípodas y otros muchos planetarios ? ¿ Cómo po-
“ drían, en fin, seguir convencidos de que el universo fué crea-
“ do de la nada, el mundo hecho en una semana, tal como
“ existe hoy ; que no se ha efectuado cambio alguno sino que
“ todas sus partes han funcionado con tal indiferencia que se ha
“ necesitado la intervención incesante de Dios para ponerlo
“ en movimiento y conservarlo ? ” (No sé si es falta del tra-
“ ductor, pues no tengo á la vista el texto inglés ; pero éstas
interrogaciones son verdaderamente idiotas).

Creemos tanto ó más que M. Draper en la esfericidad de la tierra, en su doble movimiento de rotación y traslación, en los antípodas, en los otros mundos planetarios, habitables ó nó habitables, habitados ó nó habitados, puesto que nada sé de eso porque no he ido á esos mundos, á los que tampoco ha ido M. Draper.

Creemos en un sér necesario y por consiguiente eterno, infinito, omnipotente ; pero rechazamos creer con M. Draper en la necesidad, en la eternidad irrazonable de un primer sér que pueda tomar mil fôrmas o dimensiones diferentes, sér animado de mil movimientos diferentes, entre los que no podía escoger ántes de existir.

Nuestro Sér necesario é infinito lo ha podido crear todo ; el ser contingente, finito, el protoplasma de M. Haeckel, que no ha podido hacerse lo que es, no ha podido evolucionar. El absurdo está pues de parte de M. Draper.

Nada nos fuerza á admitir, lo que sería, sin embargo, posible para Dios eterno é infinito, que el mundo fuese hecho en una semana, tal como está hoy ; y lejos de afirmar que no se ha producido ningún cambio, decimos por el contrario con el Rey profeta, en su lenguaje grandioso, tan diferente del lenguaje rastrero de la falsa ciencia : “ Vos, Señor, al prin-

“ cipio fundásteis la tierra, y los cielos son la obra de vuestras
“ manos ; pero ellos perecerán y vos subsistireis ; ellos enve-
“ jecerán como un viejo traje, los cambiaréis como se cambia
“ una tienda ; pero vos sereis siempre el mismo, vuestros años
“ no pasarán y los hijos de vuestros supervivientes habitarán
“ con vos.”

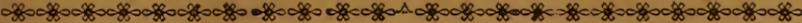
En cuanto á la indiferencia de las partes de la tierra, unas respecto á otras, de ningún modo estamos dispuestos á remplazarla por la atracción universal, por el amor newtoniano, que no es más que una palabra vacía de sentido y un error monstruoso del que todo el mundo se sonroja hoy ; pero abandonamos sin temor el mundo solar y los mundos estelarios á la acción divina del impulso y del movimiento que han sido la consecuencia providencial del *Fiat lux* solemnemente producido por Dios.

Es pues verdadero, absolutamente verdadero, más evidente que la luz que el ataque brutal de M. Draper, dado en campo cerrado y armado con todas las armas de las ciencias insurrectas, no es más que un dardo embotado que no ha sabido ni podido penetrar : *tellum imbellis sine ictu*. Fuerza me es exclamar con el más profundo sentimiento de alegría y de sincero reconocimiento hácia el divino Salvador de los hombres : “ Os doy gracias, Sr. Padre mio, de que háyais ocultado estas verdades á los grandes y á los sabios y os hayais dignado revelarlas á los pequeños.” Así os ha complacido hacerlo.

“ El que se exalta será humillado.”

Réstame demostrar que siguiendo las huellas de Buchner y Renan, tres sabios eminentes, célebres profesores, han caido en las contradicciones y las aberraciones más extrañas.

F. Moigno.



PROLOGO.

Hubiera podido pasar completamente en silencio el discurso de mi ilustre amigo M. John Tyndall, por muchas razones : 1° Ni me ha enseñado ni puede enseñar nada verdaderamente necesario ó útil á los que lo lean : 2° Expresa según conviene él mismo, no ya las convicciones de su espíritu, sino los sueños y las aspiraciones de su imaginación : 3° No niega, ni afirma, ni prueba, ni trata de probar, nada en el vacío y la incertidumbre ; se hace el eco complaciente de las aserciones gratuitas de todos los innovadores, á través de los siglos, sin tomarlas siquiera en la fuente, contentándose con sacarlas de las obras de escritores sistemáticos, á los que él mismo acusa de excepticismo ; confiesa cándidamente que las doctrinas que exalta no son en manera alguna ciertas, que tienen necesidad de ser modificadas profundamente antes de que sean la expresión de la verdad : 4° Creía tal vez saber, pero no sabe lo bastante de aquello de que habla histórica, filosófica, científicamente y cae amenudo en groseros errores : 5° al fin, que me permita decirle que su discurso es una acción reprobable. Según se lo han echado en cara muchos publicistas sensatos de Inglaterra y de América ha escogido mal el lugar y el momento. Y en efecto, no es en el seno de la Asociación Británica para el adelanto de las ciencias, en una ciudad de creencias profundas, quizás hasta puritanas, en presencia de un auditorio de millares de personas escogidas, hombres, mujeres, jóvenes, señoritas, niños, que profesan todos abiertamente el cristianismo, donde debía, donde podía atreverse, en un discurso sabio al parecer, vacío en realidad, tomar la defensa del ateísmo y del materialismo más crudo que jamás ha existido. Con cierta buena fé, que se explica por la preo-

cupación de sus estudios y de sus relaciones, se ha olvidado el aviso tan moral del poeta :

Máxima debetur puero reverentia ; si quid

Tuspe paras, pucri ne tu contempseris annos.

Y aún se ha olvidado más todavía de la advertencia del Salvador de los hombres, que, sin duda, no ha dejado de ser para él el sabio por excelencia, aun cuando haya dejado de ser su Dios : “ En verdad, en verdad os digo que si alguno escandalizare á algunos de estos pequeñitos que veis aquí, mejor le fuera que atándole al cuello la rueda de molino que el asno hace girar, lo precipitasen á lo más profundo del mar.” No son los jueces del sagrado palacio, ni los jueces de la inquisición los que así hablan, sino el modelo más acabado de la humanidad, y la dulzura, que no desgajaba la rama á medio romper, que no extinguía la mecha que todavía humeaba.

M. Tyndall ataca la fé de sus oyentes, sin convicciones firmes, rodeando la verdad de nubes que la oculten á las miradas. Su sola excusa, ah! excusa que en el fondo es también una falta y una desgracia, es la de ser ageno del todo á las cuestiones religiosas. No sabe ni aún lo que es la fé.

Un gran número de sabios del siglo XIX se han reunido de tal modo en el medio de lo natural, de sus fenómenos y de sus leyes, que ha llegado á ser su elemento. Salidos de lo natural y en presencia de lo sobrenatural, son como el pez fuera del agua, como el pájaro fuera del aire ó en el vacío. El agua, el aire, lo natural, lo sobrenatural, son medios excelentes en sí mismos, que bendicen los seres llamados á vivir en su seno, pero de los que huyen y maldicen, por el contrario, por juzgarlos para ellos irrespirables, los seres que están organizados ó se han llegado á organizar para vivir en otro medio.

También es otra ley de la naturaleza que los órganos que no funcionan nunca se anquilosan ó se atrofian. Los peces que viven en las aguas subterráneas de las cavernas gigantes del Kentucky no ven ; su ojo permanece en estado rudimentario. Lo mismo le pasa á los ánades y á los patos que se crían en las profundidades, inaccesibles á la luz, de las minas de sal gemsa de la Polonia. M. Tyndall, como muchos sabios de los tiempos modernos, se han colocado voluntariamente, ó por la fatalidad de sus estudios, en un medio en que la luz sobrenatural no puede ya alcanzarles. El ojo ó el órgano de la visión de lo sobrenatural se ha atrofiado, y por una consecuencia necesaria, su percepción se ha hecho impo-

sible y su contacto ha llegado á ser penoso y doloroso. Ven al artista que ha confeccionado la buena comida que saborean, el reló que les regula el tiempo, la locomotora que los trasporta ; pero no ven yá al Dios creador y organizador de los mundos material, intelectual y sobrenatural. Lo que brilla á los ojos de los cristianos como muy sencillo, como absolutamente necesario y cierto : la existencia de Dios, de los espíritus buenos y malos, del alma humana, de los sacramentos, de los milagros, &c. &c., es para ellos lo que es la luz, lo que son los colores, tan bellos sin embargo y tan buenos, para el ojo enfermo, al que irritan é hieren, porque está bajo la influencia de una meningocefalitis ó de la irritación de las membranas ópticas. Son ciegos ó enfermos, muchas veces voluntarios, involuntarios algunas, que han desconocido la advertencia del Apóstol : Es necesario saber, pero saber con sobriedad ; ó la gran palabra del divino Maestro : “ ¿ Qué le importa al hombre ganar todo el Universo, si pierde su alma ? ”

¡ Serían solo de compadecerse, ó al ménos serían ménos culpables, si no se insurreccionaran contra nuestra fé ! El ciego y el enfermo no tienen el derecho de despreciar al que vé y al hombre sano que lloran con razón su triste suerte ; su desprecio y su insulto serían ó locura ó rabia.

Si apesar de todo lo que acabo de decir, no me callo ; si no guardo, respecto á la incertidumbre de mi ilustre amigo, un silencio entristecedor, es por un motivo que el *Scientific American Journal*, del 26 de Setiembre, desarrolla magistralmente.

“ Hay discursos (*utterances*) que marcan épocas en la historia de la humanidad, no porque revelen ninguna novedad, ni porque inauguren ningún nuevo orden de pensamientos ni de indagaciones, sino porque hacen vibrar, si así puede decirse, la nota intelectual del momento y anuncian de lo alto de una posición elevada el conflicto ó combate inevitable de los años que han de seguir. El discurso pronunciado por M. Tyndall, ante el público científico de la Gran Bretaña, es de esta naturaleza. NO CONTIENE NINGUNA IDEA NUEVA ; NO PROCLAMA NINGUNA VERDAD NUEVA ; PERO AL MOSTRAR COMO MUY PRÓXIMA LA ESCOBADA QUE LA CIENCIA SE PREPARA Á DAR Á LOS ÚLTIMOS APOYOS DE LOS DOGMAS RELIGIOSOS, ha sido CALCULADO de modo que produzca una gran conmoción, no solo en esa clase de la sociedad, tan claramente descrita por el maestro Draper (uno de los oráculos de

Tyndall), como el único ejemplo, en la Fauna del universo, de la negación del desarrollo sucesivo que afirma tan ardentemente, sino también entre los mismos sabios progresivos.

“ Los tímidos no pueden disimularse á sí mismos que el impulso del pensamiento científico, aun en el ánimo de sus más eminentes representantes, se dirige positivamente á la subversión completa de las doctrinas fundamentales enseñada en el mundo eclesiástico. Tiempo hace que la cuestión no es ya de la forma, ni de la posición, ni de la edad de la tierra, motivo, en otra época, de conflicto entre la ciencia y la religión ; tampoco es ya cuestión del lugar del hombre en la naturaleza, ni de sus relaciones con las demás formas de la vida ni del origen de su armazón material ; las avanzadas se han arrebatado, y se ha entrado en la ciudadela misma ; la distinción entre el alma y el cuerpo, ó entre la materia y el espíritu ; la inmortalidad personal del hombre ; su dominio personal de la naturaleza y todo lo que los dogmas traen consigo.”

En el lenguaje de este oráculo de la ciencia, debemos ver el pensamiento inglés : “ Llevar hácia atrás la línea de la vida y verla aproximarse cada vez más á lo que llamamos la constitución puramente física. Tocamos á los glóbulos que Plateau ha comparado á gotas de aceite suspendidas en una mezcla de aceite y agua ; tocamos á los protogenos que ofrecen un tipo que no puede distinguirse de un fragmento de albúmina sino por su carácter de granulación fina. ¿ Podemos detenernos aquí ? ¿ No estamos tentados á concluir en cierto modo como Lucrecio cuando decía : “ La naturaleza hace todas las cosas por sí misma, espontáneamente, sin el socorro de los dioses ? ”

En su franqueza inesperada, la respuesta de M. Tyndall á estas preguntas nos recuerda la réplica del maligno Escocés. Interrogado por un turista si no estaba muy tentado de olvidar el santo domingo é ir á pescar salmones al rio que le dejaba ver sus reflejos por la puerta de su cabaña : Cá !, cá ! “ No es tentación, respondió gravemente el pescador ; es que he ido .” Lo mismo le pasa al señor profesor Tyndall : cuando hombres de ménos resolución se habrían detenido, contentándose con cerrar los ojos para no ver lo inevitable, él . . . él ha ido ! Dejando todo disfraz, ha dicho con una honradez agena á todo temor que debe demandar respeto, si no es que demanda asentimiento : “ *La confesión que me siento obligado á hacer ante vosotros es la de que prolongo mi visión hácia*

atrás, á través de los límites de la evidencia experimental y que discernir en esta materia que, en nuestra ignorancia y sin el respeto debido á su Creador (¡ cruel ironía !), hemos cubierto hasta ahora de oprobios, la promesa y el poder de engendrar todas las formas y todas las cualidades de la vida.

(La inercia y la necesidad engendrando ; hasta en los seres inteligentes y libres, ¡ el más incomprendible de los misterios y la más desconsoladora de las contradicciones ; he aquí el símbolo del más hábil de los físicos del mundo !)

“ En otros términos, somos lo que somos, y todas las cosas son lo que son, no porque pluguiera á un obrero confeccionarlas sobre el modelo humano y obrando por un esfuerzo interrumpido, como vemos obrar al hombre (¡ qué nécia impiedad, que sabihondo volterianismo !) sino en virtud del poder de lo que estamos habituados á llamar materia sin vida y cuya naturaleza es desarrollar todo lo que vemos al rededor de nosotros y todo lo que sentimos en nosotros, todo lo que ha sido y todo lo que será, por el juego de las fuerzas moleculares. Vivimos porque la materia vive ; pensamos y sentimos porque esa es la fuerza de las combinaciones materiales de que estamos formados, pensar y sentir ; y todos los fenómenos que distinguimos física y mentalmente tienen sus razones ininvestigables en lo que nos atrevemos á llamar la vida cósmica.”

Para todos los que están familiarizados con la historia del pensamiento humano, no hay nada extraordinario ni alarmante en esta confesión : los mismos puntos de vista sobre la potencia de la naturaleza están ámpliamente aceptados en Alemania : *La conciencia misma*, dice Molleschot, *no es más que un atributo de la materia* ; y otros muchos lo dicen con él : pero para un cuerpo filosóficamente conservador, como la Asociación Británica, oír salir semejantes aserciones de la boca de su Presidente, es una cosa completamente inesperada, algo que sobrevivirá á la audición.

Y nótese bien que no soy yó, no es lo que en Francia se llama desdeñosamente un clerical, quien asigna así, su significación al discurso de M. Tyndall, su alcance materialista y ateo ; es un publicista americano, completamente independiente, libre pensador también, y cuyo espíritu aparece en perfecto unísono con el espíritu de M. Tyndall. En este concepto, el juicio formulado por el *Scientific American Journal* es el más temible de todos. Me consideraré muy dichoso, si es

desmentido por algunos de mis lectores, en vista del mismo texto del discurso que reproduzco fiel é íntegramente.

Esta acusación de materialismo ateo ha sido muy desagradable para M. Tyndall : la rechaza, aunque tímidamente, en un prefacio que me hago el deber de publicar también anotándolo. Termino este prólogo tomando acta de un hecho que me asegura y me anima en este trabajo de crítica tan difícil como ingrato.

En el fondo, la tesis de M. Tyndall versa principalmente sobre la atomicidad ó el atomismo ; y él no negará que yo era atomista mucho ántes que él. Ya en 1846, cuando el jóven ingeniero agregado á la oficina de cartas y planos del camino de hierro del Norte de Inglaterra, no había encontrado todavía su camino, había yo publicado en la *Enciclopedia del siglo XIX*, artículo *Cuerpo* (Química) una teoría atómica completa, á la que nada se ha añadido ; porque lo que se ha llamado después atomismo, atomicidad, debería llamarse *moleculismo, molecularidad*. Cuando en 1863 publicó M. Tyndall su libro tan célebre *El Calor*, que me apresuré á traducir, confundía todavía la molécula con el átomo ; y me ví obligado á hacérselo observar. Solo en las últimas ediciones de *El Calor* es que ha llegado á hacer su entrada en el mundo atómico ; y consigno con pesar que hoy todavía tiene una falsa idea del átomo. El átomo continúa siendo para él el pequeño sólido insecable, indescomponible, imposible de Epicuro, eterno en su existencia, que tiene esencialmente la forma *que se ha dado*, entre otras mil y mil, animado del modo de movimiento *que ha hecho suyo*, en medio de otros mil y mil modos de movimientos posibles. Es decir, que M. Tyndall, sin tener conciencia de ello, ha elevado cada uno de estos átomos á la dignidad de ser necesario, eterno, infinito, omnipotente ; y que estoy autorizado para decirle, como San Pablo á los Atenienses, que ha levantado un altar al Dios desconocido ó no conocido por él : *Ignoto Deo*. He aquí cómo, después de haberse contentado con decir en su *Luz* que los físicos del porvenir tendrán una idea de la materia muy distinta de la que nos hemos forjado hasta aquí, llega en menos de dos años á hacernos esa extraña revelación que ha inquietado al mundo entero : “APERCIBO EN LA MATERIA LA FUERZA Y EL PODER DE TODA FORMA DE VIDA. Ha hecho Dios á la materia ó más bien al átomo y era natural que le reconociese las propiedades y las facultades divinas. *Impossibili posito in actu*, dice el adagio

de la escuela, *nil sequitur absurdi*. M. Tyndall se ha colocado en el terreno de lo imposible y debía dar razón al absurdo. Espero que esta pequeña disertación le abrirá los ojos y que me quedará reconocido del fondo de verdad que le hago descubrir en su inconcebible fórmula.

¿Cuándo será qué, vuelto en sí, se contente con ver en los átomos mónadas ó puntos físicos, los centros de fuerza de Faraday ; y en el conjunto de los átomos la materia disgregada de MM. Henri Saint Claire Deville y Lockyer, la materia nebulosa de Laplace ? Cuando llegue á ello, le preguntaré si entre todos los filósofos griegos, tan alabados y tan cumplimentados por él, se encuentra nada comparable á la ciencia profunda de este apóstrofe de la sabiduría eterna al contar-nos la parte maravillosa que tomó en la creación y la organización de los mundos. “ *Los abismos (montones de materia disgregada ó nebulosa) no existían cuando ya yo estaba concebida. Dios no había hecho todavía la tierra y los ríos ; aún no había puesto á la tierra sus goznes. Cuando se preparaba á organizar los cielos, cuando por una cierta ley (de atracción aparente, de impulso real causado por la presión y las ondulaciones del fluido luminoso, del éter) y por el movimiento giratorio daba á los abismos (montones informes de materia nebulosa) sus circunvalaciones ó sus formas. Cuando extendía y aseguraba el firmamento (la materia firmamentaria de Tyndall)... yo estaba con él arreglando todo. ¡ Qué magnífico lenguaje ! Y cuenta cerca de tres mil años. ÉSA CIERTA LEY (DE ATRACCIÓN causada por el impulso) y EL MOVIMIENTO GIRATORIO que dán á los mundos sus formas han excitado siempre en mí una admiración profunda ; y me considero muy dichoso en haber sido uno de los primeros llamados á formular esa síntesis grandiosa del universo FÍSICO : MATERIA DISGREGADA Ó ÁTOMOS, ÉTER, MOVIMIENTO DE TRASLACIÓN, DE ROTACIÓN Y DE ONDULACIÓN Y esta otra declaración de la sabiduría : el Creador lo ha dispuesto todo IN MENSURA ET NUMERO ET PONDERE. Con medida (la ley de los volúmenes) ; con número (la ley de las proporciones múltiples) ; con peso (la ley de los equivalentes). ¡ Cuán bella y cuán profunda es esa declaración ! Medida, número, peso ; esta es, bajo otro punto de vista, la síntesis de todos los fenómenos de la naturaleza. Oh Tyndall, Tyndall ; los griegos os han extrañado y no habeis sabido decir como el poeta*

Timeo Danaos et dona erentes.

¡ Id al LIBRO POR EXCELENCIA, id á la revelación ! El libro y la revelación son las promesas de la vida.

Somos dichosos en poder poner al frente de este folleto un bellissimo retrato de M. John Tyndall que debemos á su amistad. Lo consideramos bastante galante para no sentir el uso que hacemos de él y para no ofenderse con la benévola refutación de doctrinas que lo han espantado á él mismo.

F. Moigno.

RELIGIÓN Y PATRIA

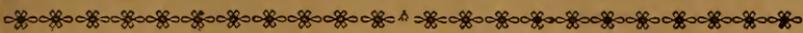
VENGADAS DE LA FALSA CIENCIA

Y

DE LA ENVIDIA RENCOROSA

POR

EL ABATE MOIGNO.



P R E F A C I O .

Al publicar esta actualidad respondo al deseo de muchos amigos que querían ver reunidos diversos artículos de polémica religiosa y patriótica que les habían interesado ; y obedezco también á un deseo personal, el de afirmar algunas almas cristianas quebrantadas, de asegurar algunas almas francesas desanimadas.

Este pequeño volúmen servirá de prelude á la grande obra de mi vida *Los esplendores de la fé*, que aparecerán el 16 de Agosto.

En él se encontrará ya, aunque en forma muy compendiosa, la respuesta á todas las negaciones de la incredulidad, la solución de todas las cuestiones todavía controvertidas y oscurecidas : la creación, el origen de las especies, la descendencia del hombre ; la unidad de tronco y de especie de las razas humanas ; la reciente aparición del hombre sobre la tierra, la diferencia esencial entre el instinto y la razón ; la distinción del alma y del cuerpo ; la espiritualidad del alma ; las relaciones de la ciencia y de la fé.

En tan pequeño espacio, no he podido resolver esas graves cuestiones más que de paso, por afirmación y esfuerzo, más bien que por discusión profunda : pero lo que digo hoy, probará, hasta la evidencia, así lo espero, que nuestra causa, la de nosotros los cristianos y católicos, es la causa de la verdad y del progreso ; que nuestra posición es muy fuerte ; nuestro derecho soberanamente legítimo ; nuestro dominio absolutamente inviolable.

Espero que mis lectores sentirán al leerme que estov en posesión de todos los argumentos necesarios y suficientes pa-

ra rechazar y confundir las pretensiones de la falsa ciencia ; que tengo respuesta victoriosa para todas sus objeciones, la explicación plenamente satisfactoria de todos los hechos mal observados ó mal interpretados, que va acumulando sin cesar ; que estoy, en una palabra, en disposición de probar, bajo todos sus puntos, en mis *Explendores*, como lo he ofrecido solemnemente, EL PERFECTO ACUERDO DE LA REVELACIÓN Y DE LA CIENCIA, DE LA RAZÓN Y DE LA FÉ ; probando invenciblemente que, en cada punto, la ciencia verdadera, es decir, la que ha llegado á la certidumbre de los hechos y de las leyes, no está en oposición con los hechos y los dogmas revelados.

Esa era toda mi ambición ; esa será, porque la conseguiré, mi dicha y mi gloria, la única que pueda hacer latir mi corazón.

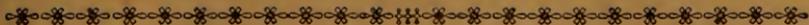
Si, cediendo algunas veces á un exceso de convicción ó de patriotismo, he sido demasiado vivo ó demasiado duro, pido que se me perdone, porque me atrevo á afirmar que en mi corazón hay, no tolerancia con las falsas doctrinas, porque esto sería un crimen, puesto que toda falsa doctrina es forzosamente homicida, sino caridad sincera y tierna para las personas.

París 7 de Junio de 1872.

ABATE F. MOIGNO.

Fiesta del Sagrado Corazón.

Discite á me quia milis sum
et humilis corde.



RELIGION Y PATRIA

VENGADAS DE LA FALSA CIENCIA

Y DE

LA ENVIDIA RENCOROSA.

I.

CREACIÓN DEL MUNDO ORGANIZADO.

La creación del mundo organizado, según los naturalistas Ingleses y Alemanes, *por M. Charles Martins, profesor de Botánica en la Facultad de Montpellier.*—Bajo este título, ha publicado Mr. Ch. Martins, en la *Revue de deux mondes*, entrega del 15 de Diciembre de 1871, un artículo muy peligroso, porque, bajo cierta apariencia de ciencia, es un atentado contra la ciencia; y este atentado es tanto más imperdonable, cuanto que el autor parece ignorar voluntariamente lo que podría y debería saber, para poder volver contra la verdad, argumentos que militan en su favor.

Esa disertación es, además, un himno á la gloria del imperio alemán y una elegía á la Francia! Verdad es que si se dá crédito al *Diccionario de los Contemporáneos*, Mr. Martins nació en París, de padres de origen alemán y protestantes.

Escuchad como nos trata: "Hace cuarenta años los "maestros reconocidos en las ciencias físicas ó naturales pertenecían casi todos á Francia. El Museo de historia natural "de París era el primer establecimiento científico del universo; y los extranjeros venían á él á instruirse y á formarse. "Hoy todo esto no es más que un recuerdo; no nos mante-

“ nemos ya á la cabeza de los exploradores de la naturaleza.
“ Los Ingleses y los Alemanes se nos han adelantado, y han
“ entrado en una vía nueva, mientras que nosotros seguimos
“ las antiguas. No somos ya la avanzada de la ciencia ; otros
“ nos han reemplazado.”

¿ Está bien seguro de ello Mr. Martins ? La avanzada será siempre el que inventa y el que crea ; y el espíritu de invención y de creación es esencialmente francés. En otro lugar lo he probado, con una demostración invencible ; apesar del triunfo material de nuestros enemigos, apesar de nuestras faltas y nuestros reveses, continuamos en posesión del suelo, del génio y de la lengua que hacen el pueblo Rey del porvenir ; y además de las dos causas que Mr. Martins asigna á nuestra decadencia, la una es irrisoria, la otra dudosa ó fácil de anular.

“ Esta decadencia, dice, tiene muchas causas. ¿Cuál es la principal ? ” Apénas me atrevo á reproducirla porque podría acusárseme de denunciar al señor profesor de Montpellier. “ El Estado ha sido en Francia abiertamente indiferente ú “ hostil : *indiferente por ignorancia, hostil con la idea preconcebida de que las ciencias positivas debilitan la Religión dominante, cuyo espíritu autoritario era considerado como favorable para el sostenimiento de los poderes políticos.*

Esta acusación no soio es torpe sino falsa y simple en exceso.

Cuando los intereses de la ciencia están confiados en Francia á M. Jules Simón y antes de él á M. Víctor Duruy, que admitía sin fruncir las cejas el origen simiano del hombre y se adhería abiertamente á las doctrinas de Haeckel y de Darwin, los héroes de Mr. Martins, acusar al Estado de querer inmovilizar la ciencia por amor á la Religión, es una burla de mal gusto. Afirmar que carecemos de recursos materiales sin los que es imposible todo trabajo en física, en química, en geología, en botánica, en zoología, es una mentira ó al ménos una exageración condenable. En Montpellier mismo, tiene superabundantemente M. Ch. Martins los recursos necesarios ó suficientes para proseguir indagaciones que harían palidecer las de los Alemanes, si él tuviese el génio de los Jussien. ¿ Por ventura Mr. Trecul, apesar de no tener cátedra, no lucha victoriosamente con Alemania en el terreno de la fisiología vegetal ?

Muy recientemente, en su discurso sobre *La ciencia en la*

nueva vida nacional de Alemania, en el que seguramente se ha inspirado Mr. Martins, decía á su vez M. Virchow. *Hasta después de 1830* (he aquí los cuarenta años de Mr. Martins) *la Francia marchaba a la cabeza de las naciones del mundo*; y le dimos la siguiente contestación, mucho más humillante para Mr. Martins: [*] “La Francia, después de 1830, ha sido menos cristiana, menos autoritaria, más cosmopolita y sobre todo más alemana. Hasta 1830 le daba á la Alemania, sin recibir nada de ella; después de 1830, por el contrario, ha recibido demasiado de la Alemania: el materialismo de Gœthe, el idealismo de Kant, el naturalismo de Humboldt; y se ha encontrado casi súbitamente decaída. ¡Mr. Virchow es quien lo atestigua. Es absolutamente falso que la ciencia haya sido sacrificada en Francia al amor egoísta del gobierno por la Religión! Lo que la ha perdido es la invasión del dogmatismo alemán. Esas doctrinas homicidas han podido ser nada más que un excitante más allá del Rhin, porque para la raza alemana, que vive de sueños y de abstracciones, los errores permanecen por largo tiempo siendo solo errores; mientras que los errores de un pueblo espiritual y positivo se convierten forzosa y prontamente en crímenes. Inoculadas en el gènio francés, que es, á un mismo tiempo, razón, lógica y acción, las doctrinas alemanas han sido venenos ó disolventes enérgicos.”

Y he aquí que Mr. Martins viene á inocularnos un nuevo virus, más sutil y más mortal que todos los otros. Gracias le sean dadas.

“No trataré especialmente, dice, del origen del hombre . . . Me limitaré á exponer el estado de nuestros CONOCIMIENTOS actuales sobre la CREACIÓN de los seres organizados en general, tomando por guía el excelente trabajo de M. Haeckel, de Jena, titulado: *Historia natural de la creación* . . . Es un cuadro compendiado de los trabajos de Darwin, Wallace, Huxley, Carpenter, Haeckel y José Hooker, en esa obra que deseo poner á la vista del lector. ¿Por qué, entre esos nombres ilustres, no tengo la satisfacción de citar un solo nombre francés? No puedo ocultar la razón, por más que hiera algunas susceptibilidades y ofenda el amor propio nacional.”

Bièn pronto se verá la causa por la cual he debido citar

[*] *Les mondes*, entrega de 21 de Marzo de 1872.

todo entero este pasage. Las razones de Mr. Martins, la falta de recursos y la mala y tímida voluntad del gobierno, son evidentemente falsas. La abdicación ó la abstención, que él considera criminal en los sabios franceses, es por el contrario un título de gloria. Se trata del *origen de los seres*, y las cuestiones de origen no son de ningún modo cuestiones de ciencia; están más allá ó fuera de la ciencia, de tal manera más allá, que ningún sabio puede abordarlas sin incurrir en monstruosos absurdos. Bién pronto se lo probaremos á Haeckel. Las cuestiones de origen! Francia se las deja á los Robinet, á los Telliamed, á esos tristes predecesores de los Darwin y de los Haeckel y á la Sra. Clemencia Royer, la más retumbante intérprete de Darwin en Francia, bastante profundamente castigada, bastante desgraciada con solo ver el enigma, tal vez hipócrita, de su origen de las especies claramente revelado en esa afirmación demasiado brutal, pero que es ciertamente también la última palabra de Haeckel, y por consecuencia de su admirador Mr. Charles Martins: "LA MATERIA NO ES INERTE, INMÓVIL, INACTIVA . . . LAS FUERZAS QUE HABÍAMOS CREIDO FUERA DE ELLA, ESTÁN EN ELLA, . . . LA SUSTANCIA DEL MUNDO ES ESPÍRITU Y VIDA; LA INTELIGENCIA Y EL PENSAMIENTO NO SON MÁS QUE FENÓMENOS, CON EL MISMO TÍTULO QUE LA IMPENETRABILIDAD Y EL MOVIMIENTO . . . NO SOLAMENTE EL MOVIMIENTO SE TRANSFORMA EN CALOR, EN SONIDO, EN ELECTRICIDAD, SINO QUE TODAS ESTAS DIVERSAS FORMAS DE UNA FUERZA SIEMPRE IDÉNTICA SE TRANSFORMAN EN VIDA, EN INTELIGENCIA, EN ACCIÓN LIBRE . . . LA INTELIGENCIA Y EL PENSAMIENTO NO SON MÁS QUE FENÓMENOS DE LA MATERIA, LO MISMO QUE LA EXTENSIÓN, LA IMPENETRABILIDAD Y EL MOVIMIENTO."

Y que no se diga que calumnio á Haeckel, uniéndolo á la Sra. Clemencia Royer, porque he aquí lo que pone en su boca Mr. Hixley, otro héroe de Mr. Martins: *Revista de los cursos públicos*, entrega de 19 de Marzo de 1870: "TODOS LOS SERES ANIMADOS Ó INANIMADOS SON RESULTADO DE LA ACCIÓN MÚTUA, SEGÚN LEYES DEFINIDAS, FUERZAS QUE PERTENECEN Á LA NEBULOSA PRIMITIVA DEL UNIVERSO. SI ESTO ES CIERTO, NO ES MENOS CIERTO QUE EL MUNDO ACTUAL EXISTÍA VIRTUALMENTE EN EL VAPOR CÓSMICO, Y QUE UNA INTELIGENCIA SUFICIENTE, CONOCIENDO LAS PROPIEDADES DE LAS MOLÉCULAS DE ESE VAPOR, HUBIERA PODIDO PREDE-

CIR, POR EJEMPLO EL ESTADO DE LA FAUNA DE LA GRAN BRETAÑA EN 1869, CON TANTA CERTIDUMBRE COMO SE PUEDE DECIR LO QUE LLEGARÁ A SER EL VAPOR DEL ALIENTO EN UN DIA DE INVIERNO.

He aquí á Haeckel, al grande é inmortal Haeckel, en toda su crudeza y casi diría en su desnudez. Y él es el que se muestra así al universo, mientras que el infortunado Darwin, que ocultaba mejor su juego, ha tenido el dolor y la vergüenza de verse desvestido por la Sra. Clemencia Royer.

Insistamos sobre este punto: toda la ciencia, como también todo el secreto del Darwinismo, están en uno ú otro de los símbolos de la Sra. Clemencia Royer ó de Mr. Haeckel. Todo lo que se añade á eso, hechos, frases, libros, no es más que el vehículo del veneno, el dorado de la píldora. ¿Queréis una nueva prueba? Mr. Charles Vogt, el segundo traductor ó traidor del infortunado Darwin (*traductor, traidor*) lo ha dicho no menos brutalmente: EN LA NUEVA ESCUELA, NO SE PARTE YA DE LA IDEA DE UN PRINCIPIO INMATERIAL DE LA VIDA QUE NO ESTÁ COMBINADO CON LOS CUERPOS SINO TEMPORALMENTE Y QUE CONTINÚA SU EXISTENCIA AÚN DESPUES DE LA DESTRUCCIÓN DE ESE ORGANISMO POR EL CUAL SOLO SE MANIFIESTA SE PARTE DEL PRINCIPIO QUE FUERZA Y MATERIA; QUE TODO EN LOS CUERPOS ORGÁNICOS LO MISMO QUE EN LOS INORGÁNICOS NO ES SINO TRANSFORMACIÓN Y TRASPOSICIÓN INCESANTE DE LA MATERIA. (Prefacio de *La descendencia del hombre*, página 7.)

¡ No más hipócritas, pues, ni más embaucadores ! El darwinismo, el haeckelismo se reducen á estas dos negaciones. EN EL MUNDO NO HAY LUGAR PARA UN DIOS COMPLETAMENTE INÚTIL. EN EL HOMBRE NO HAY LUGAR PARA EL ALMA. Forzoso es para sus partidarios, si quieren ser sinceros, repetir los actos de fé de esos tres grandes incrédulos, casi me atrevería á decir de esos tres energúmenos, la Sra. Royer, M. Haeckel, M. Vogt. Y al decir acto de fé, creo que no sea necesario demostrarlo. En efecto, ¡ quién pretendería demostrar á sangre fría que el sonido, al obrar sobre la materia se puede transformar en vida, en voluntad, en acción libre ! ¡ Cuando se sabe que el problema del movimiento de tres cuerpos celestes, el sol, la tierra y la luna, ha desafiado hasta ahora el génio de los más ilustres matemáticos, no es necesario estar arrebatado para afirmar la posibilidad de la solución del problema, no solo del movimiento, sino de la organización

y de las organizaciones sucesivas de los millares de millares de moléculas de la nebulosa del universo ; ó para hablar de establecer la ecuación del puntapié voluntario ó involuntario que haya empobrecido la fauna de Inglaterra en muchos miles de generaciones de pulgones !

Estas observaciones, por sencillas que sean, deberían dispensarnos superabundantemente del examen de las pretendidas pruebas de la monogenesis de Haeckel, con tanta más razón cuanto que todo es en ella mentira : llama á su libro *Historia natural de la creación*, y sin embargo no es ni HISTORIA, porque quien dice historia, dice hechos pasados ; ni HISTORIA NATURAL puesto que se trata sobre todo de especulaciones metafísicas ; ni mucho ménos HISTORIA NATURAL DE LA CREACIÓN, porque es la negación absoluta de la creación, toda vez que para él no hay otra creación que la organización por sí misma de la materia eterna de la nebulosa del universo.

Los argumentos de M. Haeckel, en su lengua original, son pesados ; bajo la pluma de Mr. Martins se han hecho inasequibles, impalpables. Los ha reducido, de intento, á polvo para cegar mejor con ellos á su lector, arrojándoselos á la cara ? Ciertamente podría creerse, porque se evaporan.

Tomemos, de paso, acta del hecho de que la historia de la creación del mundo organizado no ha dicho su última palabra. Mr. Martins, en efecto, empieza así : “ ¿ Cómo se han producido en el origen los seres organizados más elementales ? ¿ Es acaso por la combinación de algunos cuerpos simples, el oxígeno, el ácido carbónico y el azoe, por generación espontánea ? Se ignora todavía.” Y se ignorará siempre. ¡ Por consecuencia la confesión de esta ignorancia es la refutación completa de la ambiciosa teoría ; porque la vida de un protozario es tan difícil de explicar como la vida del hombre. Y hemos visto á los Huxley, los Hooker, los Tyndall, al mismo Darwin, es decir, á todos los oráculos de Mr. Martins, inclinarse humildemente ante este terrible misterio. Hasta nueva orden la creación queda para los protozoarios ! ¿ A qué fin, pues, tanto alboroto ?

Mucho es que Mr. Martins declare la generación espontánea desprovista de pruebas ; en el fondo, eso es todo. ¿ Será más dichoso en cuanto a la evolución ? Ah ! tampoco. Tropieza pesadamente desde los primeros pasos y sus argumentos se vuelven todos contra él.

“ La geología, dice, nos enseña que los séres inferiores, los organismos menos complicados fueron los primeros que aparecieron.” No, la geología no dice eso; y la prueba de que no es eso es que en la flora y la fauna actual encontramos millones de millones de protozoarios, ó séres de organismo más rudimentario que los séres de las primeras fases de la creación.

Para sostener esta arbitraria tésis se había invocado, es verdad, el pretendido descubrimiento, en los terrenos laurencianos, muy por debajo de los terrenos silurianos, el *eofoon canadiense*, el primero y más rudimentario de los séres organizados: pero resulta que el *eofoon canadiense* se ha convertido en un mito. Y en efecto leemos en la Memoria de las Ciencias de la Sociedad Americana para el adelanto de las ciencias, reunida en Indianópolis en 1871 (*Revue scientifique*, entrega de 15 de Enero de 1871): “ *El eofoon canadiense* cae cada vez en mayor descrédito. Todos los hechos están contestes en probar que ese pretendido ser viviente no es más que una apariencia orgánica debida á una disposición semicristalina particular, análoga á la que produce los dendritos.” Los sabios americanos que habían descubierto é inventado el *eofoon* se ven pues obligados á volver á reducirlo á la nada, por lo menos como ser organizado. Más, aun cuando hubiese sido un ser real el *eofoon*, hubiérase necesitado probar que ha hecho nacer por evolución ó transformación los briozoarios ó políperos de los terrenos cambrianos primero, despues los trilóbitos de los terrenos silurianos cuyo organismo es más complicado que el de un millón de séres vivientes en la actualidad &c. ; y habrían faltado completamente las pruebas.

A falta de *eofoon*, Mr. Martins parece que invoca el monera ó globigerina, cuya estructura es más sencilla todavía. ¡ Hasta había empezado por aquí ! No temía, sin duda, que la historia de ese sér tan inferior bastase por sí sola para confundir su entusiasmo. “ M. Haeckel, dice, cerca de Niza, M. Huxley en los mares del Norte, han sacado de profundidades de 4000 y hasta de 8000 metros, séres que han llamado *moneras*. Se presentan bajo la forma de pequeñas masas gelatinosas del grueso de la cabeza de un alfiler, ó de un barniz viscoso que cubre las piedras y otros cuerpos. Esas masas se componen únicamente de albúmina, sin envoltura alguna y sin ninguna traza de organización interior. Cuando el monera se mueve, lo hace por medio de prolongacio-

“ nes salidas de la masa central, semejantes á pestañas ó “ apéndices digitiformes.”

Tal es el monera ; nada más fácil que llamarlo *protista* PRIMER SER ; pero, ¿ cómo probar que lleva en sí el principio de la evolución sucesiva, que se ha transformado en *amabea* ó *protococo* ; que la *amabea* ó *protococo* ha llegado á ser á su vez una *diatomea* ó *ripropodo* ; la *diatomea* en *mauplio*, el nauplio en *ciclostomo*, el *ciclostomo* en *anfioso*, vertebrado reducido á su más sencilla expresión, provisto únicamente de la médula espinal ; el *anfioso* en *ascidio*, mostrando ya una columna vertebral ; el *ascidio* en un *vertebrado* más ó menos complejo ?

La imaginación, y la de M. Haeckel es terriblemente viva, se lanza sin gran pena de una á otra de estas nubes ; Pero todos esos pequeños séres, esos protistas misteriosos, tienen la maravillosa movilidad que se les concede con tan buena voluntad ? Oid bien. ¡ Los globigerinas ó moneras, con sus principios constituyentes, los cocolitos y los cocosferos, que forman hoy el barro del Oceano, formaron la greda en los tiempos geológicos más antiguos ! Sí, M. Huxley mismo es quien lo afirma en su famosa conferencia sobre la greda, que he querido traducir yo mismo (véanse *Les Mondes* de 1868) ; los globigerinas son los que fabricaron la greda absolutamente idéntica al barro actual, del Oceano, que será la greda del porvenir.

Hé aquí la ciencia, M. Martins ha preferido permanecer en el sueño. El monera es todavía hoy lo mismo que era en la noche de los tiempos geológicos y llena las mismas funciones, sigue fabricando la greda ! sin pensar de ningún modo, ni hoy ni en otro tiempo, en evolucionarse, en transformarse en *amabea*, en *diatomea*, en *rizopodo*, en *nauplio*, &c., &c.

MM. Haeckel y Martins habían confiado mucho en las indagaciones recientemente hechas en los mares profundos, muy bien reasumidas en la *Revue de deux-mondes* por Mr. Blanchard, cuyo testimonio invoca Mr. Martins ; pero estas indagaciones han dado por principal resultado hacer encontrar en los abismos del Oceano legiones DE FORMAS DESCONOCIDAS CONSIDERADAS COMO CARACTERÍSTICAS DE LOS TERRENOS CRETÁCEOS, son las propias expresiones de M. Blanchard (lugar citado página 202, líneas 31 y 32) ; es decir, probar hasta la evidencia la fiijeza de las especies inferiores, especies protistas, las mejor preparadas en apariencia para la evolución. Este pobre Mr. Martins no sabe pues nada ó finge no saber

nada, y conserva voluntariamente la luz bajo el celemín. ¡BRILLANTE OFICIO PARA UN PROFESOR DE FACULTAD TAN ENTUSIASTA POR EL PROGRESO ALEMÁN!

Un sabio francés, aunque casi naturalizado alemán, geólogo eminentemente distinguido, ha presentado en 21 de Noviembre de 1871, al Instituto imperial de Geología de Viena, una memoria sobre los trilobitos de los depósitos silurianos, en la que destruye por completo esa aseercción gratuita de los geólogos, base de toda la argumentación de Mr. Haecckel, de que los séres inferiores fueron los primeros que aparecieron en la superficie del globo y dieron vida por su evolución á los séres superiores.

“Las formas colocadas en el más bajo grado de la escala orgánica, dice Mr. Barande, tales como los Toraminíferos y los Pólipos, faltan completamente en la fauna primordial . . . Los Protozoarios son muy raros en ella y los Heteropodos no aparecen sino en las últimas facies de esa fauna . . . Los Braquiópodos han adquirido en ella un desarrollo notable, aunque muy inferior al de los Trilobitos. Las faunas intermedias entre el eozoon de los depósitos laurencianos inferiores, que se supone ser el más antiguo de los organismos conocidos (M. Barande no sabía entonces que el eozoon estaba destronado) y los animales colocados en parte muy alta en la escala orgánica de la segunda fauna siluriana faltan pues completamente . . . La porción del sistema cambriano más antigua que la fauna primordial encierra Braquiopodos, Pteropodos, Briozoarios, Amélidas, Asterias, Políperos, Espongiarios, Algas, sin vestigio alguno de Trilobitos . . . En resumén, exclama Mr. Barande, los hechos comprobados en la fauna siluriana de Bohemia se hallan en tan evidente contradicción con la teoría del desarrollo por transformaciones sucesivas que no parece sino que ha sido hecha expresamente para refutar la teoría en cuestión.”

Esto es ciencia y no metafísica, estos son hechos y no fábulas. Resulta pues que, gratuita ó más bién contradictoriamente á los hechos y á la ciencia, es como Mr. Martins reasume así su capítulo de los Protistas (*Revue*, página 774). “Las clases animales, léjos de estar aisladas, se hallan unidas entre sí á su origen; forman no ya una série única y continúa, sino un árbol genealógico semejante al que las

“ familias patricias (¡ qué pasión !) conservan con tanto cuidado. Estos árboles echan numerosas ramas, de las cuales unas se detienen, mientras que otras continúan ramificándose. El árbol genealógico del reino animal presenta las mismas particularidades : así la rama de los Marsupiales se detiene en los Tilacinos, la de los Cetáceos en la Ballena ; mientras que LA DE LOS MONOS SE ELEVA HASTA EL HOMBRE.”

Mr. Martins declaraba no querer ocuparse del hombre, pero ¡ cómo detenerse en tan bueno y hermoso camino !

Y nótese bien, la unidad afirmada por Mr. Haeckel y Mr. Martins es no ya solo la unidad de composición orgánica ó la unidad orgánica formulada sobre todo por el gran poeta Gœthe, tan vigorosamente combatida por Cuvier, tan elocuentemente defendida por M. Estéban Geoffroy Saint-Hilaire, en la memorable lucha de 1829 y 1830, sino también la unidad de origen y de tronco. Y sin embargo, apelo al testimonio de todos los que hayan leído ó lean la disertación de Mr. Martins ; sus argumentos establecerían cuando más la unidad orgánica pero no implican, de ningún modo, la unidad de origen y de tronco. Ya lo hemos probado superabundantemente ; la creación no ha procedido esencialmente de lo simple á lo compuesto ; la especie intermediarias ó de paso no aparecen en ninguna parte ó casi en ninguna parte ; la persistencia de las especies más inferiores es un hecho más brillante que la luz. Hagamos resaltar mejor la falta ó más bien el vicio de su razonamiento, tomando por ejemplo la unidad de origen de los Vertebrados superiores, página 775 :

“ En una lámina, dibujada por él mismo, Haeckel nos muestra embriones de cuatro semanas, del hombre, del perro, de la tortuga y del pollo. Al cuarto día la identidad es casi absoluta. Todos están provistos de cola, los miembros se presentan bajo la forma de cuatro pequeños muñones ; estando marcado el lugar de la nariz, del ojo y de la oreja. Todos tienen tres hendiduras branquiales que solo subsisten en los peces y se borran en los animales terrestres que hemos nombrado. Estas hendiduras nos muestran que todo Vertebrado presenta desde luego una organización que lo asimila á los peces. Al cabo de dos meses para el hombre, seis semanas para el perro y la tortuga, ocho días para el pollo, desaparecen las hendiduras branquiales, pero queda todavía la cola, aparecen los dedos y las orejas y em-

“ piezan á manifestarse algunas diferencias entre el perro y
“ el hombre por una parte, el pollo y la tortuga por otro.
“ A partir de este momento las diferencias se acentúan : y
“ esos séres, semejantes en su principio, llegan á ser tipos
“ completamente distintos ; pero su estado embrionario nos
“ ha descubierto SU IDENTIDAD ORIGINAL, y nos ha probado
“ que su organización es, al principio, no la del grupo de que
“ hacen parte, sino la de los peces, animales acuáticos colo-
“ cados en la parte baja de la escala de los Vertebrados.

Ah ! Esta es la ciencia alemana, ciencia vaporosa, sin lógica ni razón. Yo pregunto á todo hombre de buen sentido si lo que Mr. Haeckel nos muestra aquí es, evidentemente otra cosa más que la unidad de composición orgánica, la semejanza del desarrollo embrionario, y de ningún modo, como lo dice mentirosamente, LA IDENTIDAD ORIGINAL.

Hay más, querer encontrar ahí identidad original es negarse á sí mismo, suicidarse. En efecto, puesto que estamos en el límite de las sucesiones, lo que Mr. Haeckel debiera probar, no es ya la identidad, sino la individualidad. El primer ser, el protista, el monera ó el eozoon, no ha llegado gradualmente á diatomea, rizopodo, úclope, ascidia, pez, tortuga, pollo, perro, hombre, sino á través de una série de transformaciones indefinidas, y si la teoría fuese verdadera, se debería comprobar no la identidad sino una diferencia absoluta. Esos embriones son todo el hombre, todo el perro, todo el pollo, toda la tortuga ; deben pues diferir esencialmente aparte, quizás de cierta unidad de composición y de desarrollo, que de ningún modo es la identidad de origen.

Sí, tomo por testigo á todo sabio cuyo espíritu no se halle oscurecido por una desgraciada preocupación ; para un darwinista, el solo pensamiento de comprobar la identidad de los embriones que son el producto de la evolución y de transformaciones innumerables, en el espacio y en el tiempo, es una contradicción irritante y una chuscada descortés, porque tiene por objeto engañar á los lectores que no están muy sobre sí. La pretensión de deducir *á priori* el estado de la fauna entera de la Gran Bretaña, de las leyes comunes, de las acciones mútuas, de las moléculas de la gran nebulosa del universo, no era más que una fanfarronería insensata !

El hecho es que existen diferencias esenciales que no apercibís. La prueba es que bajo el impulso de estas diferencias, mil veces más acentuadas en sí mismas que vuestra pre-

tendida identidad, ésta se borra completamente después de algunos días, de algunas semanas, de algunos meses.

No mintáis pues, decid francamente que lo que veis es, no la unidad invisible de origen, sino cierta unidad aparente de composición orgánica.

Y además, lo que sería vergonzoso para un sabio francés, aun cuando no lo sea tanto para un sabio alemán que no llega al fondo de las cosas, porque su espíritu es más nebuloso, esa tentativa de identificación, no de orígenes (porque la sola pretensión de ver actualmente la identidad de los orígenes es absurda en sí), sino de las formas, es una bobería, porque, evidentemente, la semejanza no puede ser sino aparente, proporcional al poder del instrumento con que se examina. Es una ficción, una añagaza, una mentira; en realidad no existe.

Mr. Haeckel y Mr. Martins no saben quizás que el microscopio, del que tanto abusa la escuela alemana, tiene sus límites, más allá de los cuales no muestra nada. No soy yo quien lo digo, es Mr. Tyndall, uno de los ilustres físicos de los tiempos modernos, el atrevido pensador, el amigo íntimo de Mr. Huxley; ó más bien los hechos son los que lo proclaman, hechos incontestables, que me creo en el deber de recordar. Los tomo de la célebre conferencia sobre el papel científico de la imaginación, hecha en Liverpool, en 15 de Setiembre de 1870, en el seno de la reunión de la Asociación Británica para el adelanto de las ciencias, presidida por Mr. Huxley.

“ He puesto en manos de nuestro presidente un frasco
“ conteniendo partículas de Brucke (máстик, almáciga, disuel-
“ to en alcohol absoluto) mucho más numerosas y mucho
“ más gruesas que las examinadas por Brucke. El líquido
“ presentaba un color lechoso azulado y Mr. Huxley le aplicó
“ su ocular de más aumento. Me aseguraba que si el líquido
“ contuviera partículas de una cien milésima de pulgada, no
“ se escaparían á su mirada; pero no vió ninguna partícula.
“ Visto al microscopio el líquido turbio no se distinguía del
“ agua destilada. Brucke había comprobado á su vez que
“ esas partículas estaban fuera de los tamaños visibles por el
“ microscopio.”

De esta experiencia bien sencilla, Mr. Tyndall se atrevió á deducir esta severa lección.

“ Espero, Sr. Presidente, (el mismo Huxley) que vos, de
“ quien las malas lenguas han hecho un compañero, un corre-

“ ligionario de Haeckel, pero que conservais siempre activa
“ vuestra simpatía por la clase de indagaciones que la natura-
“ leza os llamaba á proseguir y enriquecer, espero me excusa-
“ reis para con mis compañeros, que algunos parece se for-
“ man una idea imperfecta de la distancia que separa el límite
“ microscópico del límite molecular ; y que, como consecuen-
“ cia necesaria, emplean algunas veces una fraseología que
“ SE DIRÍA ESTÁ CALCULADA CON EL DISEÑO DE ENGAÑAR,
“ cuando por ejemplo, (aviso á los Virchow, á los Haeckel, á
“ los Robin, á los Onimus) describen el contenido de una cé-
“ lula como perfectamente homogénea, y absolutamente sin
“ estructura, porque el microscopio no puede descubrir en ella
“ estructura alguna. ENTÓNCE, así lo creo, EL MICROSCO-
“ PIO EMPIEZA Á DESEMPEÑAR UN PAPEL DAÑINO. Una con-
“ sideración bien pequeña vá á hacernos comprender que el mi-
“ croscopio no debe ser creído EN LA CUESTIÓN REAL DE
“ LOS GÉRMENES ORGÁNICOS. El agua destilada es más per-
“ fectamente homogénea que cualquier célula orgánica posi-
“ ble. ¿ Qué causa hace que este líquido deje de contraerse
“ á cuatro grados sobre cero y que aumente de volúmen has-
“ ta que se ha congelado ? Es un modelo de estructura que
“ el microscopio no alcanza, y QUE NO ES APTO PARA ALCAN-
“ ZAR CUALQUIERA QUE SEA EL PODER DE AUMENTO QUE SE
“ LE DÉ. Colocad esa agua en el campo de un electro-imán y
“ miradla en el foco de un microscopio. ¿ Pensais que vereis
“ algún cambio cuando se haga activo el electro-imán ? ¡ Pues
“ no vereis nada ! Y sin embargo se ha operado un cambio
“ profundo y complicado. En primer lugar, las partículas del
“ agua se han hecho diamagnéticamente polares ; en segundo
“ lugar, en virtud de la estructura que les ha sido impresa por
“ la tensión magnética de sus moléculas, el líquido da una
“ espiral de luz, de una manera completamente determina-
“ da en cantidad y dirección. Sir William Thomson es el
“ único que vé en espíritu las complicadas modificaciones mo-
“ leculares que supone la rotación del plano de polarización
“ por la fuerza molecular ! . . . Hay pues un mundo de ma-
“ teria y movimiento para el que no tiene pasaporte el mi-
“ croscopio y en el que no presta auxilio alguno. Los casos
“ en que se encuentran esas mismas condiciones de impoten-
“ cia son sencillamente innumerables. El diamante, el ama-
“ tista y los demás cristales sin nombre que se forman en el
“ laboratorio de la naturaleza y del hombre no tienen ningun-

“ na estructura ? Seguramente tienen una ; ¿ pero qué pue-
“ de contar de ella el microscopio ? ¡ Nada ! NO SE PODRÍA
“ HACER COMPRENDER BASTANTE QUE ENTRE EL LÍMITE MI-
“ CROSCÓPICO Y EL VERDADERO LÍMITE MOLECULAR (CE-
“ LULAR), HAY LUGAR PARA PERMUTACIONES Y COMBINA-
“ CIONES INFINITAS.”

He aquí como en su teoría de Darwin, de la que hace un dogma Mr. Martins, resulta que las demostraciones microscópicas de Mr. Haeckel, que sus pretendidas identidades embrionarias, son no diré solo ilusiones, sino un delirio, una imposibilidad !

En efecto, un embrión no es mas que una masa de células microscópicas, y en cada célula microscópica Darwin pone una inmensidad.

Darwin, dice M. Tyndall, ha exagerado de tal modo la materia, que un gérmen invisible es un mundo de gérmenes más pequeños.

Esta es, efectivamente, su famosa teoría de *la pangensis corolaria natural de la unidad de origen*. ¿ No la conocería Mr. Martins ?

“ El cuerpo de cada ser se reduce á un elemento infini-
“ tamente pequeño ó célula. Esta célula, esencial y primiti-
“ va, al dejar el elemento generador, no lleva consigo sola-
“ mente la facultad de producir un ser semejante al padre y
“ á la madre, sino que lleva también la virtud de trasmitir esa
“ misma facultad á todas las células del ser engendrado ; y
“ así sucesivamente de generaciones en generaciones. La vi-
“ da de cada célula, por consecuencia, se reproduciría, se mul-
“ tiplicaría en una série infinita de seres rigurosamente limi-
“ tados y determinados, perfectamente semejantes á los ante-
“ cesores. CADA CÉLULA, ADEMÁS, CONTENDRÍA MIRIADAS
“ DE ÁTOMOS Ó DE GÉMULAS salidas del ser madre, dotadas
“ también de la facultad de multiplicarse y de circularse . . .
“ En la pangensis, en fin, una simple célula no contiene úni-
“ camente todos los elementos ó principios constituyentes de
“ los cuerpos, sino que contiene también, bajo la forma de
“ gémulas tóxicas, los principios de sus estados mórbidos, de
“ las enfermedades hereditarias, de las deformidades &c., &c.”

La comprobación de la identidad embrionaria, no diré de origen, es un absurdo ; pero la de composición orgánica, afirmada *de visu* por Haeckel, es, en la teoría de Darwin, una imposibilidad, ó el resultado de una impotencia absoluta, de

la que todo sabio verdadero debiera tener conciencia y prudencia para desconfiar de ella.

Empero, para los teóricos fantásticos de Alemania, la ciencia de observación no es más que un medio que saben hacer obrar y falsear á su placer.

En favor de la unidad de origen, Mr. Haeckel y Mr. Martins invocan otros dos argumentos, de los que nada ó casi nada diré, porque, en su nulidad, se borran completamente ante la identidad embrionaria que hemos probado no es más que una culpable mistificación.

Estos dos argumentos son: 1º la aparición de un mismo tipo morfológico y por decirlo así del mismo animal en diversos grados de la escala ; por ejemplo, el tipo del mono de mano y de cola tomado entre los bimanos, que se encuentra, primero en el camaleón, en los reptiles ; los fatangeros y las sanguijuelas entre los marsupiales ; los coindona entre los roedores, los kinkajona entre los carnívoros &c.

2º La existencia, en los animales y los vegetales de órganos rudimentarios, avortados, de ningún uso para el ser organizado, pero que, desarrollados en otros animales, llenan en ellos funciones importantes, por ejemplo, las mamas atrofiadas en el hombre y que segregan leche en la mujer.

¿ Qué prueban estos dos argumentos ? la unidad de composición orgánica ó cuando más de desarrollo ; pero sobre todo que la naturaleza tiene para nosotros secretos y misterios cuya última palabra no sabremos jamás.

Llegamos á la peroración ó á la conclusión de Mr. Ch. Martins.

“ Una doctrina, dice, en la que los hechos aislados se comprueban y coordinan en armonioso conjunto, no puede ser un ruido destinado á morir sin eco. Lo mismo que el método natural, el darwinismo será un día la ley soberana y universalmente aceptada de la ciencia de los seres organizados ”

No titubeo en decirlo, para hablar de este modo, es necesario no haber leído atenta ni seriamente, á Darwin ni á Haeckel, ó al ménos es necesario haber perdido enteramente el sentimiento de la prueba, de la certidumbre, de todo lo que constituye la ciencia propiamente dicha ó verdadera.

Los más autorizados jueces del campo no han titubeado en formular esta terrible sentencia :

LA NUEVA ESCUELA SOLO EXISTE CUANDO SE LA COLO-

CA FUERA DEL TIEMPO Y DE LOS LUGARES ACCESIBLES Á LA OBSERVACIÓN, DESAPARECE CUANDO ENTRA EN LA REALIDAD.

La ostentación de indagaciones y combinaciones, hecha á costa de tanto gasto, no reposa sobre nada real, puesto que las ciencias con que más se contaba para apoyarla, la geología y la paleontología, le rehusan despiadadamente su testimonio.

Por eso, en vez de afirmar y de imponer, Darwin expresa con extremada timidez un : *Yo concibo ! No es posible ? Tengo la convicción de que esto no es ni imposible ni inadmisibile.*

A cada instante siente la necesidad de invocar las lagunas de la ciencia, las hojas perdidas del libro de la naturaleza.

Constantemente apela á lo desconocido y se atrinchera detrás de los millares de generaciones, de los millones de años y si preciso es, de los millones de siglos.

Confiesa ingénuamente que no espera encontrar eco sino en las inteligencias jóvenes, temerarias, independientes, exentas de preocupaciones científicas y sobre todo religiosas, más amigas de la filosofía que de la ciencia y de la revelación.

No trata ni aún de negar que la variabilidad de las especies es contraria á todos los hechos y á todos los testimonios de los depósitos geológicos, de los montones de rocas de los antiguos ventisqueros, de los hipógeos de Egipto &c. ; y que la inmensa mayoría de los objetos recogidos diariamente por la turba de ardientes coleccionadores, en todos los puntos del globo, pertenecen siempre á las especies que figuran ya en las colecciones.

Lo mismo sucede también por todas partes con los ejemplos sin cesar renovados de apariciones bruscas, sin ninguna série de intermediarios

¡Qué terrible argumento ofrece contra la teoría Darwiniana este implacable testimonio ! Los hechos que la contradicen se han conservado preciosamente en lo que nos queda del gran libro de la naturaleza, los hechos que hubieran podido argüir en su favor no han sido inscritos más que en los volúmenes extraviados ó en las hojas perdidas . . .

Añadamos que las respuestas dadas por Darwin á objeciones notoriamente irrefutables son algunas veces de una simplicidad extraña. Cuando se le pregunta cómo, apesar de la lucha por la existencia, de la selección natural, de la perfectibilidad indefinida, los tipos inferiores han podido conservar, á

través de millones y millones de siglos, una sencillez de organización que hace pensar en el prototipo, se contenta con decir: “¿Qué ventaja podría haber para esos seres inferiores en estar dotados de una organización más elevada? ¿No puede suceder también que no se hayan presentado circunstancias favorables para ello?”

En otra parte daré [*] las pruebas, que aquí no puedo dar, sobre la falta absoluta de consistencia del sistema tan extrañamente formulado por Darwin; y para que no pueda objetárseme que mi juicio es una consecuencia necesaria de mi carácter y de mis convicciones religiosas, habrá de estimarse oportuno que invoque el testimonio de un sabio, muy competente por cierto, cuyas creencias son antípodas de las mías y que amenudo he combatido, Mr. Andrés Sansón, partidario declarado del positivismo y colaborador ordinario de la *Revue positiviste*.

Ved aquí lo que escribe en la entrega de Enero de 1868.

“La sabiduría exige á los sabios proseguir sus indagaciones con otra mira y proponerse otro objeto, Cuán léjos están de haber sido todos sabios! Han querido absolutamente explicar lo inexplicable y resolver con razones demostrativas el problema insoluble del origen de las especies, arrojándose en el vasto campo de las hipótesis independientes.... Ha podido parecer ingenioso concebir una explicación del desarrollo de las formas vivientes, en virtud del cual descendieramos de un elemento anatómico primordial, habiendo sido nuestros antecesores, en la série de los siglos, gusanos, insectos, peces, pájaros, mamíferos, como se ha supuesto que cada uno de nosotros recorre, durante la vida uterina, todas las facies porque había pasado la organización animal en el tiempo. Esta visión del espíritu, que puede seducir todavía á LAS IMAGINACIONES VIVAS PERO IGNORANTES, es hoy rechazada por los mismos que proclaman su grandeza y su magestuosa sencillez, por pocos conocimientos que tengan de historia natural.”

Esto respecto á la doctrina, en cuanto al libro, ved lo que dice el mismo escritor.

“Ha alcanzado, dice, en lo que un espiritual académico llama el *demi-monde* de la ciencia, un éxito casi entusiasta el LIBRO MÁS MALO, que, en mi juicio, poseemos sobre cien-

[*] Existen en la obra del mismo Abate Moigno *Los esplendores de la fé*.

“cias naturales . . . La obra es, bajo todos los puntos de vista, *una de las más débiles* que he leído hasta ahora, sea como encadenamiento lógico de las ideas, sea como crítica de las observaciones por las que se han propagado esas ideas.”

He aquí como son juzgados por un libérrimo pensador el libro y la doctrina en LOS QUE, SEGÚN MR. CH. MARTINS, LOS HECHOS AISLADOS SE COMPRUEBAN Y SE COORDINAN EN UN CONJUNTO ARMONIOSO QUE NO PODRÁ SER UN RUIDO DESTINADO Á MORIR SIN ECO.

Sobre este último punto, Mr. Martins no se engaña. Los ruidos incoherentes de Darwin y de Haeckel no permanecerán sin eco !

El darwinismo será bien pronto, si no lo es ya, la doctrina dominante, porque como lo decíamos hace poco, hemos entrado en los tiempos de que dice el apóstol San Pablo : NO SOPORTARÁN YA LA SANA DOCTRINA. SE RODEARÁN DE MAESTROS CUYO FANTÁSTICO LENGUAJE HALAGUE SUS OIDOS. LE TENDRÁN AVERSIÓN Á LA VERDAD, Y SE VOLVERÁN Á LAS FÁBULAS.

El libro que más halaga el oído incrédulo, es el libro de Darwin, que tan hábilmente hace sonar la nota sensible de las inteligencias enfermas de este triste siglo.

La fábula que adormece mejor es la de la naturaleza eterna, que autoriza á pensar que el mundo no tuvo jamás principio y que jamás concluirá, que lo que tuvo efecto en el pasado indefinido es lo que vemos reproducirse hoy y lo que seguirá reproduciéndose en el porvenir. Y lo que mejor oculta la locura ó el vacío de esa fábula, lo que ahoga mejor la idea de la creación, del Dios creador y fin último de los seres razonables, es la doctrina del origen de las especies y de la descendencia del hombre ; por eso tiene todas las probabilidades de ser adoptada por gran número de espíritus de las generaciones sin fé.

Ninguna ilusión me hago respecto á esto ! Pero de lo que debía tomar acta solemnemente es de que esa doctrina tan seductora y tan contagiosa, en razón del medio demasiado bien preparado que encuentra, no está, de ninguna manera, autorizada ni consagrada por la ciencia ; y que, por el contrario, es tanto ó más opuesta á la ciencia que á la revelación ; y que el aparato científico de que se la rodea no es más que una máscara engañosa, un fantasma sin realidad.

Pobres inteligencias del siglo XIX, nubes arrebatadas por

todos los vientos del error, quizás no consigamos impedirlos que hagais con Haeckel esta absurda profesión de fé :

“ TODOS LOS SÉRES ANIMADOS Ó INANIMADOS SON EL RESULTADO NECESARIO DE LA ACCIÓN MÚTUA, SEGÚN LEYES DEFINIDAS, DE LAS FUERZAS QUE PERTENECEN Á LA NEBULOSA PRIMITIVA DEL UNIVERSO.”

Ni que dejes de exclamar locamente con Mad. Clemencia Royer (*Origen de las especies*, páginas 24, 25, 26): “ LA MATERIA NO ES INERTE, INMÓVIL, INACTIVA . . . ; LAS FUERZAS QUE HEMOS CREIDO FUERA DE ELLA ESTÁN EN ELLA ; LA INTELIGENCIA Y EL PENSAMIENTO NO SON MÁS QUE FENÓMENOS LO MISMO QUE LA IMPENETRABILIDAD, EL MOVIMIENTO . . . ; EL MOVIMIENTO SE TRANSFORMA EN SONIDO, EN CALOR, EN ELECTRICIDAD, EN VIDA, EN INTELIGENCIA, EN VOLUNTAD, EN ACCIÓN LIBRE”

Ni con Mr. Ch. Vogt : “ *Fuerza y materia no son más que una cosa ; todo, en los cuerpos orgánicos, lo mismo que en los inorgánicos, no es más que transformación y trasposición incessantes de la materia*”

O con Mr. Virchow, que es más franco ; “ NO HAY LUGAR NI EN EL MUNDO PARA DIOS NI EN EL HOMBRE PARA UN ALMA Ó PRINCIPIO INMATERIAL DE LA VIDA.

Estos no son más que gritos evidentemente fanáticos ; y sin embargo, el mundo intelectual todo entero está arrastrado fatalmente hácia esas lamentables negaciones de toda doctrina razonable ó revelada.

Pero al menos habré probado superabundantemente, contra las aserciones gratuitas de Mr. Ch. Martins, que esa desvergüenza general de los espíritus está fuera de la ciencia ; que la ciencia, por el contrario, en ninguna parte se halla en desacuerdo con la fé ; que el materialismo desesperante viene, no del espíritu, sino de la voluntad y del corazón ó de la carne ; DIXIT IMPIUS IN CORDE SUO, NON EST DEUS ! ó mejor de esa doble y profunda alteración del cerebro y del corazón que las divinas Escrituras caracterizan con estas enérgicas expresiones : *Dura cervice et incircumcisis cordibus !* Cerebro obstruido y endurecido, en el que no hay lugar alguno, ni ningún eco para la idea de Dios y de lo sobrenatural. ¡ Corazón incircunciso y materializado que se ha hecho inaccesible á todo sentimiento que no sea puramente humano y terrestre !

Séame permitido, con este motivo, revelar una grande y

triste verdad. En la doctrina ortodoxa de la razón y de la revelación, que jamás ha sido homicida, que da su justa parte al elemento material y al elemento espiritual de nuestro ser, la educación ó la acción personal pueden, no solo excitar en el cerebro impresiones bastante vivas, bastante profundas para que el alma inconsciente se haga en cierto modo su esclava, sino también modificar sensiblemente en el individuo y en la raza la forma misma del cerebro, porque el alma hace el cerebro y el cerebro avasalla el alma. Así es como un pueblo civilizado puede descender física y moralmente al estado salvaje ; y por eso también es que un pueblo en estado salvaje tiene necesidad de cierto tiempo, de muchas generaciones, quizás, para volver, física y moralmente á la civilización. El Sr. Dr. G. Wilson ha examinado cuatrocientas cincuenta cabezas de criminales ordinarios ó empedernidos, con la sabia precaución de tomar sus medidas antes de todo informe sobre la vida de las personas, y ha comprobado que el cráneo de los habituados al crimen presenta anomalías sensibles, sobre todo en la región de los lóbulos anteriores del cerebro ; de donde ha concluido que, á menos de una reforma posible, pero que deberá justificarse con cierto tiempo de pruebas, no podrían dejar de ser criminales. Si se midiese del mismo modo el cráneo de los ateos, de los libres pensadores, de los solidarios &c. ; ó al menos si pudiese someterse su cerebro á un exámen bastante detenido, se comprobarían modificaciones evidentes y profundas, de las que han sido ellos mismos la causa más ó ménos voluntaria, y que explicarían su confirmación en el mal. Por eso se ven hombres distinguidos, profesores eminentes, arrastrados á perder todo sentimiento de religiosidad, á considerar la causa primera, Dios, como el enemigo personal de la humanidad ; á tratar de locura irritante toda idea de lo sobrenatural ; á encontrar abominable que al practicar la virtud, se excite uno á ello con el pensamiento de una recompensa eterna, no obstante que el acto incesante de la vida de tales hombres es la persecución del bienestar, tal como ellos lo comprenden. He aquí como, en las naciones civilizadas, estamos condenados á ser testigos de escenas de grosería, de brutalidad, de impiedad, tales cuales no las ha visto jamás ningún viagero en los pueblos más salvajes y más bárbaros. El secreto de esta lamentable perversión de los espíritus y de los corazones se halla en la acción del alma sobre el cerebro y la reacción del cerebro sobre el alma ; en el fenómeno que un

célebre fisiologista inglés Mr. W. B. Carpenter, vice-presidente de la Sociedad real de Lóndres, ha llamado *la actividad inconsciente del cerebro ó cerebración inconsciente*, sea original, sea adquirida.

Yo pregunto á todo hombre sensato ; ¿ no se necesita dejar de poseer un cerebro humano, una inteligencia humana, para llegar á pensar las monstruosidades que se encuentran en la pluma de los teólogos de *La Republique francaise*, el periódico del ciudadano Gambetta ? “ Las religiones se pueden comparar á epidemias, de que no siempre es fácil preservarse. Ynoculadas á partes enteras de la humanidad, estas especies de lepra atacan hasta á las porciones más sanas de nuestra especie y depositan en ellas el gérmen de un mal constitucional : se necesita pues que la horrible afección concluya con la vida del enfermo. El padre la trasmite á sus hijos con lo más puro de su sangre. Encorvado, enclenque, débil de cuerpo y de espíritu, el pobre niño será naturalmente raquítico y supersticioso ; *temerá á los dioses y tendrá miedo á los hombres* ; dará creyentes á la Iglesia y soldados á César. La mayor parte de la humanidad está compuesta de enfermos de esta clase. Tengamos cuidado. Los hay que se creen curados y no están más que convalecientes.”

Jamás los predicadores de los juéves de este periódico revolucionario é impío, pueden resolverse á escribir simplemente la *Religión, Dios*. Para ellos no hay ni Dios, ni religión ; no hay más que falsos dioses y falsas religiones. El escritor arrebatado y furioso que ha escrito las frases copiadas, no es el que en el *Journal officiel* de la Comuna exclamaba : “ El pueblo nuevo que se levanta hoy con tanta energía no doblará la rodilla ni la cabeza, porque no cree en Dios y sabe vencer á los hombres ? ” No nos engañemos, los hombres de *La Republique francaise* son los hombres de la Comuna, los hombres de la sangre y del incendio.

Fáltanos todavía que arreglar una pequeña cuenta con Mr. Martins ; se ha atrevido á escribir

“ Un descubrimiento que hizo gran sensación en su tiempo, fué el de una mandíbula inferior encontrada en 1837, por Larbet, en Sausans, cerca de Auch. Esa mandíbula pertenecía incontestablemente á un mono vecino del Gibbon, y el Gibbon hace parte del tipo antropomorfo. El hombre no estaba léjos ; pero Cuvier había declarado que no había hombre fósil y se le creía sobre su palabra. Hoy todo ha cambiado.

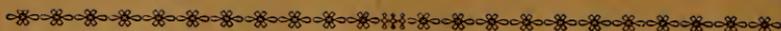
Es verdad que no se ha demostrado completamente que el hombre haya vivido en la época terciaria, pero nadie niega su existencia en el período siguiente, llamado *pleistoceno* ó *diluviano*. Por todas partes ha dejado rastros de sus combates, de sus festines, de sus funerales; nuestras colecciones están llenas de instrumentos de piedra dura fabricados por él; las huesamentas de los animales con que se alimentaba muestran la huella de los cuchillos de sílex, con los que cortaba la carne; eran todas las especies actuales, á las que hay que añadir algunas que han desaparecido después; tales son el elefante cubierto de crines, el rinoceronte lanoso, el oso, la hiena y el tigre de las cavernas. De este modo el hombre cierra la serie ascendente del reino animal. AL COMPARARSE Á SUS PRIMITIVOS ANTECESORES, NO TIENE PORQUÉ SONROJARSE DE SU HUMILDE ORIGEN: SEMEJANTE RECIENVENIDO SE ENNOBLECE ÉL MISMO. Si los instintos animales de astucia y de violencia, que ha heredado de sus primeros antecesores, se manifiestan todavía fatalmente en sus luchas homicidas, puede siempre oponer á las depredaciones de los misántropos, en el pasado, el arte y la literatura antiguas; en el presente, la civilización y la ciencia modernas."

La inteligencia de Mr. Martins es una garganta de sapo! Lo engulle todo, el origen animal, la paternidad simiana, la antigüedad indefinida del hombre; lleva hasta el extremo el encarnizamiento impío de que habla el Rey Profeta: *Elevado á la cima del honor, el hombre no ha comprendido su nobleza; se ha comparado á los animales sin razón y se ha hecho semejante á ellos*, SALIDO DE ELLOS, UNO DE ELLOS. ¡ Buen provecho le haga! Debiera, por lo ménos, no ser demasiado ignorante, ó no mentir. Es absolutamente falso que la existencia del hombre plioceno ó pleistoceno esté cierta ó rigurosamente demostrada. Dos sacerdotes sabios y piadosos MM. Bourgeois y Delaunay son los únicos que han creído encontrar la prueba de él; pero esa prueba no ha sido aceptada como demostrativa por nadie, ni aún por los Vogt, los Bucher &c. Casi todos los geólogos MM. Lyell, Hebert, Fabre de Ginebra, Raulin, están conformes en decir que el hombre plioceno es más que dudoso, que es falso, imposible, según las leyes más universalmente admitidas de la paleontología.

Frecuentemente hemos reproducido y aún volvemos á reproducir el testimonio solemne y contundente de M. Evans, secretario de la Sociedad geológica de Lóndres, uno de los

maestros de la antropología y de la paleontología humanas, que ha estudiado en los mismos sitios los yacimientos de Saint-Acheul y de Saint-Prest ; y ha declarado en plena reunión de la Asociación Británica que los argumentos en favor del hombre plioceno estaban léjos de ser convincentes (*Very far from convincing*). Los huesos humanos no se han encontrado hasta ahora más que en terrenos de aluvi3n, de transporte, 3 *terrenos móviles en pendiente*, como los llama Mr. Elías de Beaumont ; el hombre f3sil no es por tanto hoy más realidad de lo que lo era en tiempo de Cuvier.

Diríase que Mr. Martins tiene una tendencia marcada, que le sale del fondo de las entrañas, á la escuela que dice Mentid, mentid, que algo queda. Triste oficio para un Profesor de Facultad. ¡ Ah ! Si al ménos fuese Profesor de la Universidad de Strasburgo bajo el Rey de Prusia !



II.

EL PUEBLO REY DEL PORVENIR.

(Se suprime este capítulo por no ser pertinente al objeto de este opúsculo).

III.

CIENCIA Y REVELACIÓN, RAZÓN Y FÉ.

M. Benjamín Aptord Gould, director del Observatorio nacional de Washington, en su calidad de Presidente de la Asociación americana para el adelanto de las ciencias, reunida en Salem (Massachussets), tratando del papel de los hombres de ciencia en la sociedad, y particularmente en los Estados Unidos, ha pronunciado un discurso verdaderamente elevado que nos creemos en el deber de analizar y discutir: El sabio astrónomo, cuyos conocimientos son tan universales como extensos, ha tocado amenudo en su discurso la cuestión extremadamente grave y delicada de las relaciones de la Fé y de la Razón, de la Revelación y de la Ciencia; y lo ha hecho con franqueza y buena fé, pero también á veces con esa preocupación de espíritu demasiado común en los sabios de nuestros días y que me será permitido poner de manifiesto para restablecer la verdad demasiado desconocida. M. Gould es sinceramente religioso, cree en Dios y en el alma inmortal; hasta es cristiano, ó, por lo ménos, no tiene ninguna tendencia á rechazar la religión revelada. "Si está en las miras del Creador, dice, que la raza hecha á su imagen vea y comprenda las leyes de su poder creador; si quiere que sus obras admirables sean leídas por el hombre, al que ha dado los medios y el deseo de leerlas; si quiere que nuestras facultades

superiores sean cultivadas lo mismo que las facultades inferiores ; debe también querer que una clase especial de hombres pueda vivir trabajando por el bien general, consagrando todas sus facultades á las conquistas de la inteligencia por el estudio de sus obras y la interpretación de sus leyes. De todos los argumentos que se han hecho en el mundo, desde hace más de tres mil años, en favor del ministerio sagrado de la religión, hay uno solo que no pueda aplicarse al ministerio de la ciencia ? Si el acto más elevado del espíritu humano es llegar á una relación íntima, á una comunión con el Padre de los espíritus, ¿ no es también un deber superior el buscar á Dios en sus obras y aprender á conocerlo en la forma bajo la que ha juzgado apropiado manifestarse directamente á nosotros ? Por poco razonable que sea sostener que la palabra de Dios (revelada), después de haber pasado por tantas tradiciones y recuerdos, después de haber sufrido tantas veces la traducción de una lengua á otra (estas restricciones que tienen significación en la religión del libre exámen, no la tienen en la religión de la autoridad ó de la iglesia inspirada por Dios), ¿ merece el nombre de palabra divina más que la que ha escrito sobre la tierra entera y en los cielos ? ¿ No sería ménos razonable sostener que se necesitan ministros encargados de explicar la primera (la palabra revelada) mientras que serían inútiles para la segunda ? Léjos de mí el pensamiento de insinuar ni aún indirectamente (¡ qué hermosa y buena profesión de fé en un sabio de primer orden !) que lo contrario es lo verdadero ; que la cultura de la inteligencia debe anteponerse á la de las facultades religiosas ; que los entretenimientos más elevados con Dios, cuando se manifiesta por sus más bellas obras, ó por las leyes físicas más profundas, puedan suplir á esos entretenimientos del corazón tan indispensables y satisfacer las necesidades del alma que pide á su padre el pan celestial. Según mi opinión, los dos sacerdocios merecen igualmente respeto : todos dos son indispensables para satisfacer á una necesidad profunda é insaciable ; todos dos responden instintivamente á esta necesidad . . . Sin embargo . . . desde la aurora de la ciencia moderna, se han hecho una guerra encarnizada los diferentes sistemas teológicos. El carácter positivo de sus resultados la ha hecho sospechosa sobre todo á los que temían ver ataques contra sus dogmas ó que la caída de alguna teoría favorita arrastrase por completo la ruina de sus creencias. Otros han admitido que la revelación

escrita y la revelación visible de Dios pueden estar en contradicción ; y en su solicitud por la primera, han emprendido el batir en brecha á la segunda, con todas las baterías de los casuistas. Olvidaban que en materia de religión, como en asunto de ciencia, todo celo extremoso traspasa su objeto y debe producir necesariamente una reacción fatal á la causa en cuyo favor se despliega. Recuerdo haber oido, hace treinta años, á uno de nuestros más sabios profesores hombre bueno y venerable, si lo ha habido, deplorar, en la lección de apertura de un curso de geología, deplorar, digo, la tendencia anti-religiosa de esta ciencia cuando no se la comprende. ¿No acontece también en nuestros días que se tiene más afán en conciliar las contradicciones aparentes entre el libro del Génesis y el libro de la naturaleza, que en examinar el grado de confianza que merece cada uno de estos libros ? Hace veinte años que la inquisición ha tomado una forma diferente de la que tenía hace dos siglos, pero no es menos tiránica ni menos implacable. Las torturas que arrancaron á Galileo una retractación de momento no fueron más crueles que los sufrimientos morales infligidos á más de un sabio de nuestra época por haber creído que la tierra existe hace millares de siglos ; que todo el género humano no ha salido de una sola pareja ; que hay pruebas decisivas de la existencia de séres humanos durante la época pliocena ; ó, por fin, que la tierra y la alternativa de la noche y el día existían antes que el sol.”

Todo este no es más que declamación y confusión. La cuestión es mucho más sencilla de lo que supone M. Gould : recordémosle que aquí se trata de estrellas y no de nebulosas. El libro de la naturaleza que necesariamente es también el libro de la creación y de Dios, no deja de ser por eso distinto del libro de la revelación. Libre es el sabio de estudiar el primero sin preocuparse del segundo. Que lleve sus indagaciones todo lo léjos que quiera, con tal que permanezca en el terreno de la ciencia pura ; nadie tendrá derecho para decirle la menor cosa ; y si permaneciendo verdaderamente en el terreno de la ciencia pura, alguien le busca querella, evidentemente será esta uno de tantos extravíos tan comunes ay ! á la inconsecuencia humana, pero que no deja de ser por ello reprehensible. Todos estamos de acuerdo en este punto capital : pero el verdadero abuso, el que M. Gould, en su carácter de servidor ilustrado y abnegado de la ciencia, debiera condenar con sus anatemas, es : 1^o que el investigador de la naturale-

za, prematuramente y sin razón suficiente, dé el calificativo de ciencia y el valor de hecho demostrado á simples probabilidades, á fenómenos sobre los que no hay derecho de pronunciarse, porque ignora su verdadero origen, á hipótesis, á teorías aventuradas y grandemente controvertidas; 2º que cuando ha elevado de este modo, á la condición de ciencia ó de hecho, sus hipótesis ó sus deducciones inciertas, sea bastante inconsecuente para oponerlas á las doctrinas y á los hechos de la revelación que conoce mal ó que apenas conoce, para hacer de aquellas un arma acerada contra la fé, en vez de permanecer en el dominio de la ciencia propiamente dicha y dejar á los partidarios de la revelación y de la fé la responsabilidad de saber si sus dogmas pueden subsistir frente á las teorías y á los hechos de la ciencia.

La fé, por sí misma, ni ha sido jamás ni puede ser hostil á la verdadera ciencia; y si se quiere ser sincero, se reconocerá que únicamente por reacción, por la necesidad de una legítima defensa, es que la fé ha entrado en lucha con la ciencia. Jamás habría pensado la fé en insurreccionarse contra la ciencia, si la ciencia no se hubiese hecho la enemiga encarnizada é irreconciliable de la fé. La ciencia, ó mejor dicho, la media ciencia es la que va por todas partes diciendo que es opuesta á la fé, irreconciliable con la fé, hasta el punto de hacer cada día más imposible á la fé: sus afirmaciones, ó mejor, sus pretensiones son falsas, absolutamente falsas; pero insiste tanto que la fé abre forzosamente los ojos. ¿No es natural que desconfie de una ciencia insurrecta, de una ciencia hostil, por lo mismo que es insurrecta, cuando esta ciencia, de propósito deliberado, se constituye en su espantajo y su ruina? Yo pregunto á M. Gould y á todos los sabios de conciencia. ¿De parte de quién están la buena fé y el amor sincero de la ciencia? ¿Se hallan por ventura en M. Buchner, uno de los jefes de la escuela moderna, cuando exclama: “Todo el que admita fórmulas ó artículos de fé, sea en filosofía, sea en teología, no puede ser AMIGO DE LA VERDAD, ni juez competente para las opiniones de otro, porque el partido que ha aceptado de antemano le hace intolerante con las más honrosas convicciones?” Acaso están de parte del americano Lecley cuando escribe: “¡Reconciliar la teología judáica y la ciencia moderna es cosa imposible; son enemigas juradas! La ciencia se ha emancipado completa y definitivamente del yugo de la fé.” (Buchner, *El hombre según la ciencia*, página 159)? O de par-

te del sabio cristiano que no titubea en decir con uno de sus compañeros más ilustres y piadosos, Agustín Cauchy : “ Cultivad con ardor las ciencias más abstractas y las naturales : descomponed la materia ; mostrad á nuestra vista las maravillas de la naturaleza ; explorad, si podeis, todas las partes de este universo ; hojead en seguida los anales de las naciones, las historias de los pueblos antiguos ; consultad, en toda la superficie del globo los viejos manuscritos de los siglos pasados. Léjos de alarmarme por vuestras indagaciones, las provocaré sin cesar, las animaré con mis esfuerzos y mis votos ; no temeré que la verdad se encuentre en contradicción consigo misma, ó que los hechos y documentos que recojais puedan jamás estar en desacuerdo con los libros sagrados.”

Sí, nosotros, cristianos y católicos, tratamos la ciencia con todos los miramientos imaginables, con todo el respeto que le es debido, mientras que los sabios del día no oponen á nuestra fé más que un cruel desdén. Nosotros honramos la ciencia, ellos aborrecen ó desprecian nuestra fé. Nosotros decimos á la ciencia que es la hermana de nuestra fé y la invitamos á engrandecerse más y más ; ellos le dicen á nuestra fé que no tiene sitio en el hogar de la ciencia.

Y sin embargo, la abstención que le pido á la ciencia en la comparación de sus teorías y de sus hechos con los dogmas y los hechos de la revelación, es tanto más razonable, tanto más necesaria cuanto que la ciencia se engaña casi siempre bien sobre el valor real ó la certidumbre de sus convicciones, bien en cuanto á la atribución que hace á la revelación de los dogmas o de los hechos con que *pretende haber demostrado ciertamente la falsedad.*

Para probar hasta la evidencia la verdad de esta doble aserción, tomemos las cuestiones suscitadas por M. Gould : la rotación de la tierra al rededor del sol ; la ancianidad de la tierra ; el origen adámico del género humano ; el hombre plioceno ó la antigüedad indefinida del hombre sobre la tierra ; la existencia de la tierra y de la alternativa del día y de la noche antes del sol ; y comprobemos en pocas palabras que es absurdo pretender que se hallen en oposición con la fé.

LA ROTACION DE LA TIERRA. En todos los lugares en que se hace alusión á ella, la sagrada Escritura se expresa en los mismos términos que el astrónomo más incrédulo del siglo XIX : dice que el sol se detiene, lo mismo que decimos nosotros que el sol sale y se pone, entre tal constelación, &c. Copérnico,

Tycho Brahe, el cardenal Cusa y otros muchos sabios habían afirmado científicamente la inmovilidad del sol, y la rotación de la tierra, sin ser molestados. Más tarde, por causa primero de los adversarios de Galileo y aún del mismo Galileo y después por causa de la escuela peripatética que dominaba entonces como soberana, fué cuando la cuestión se envenenó, cuando se hicieron intervenir los libros sagrados y los Padres de la Iglesia, aberración sensible pero universal, no para concluir por torturas, que no existieron y solo son una calumnia, puesto que Galileo sufrió mucho menos por el tribunal de la Inquisición que por el odio celoso de sus colegas de la universidad de Pádua, sino por una condena dolorosa é injusta en el fondo. Subsiste dichosamente el acta de una comisión de Cardenales, que no llenó ninguna de las formalidades necesarias para que se pueda hacer pesar la responsabilidad sobre la Iglesia ó sobre el Soberano Pontífice, infalible únicamente cuando pronuncia un juicio dogmático. Esta cuestión ha sido además rebatida de tal modo que es verdaderamente ridículo promoverla de nuevo : preciso es que los adversarios de la revelación posean muy pocas armas cuando tanto manejan ese dardo embotado y roto : *telum imbelles sine ictu*.

LA ANCIANIDAD DE LA TIERRA. La revelación no le asigna límite alguno : se contenta con afirmar que Dios la crió, que la crió en el principio y este principio puede ser tan lejano como se quiera. Los días de la creación pueden ser períodos de tiempo de extensión indeterminada, los cuales tampoco define la ciencia, sino que los deja tan en vago como la Sagrada Escritura. Si necesario es, esos días pueden no ser más que sucesiones de órden abstracto ó puramente intelectual.

LA UNIDAD DE ORIGEN DEL GENERO HUMANO. No hablo de la unidad de la especie humana. Unidad de especie y unidad de origen son dos cuestiones muy diferentes. La una es cuestión de hecho, la otra cuestión de doctrina. La primera es la única que está afirmada claramente en el antiguo y el nuevo testamento ; y no trae consigo necesariamente la segunda... Algunas teorías modernas quieren que todos los séres, órdenes, clases, especies, individuos, hayan descendido de un tipo único ó de un pequeño número de tipos : esto equivale á afirmar, hasta el extremo, la unidad de origen y la multiplicidad de las especies. La unidad de origen de la raza humana que habita actualmente la tierra ! ¿ Acaso no está sostenida, enseñada, demostrada por la mayor parte de los maestros de historia

natural? ¿ Por ventura no está admitida universalmente la unidad del centro de creación del hombre, ó al ménos la posibilidad del centro único de creación? ¿ No es un grande hecho, escrito en caracteres indelebles, en toda la superficie del globo, la población sucesiva del globo por la dispersión de las tribus nómadas salidas de un centro común y avanzando sin cesar hácia las tierras más lejanas? ¿ Existe en el universo entero, en América, en las islas del sud. alguna tribu humana verdaderamente autoctona, que haya surgido espontáneamente ó por transformaciones sucesivas en el territorio que ocupa? ¿ No nos enseña la etnografía, á medida que vá progresando, el punto de partida y la manera de emigrar las tribus que parecían más autoctonas ó nacidas en su territorio? ¿ Son verdades demostradas y universalmente admitidas la generación espontánea, la heterogenia, la trasmutación de las especies? ¿ Y todas estas hipótesis, que tantas contradicciones han levantado, no concluyen fatalmente en la unidad de origen no solo del género humano sino de todos los séres, &c., &c?

LA EXISTENCIA DEL HOMBRE EN LA EPOCA PLIOCENA.

Plioceno no es más que una palabra para caracterizar el orden relativo de cierta capa ó de cierto terreno del globo terrestre, orden hoy verdadero y que mañana será falso, cuando se hayan descubierto terrenos intermediarios. *Terreno plioceno!* ¿ Quién conoce su modo de formación, su edad absoluta? Todo lo que se sabe es que, en un punto dado, es más reciente que el terreno llamado *mioceno*, y más antiguo que los terrenos llamados, tan arbitrariamente como él, *postplioceno*, cuaternario ó reciente. Además si algunos geólogos admiten la existencia del hombre en la época pliocena, el mayor número la niega. Todos los geólogos sensatos admiten que la geología había concluido, que no podía ser cuestión de la formación de los terrenos eoceno, mioceno, plioceno y postplioceno cuando apareció el hombre; que el hombre es contemporáneo de los terrenos cuaternarios ó más bien de los terrenos recientes; pero he aquí un testimonio contundente! M. Evans, el célebre Secretario de la Sociedad geológica de Lóndres, uno de los maestros de la antropología y de la paleontología humanas, el que quizás ha sondeado más los terrenos de Abbeville, de Saint-Acheul, de Saint-Prest, decía en Setiembre último, en pleno congreso de la Asociación Británica reunida en Liverpool: “ Es imposible poder predecir de ningún modo los demás descubrimientos que nos tienen reservados los terrenos que pisa-

mos ; pero ciertamente no tenemos razón alguna para concluir que hemos encontrado las huellas más antiguas del hombre sobre la tierra, ni aún sobre el suelo de nuestra Europa occidental. Debo confesar, al mismo tiempo, que las pruebas actuales de la existencia del hombre en la época miocena y aún en la época pliocena, en Francia (en ninguna otra parte se ha afirmado) después de un exámen muy minucioso hecho en el lugar, las juzgo muy distantes de ser convincentes. Se puede decir nada más claro? M. Víctor Raulín ha ido más léjos ; no ha titubeado en decir que la presencia comprobada del hombre en la edad pliocena levantaría grandes dificultades ; obligaría á poner en duda una de las leyes más probables de la geología, la corta duración de las grandes especies animales. Esta existencia no está además indicada sino por los sílex del Sr. Abate Bourgeois, sílex á los que muchos geólogos rehusan la cualidad de obras de un ser inteligente y que, por otra parte, no llevan evidentemente con ellas la prueba de la identidad, con el hombre actual, del ser inteligente que los hubiese fabricado. Por consecuencia nada hay menos cierto, ni nada por el contrario, más aventurado y probablemente más falso que la existencia del hombre en la época pliocena.

EN FIN, LA EXISTENCIA, ANTES DEL SOL, DE LA TIERRA Y DE LA ALTERNATIVA DE LOS DIAS Y DE LAS NOCHES. Esta vez M. Gould se hallaba algo en su terreno y por lo tanto menos le perdono haber visto en esa preexistencia un argumento contra los libros santos. Admite, como la casi universalidad de los sabios del día, la cosmogonía de Laplace. El sol era una inmensa nebulosa, de la que salieron sucesivamente, bajo forma también de anillos nebulosos, los planetas, desde Neptuno hasta Mercurio. El sol existía pues antes de la tierra, pero en estado de nebulosa, ó cuerpo luminoso difuso, puesto que todavía tenía que echar á Vénus, Mercurio, la materia cósmica &c., y no en la condición de astro llegado al término de su condensación, pasado al estado de luminaria, según la feliz expresión de la Sagrada Escritura. La alternativa de la luz y de las tinieblas existió para la tierra desde el momento en que empezó á girar sobre su eje ; pero la sucesión cortada y regular de los días y de las noches, tal como hoy existe, no data sino del momento en que, por una parte, el sol llegó al término de su desarrollo, y por la otra, la misma tierra perdiendo su carácter de nebulosa difusa, empezó á hacerse un globo realmente planetario. Es por lo tanto verdadero, absolutamente verdadero: 1^o que

ninguno de los hechos enumerados por M. Gould ; la rotación de la tierra ; su ancianidad indefinida ; la unidad de origen del género humano ; la existencia del hombre plioceno ; la existencia, antes del sol, de la tierra y de la alternativa de la luz y de las tinieblas ; que ninguno de esos hechos, repito, se puedan invocar como argumentos invencibles contra la verdad de la revelación ; 2º que sobre estas cuestiones están tan divididas las opiniones de los sabios, pronunciándose los unos por la afirmativa y los otros por la negativa, que es absurdo querer considerarlas como tesis demostradas : 3º que, en tales condiciones, oponerlas á los hechos y á los dogmas de la revelación, es faltar, á la vez, al respeto que las dos cosas se merecen por ser las más sagradas en la tierra, la religión y la ciencia ; y hacerse merecedor de las torturas morales, bien dulces por otra parte, que sublevan á M. Gould.

Más adelante ejecuta un acto de sinceridad reconociendo que, actualmente, la ciencia es mucho más hostil á la religión, de lo que la religión lo es á la ciencia. “ El lustre con que brilla al presente la ciencia, dice, la energía vivificante con que lo penetra todo en su derredor han disipado las tinieblas... (¡ La energía vivificante ! ¡ Ah ! en qué abismo ha caído, á despecho de la ciencia, la nación tal vez más adelantada del universo ! Tenía ciencia. pero no tenía religión ; tenía razón, pero no tenía fé ! El estado de descomposición en que se ofrece al universo lleva por todas partes el espanto !) La reacción ha traspasado su objeto y ahora la teología es la que se vé obligada á defenderse. Hasta el compromiso que se quiso hacer adoptar, para dejar á los sabios las cosas de la ciencia y á los teólogos lo referente á la teología, este compromiso, apesar de ser muy insuficiente, no pudo ser aceptado sino por algun tiempo. (! Qué ceguedad ! Y se extraña que los cristianos sinceros, que no han podido asegurarse al apreciar en su justo valor los vanos esfuerzos de la ciencia estén grandemente alarmados y descontentos !) La lucha entre las creencias aceptadas y los HECHOS (ya hemos visto lo que son esos hechos) que la ciencia pretende demostrar, es pues inevitable. Sería inútil ganar tiempo ; uno de los partidos debe ceder. Aun cuando presente muchos aspectos, la verdad es una y el hombre honrado quiere conocerla y aceptarla : ninguna prueba de una teoría cualquiera satisface al espíritu, mientras no se puede refutar la teoría contraria. El hombre que estudia la naturaleza no se ocupa, en verdad, más que de

hechos materiales ; pero, no obstante, los resultados que obtiene pueden ser demostrados ; y no podría abandonarlos por agrandar á tal ó cual secta religiosa." En el fondo y apesar de que acusan una confianza demasiado grande en la ciencia y un doloroso olvido de la necesidad de la fé para el hombre y para la humanidad, pueden aceptarse como verdaderas esas afirmaciones ; pero ved aquí lo que es falso y denota en M. Gould absoluta ignorancia de la religión y de la filosofía. " Por otra parte, dice, las indagaciones teológicas y filosóficas no descansan más que en pruebas morales y en el trabajo del espíritu ; y los resultados que dán rara vez pueden demostrarse. Y cosa extraña, los que se entregan á esta clase de indagaciones son muy celosos en darles el nombre de ciencia, como si no hubiese otro nombre tan honroso : empero este nombre no puede aplicarse legítimamente más que á ciertas leyes, y esas leyes son muy pocas, como es fácil conocer." Todo esto es falso, absolutamente falso. Los dogmas de la religión, la existencia de Jesu-Cristo, la divinidad probada por los milagros, la misión de los apóstoles, la conversión del mundo, la estabilidad de la Iglesia, su infalibilidad en las cuestiones de fé y de disciplina general son hechos. Estos hechos no son ciertamente demostrables por el género de pruebas de que la ciencia se muestra tan orgullosa, la medida matemática, la balanza, el telescopio ó el microscopio, el galvanómetro, el electrómetro, &c. &c. ; pero se demuestran del mismo modo que todos los hechos de la historia y son tan espléndidos y aún más brillantes que la luz para los espíritus que no se dejan cegar voluntariamente. La ciencia, además, no es otra cosa sino el conocimiento de los seres, de sus relaciones, de los medios con que se puede obrar sobre ellos ; definirla por el género de indagaciones ó el modo de pruebas que emplea sería desconocerla y demostrar estrechez de espíritu. Restringir la teología, la filosofía de los espíritus y de las historias, la ontología, la metafísica, la moral, á la determinación de hechos ; afirmar que son pobres en leyes, es probar hasta la evidencia que no se sabe lo que son estas grandes ciencias, las únicas quizás dignas del nombre de ciencia, si se llama ciencia á la conquista de las leyes. Yo he estudiado, Sr. Gould, y he enseñado la filosofía durante cuatro años, la teología durante siete, las ciencias físicas, matemáticas, naturales, durante cincuenta años, con espíritu completamente libre de ideas preconcebidas, sin que jamás mi fé, sin embargo de ser tan sencilla, tan

viva, tan profunda, me halla hecho desconfiar ni por un momento del concienzudo estudio de la naturaleza ; y con este pleno conocimiento de las cosas que tan ligeramente poneis en oposici3n, no temo afirmar que hay mil veces m1s leyes en las m1s desacreditadas actualmente de las ciencias de razonamiento, la ontolog1a, la metaf1sica, la moral, la filosof1a de la historia, que en el inmenso equipage de las ciencias positivas. Voy m1s l3jos a1n, sin temor de que me desmintais, si os dignais reflexionarlo s3riamente. En las ciencias positivas, no teneis propiamente leyes ; no teneis m1s que hechos, porque, en buena l3gica, toda ley debe llevar consigo su raz3n de ser, mientras que vuestras pretendidas leyes f1sicas son hechos brutos sin raz3n de ser aparente 3 accesible. Habla1s de las leyes de la gravitaci3n, de las mareas, de las tempestades, del magnetismo ; y estas no son verdaderamente leyes, sino simples hechos. Por ejemplo, la ley de la gravitaci3n universal qu3 otra cosa es m1s que un hecho ? Los cuerpos se atraen, 3 m1s bien parecen atraerse (porque ciertamente no se atraen) proporcionalmente 3 las masas y en raz3n inversa del cuadrado de la distancia. Y 3 este hecho aparente, 3 tal vez falso, de la atracci3n, hecho sin causa conocida de vosotros, es 3 lo que orgull3samente llamais una ley, para lo que reservais la gran palabra de ciencia. En realidad hay infinitamente m1s ciencia verdadera en las reglas del silogismo y del razonamiento, en las condiciones y los caracteres de la certidumbre, en la distinc3n y las propiedades relativas de los s3res contingentes &c. A1adamos lo que muchas veces he dicho ya, que en las ciencias positivas el progreso no es en realidad m1s que la multiplicaci3n de los desconocidos, mientras que, en las ciencias del razonamiento, el progreso es verdaderamente el aumento de lo conocido y la disminuci3n de lo desconocido.

En cuanto 3 la oposici3n consignada por M. Gould en estos t3rminos : “ Todo el mundo acepta las leyes de la ciencia positiva, mientras que, en filosof1a y en religi3n, el n1mero de los sistemas y de las creencias, l3jos de disminuir, lo que ha hecho es aumentar desde hace dos mil a1os,” es completamente favorable 3 las ciencias de razonamiento ; no se niegan, ni se pueden negar por largo tiempo las leyes de la ciencia ordinaria. Precisamente porque son hechos materiales, concluyen por imponerse necesariamente 3 los sentidos que nos son comunes con los s3res inferiores de la creaci3n ; mientras que

el espíritu, bajo la influencia de las voluntades malas ó extrañadas, puede obstinarse en luchar hasta contra la evidencia. Además, los hechos ó las leyes de la revelación, la aparición relativamente reciente del hombre sobre la tierra, la unidad de origen de la especie humana, la dispersión, la existencia de Jesu-Cristo, sus milagros, su resurrección se imponen á toda inteligencia honrada é ilustrada, lo mismo que los hechos de la historia, de la antigua civilización egipcia, del estado de adelanto de las artes y de las letras en Grecia, el poder militar de Roma, el próspero comercio de Tiro y de Sidón &c.

Y en efecto, aquí encontramos que M. Gould vuelve á una apreciación más sana de las relaciones mútuas de la ciencia y de la revelación. “ Sin embargo, dice, es necesario reconocer que hay dos medios independientes de llegar al conocimiento de las verdades superiores. Estos medios se apoyan en métodos del todo diferentes; y si sus resultados se hallan en contradicción (lo cual niego en absoluto después de cuarenta años de sérios estudios y diez y ocho meses de profunda discusión) no podría negarse que uno ú otro método está inficionado de error. Así pues, aun cuando los errores científicos sean bastantes (decid enormemente) frecuentes, hasta el punto de que el trabajo más habitual de todo sabio consista en corregir los errores de los que lo han precedido, no hay un hombre de buen sentido que se atreva á acusar de error los resultados cuya existencia está reconocida por todos los hombres competentes. . . . Por otra parte, declararse enemigo de todo exámen de las cuestiones teológicas es rechazar el testimonio de los hombres competentes, ó sostener, lo cual es más peligroso todavía, que no es necesario admitir ninguna prueba física de estas verdades.” Detengamonos un instante sobre este pasaje lleno de verdad. Se vé que para M. Gould; 1° la última comprobación de la ciencia, aun de las ciencias positivas, el último criterio de la certidumbre es el consentimiento común de todos los hombres competentes. Por consecuencia, un hecho negado por la mayoría, ó aunque sea por una minoría imponente de hombres competentes, no es absolutamente cierto y no se posee derecho para oponerlo á la revelación. 2° Las cuestiones teológicas pueden invocar el apoyo de los argumentos y de las pruebas físicas que se juzguen necesarias y suficientes en las demás ciencias; porque ¿ no sería absurdo que la inteligencia humana no tuviese el derecho de deducir la existencia de Dios, del orden y de las maravillas

admirables de la naturaleza tomada en su conjunto y en sus detalles, lo mismo que deduce de la presencia de una comida ó de un reló la existencia del cocinero ó del relojero ; y aceptar como testimonio de la resurrección de Lázaro, de la cura del ciego de nacimiento ó del paralítico las pruebas que forman certidumbre en los demás hechos históricos ? Rehusar la discusión de un hecho que se cree milagroso, bajo pretexto de que lo sobrenatural y el milagro son imposibles, es el colmo de la mala fé.

Añade Mr. Gould : “ A cada instante nos encontramos en presencia de este dilema tan antiguo y para el cual la ciencia PARECE (la palabra es feliz) presentar una conclusión y la fé otra. La contradicción, en efecto, no es más que aparente las más de las veces ó siempre, porque la ciencia no está bastante adelantada, porque no ha dicho su última palabra ni ha llegado á la condición de hecho incontestable ó teoría cierta &c. Aceptar una ú otra, en presencia de una flagrante contradicción, repugna al espíritu filosófico : encontrar un medio de conciliarlas es un problema cuya solución se busca hace siglos . . . Una inesplicable confusión entre las palabras y las ideas ha hecho temer á las conciencias timoratas que se les rehusase la recompensa (palabra muy justa y muy dichosa ; oh ! sí, recompensa, recompensa divina que nadie ha sentido mejor que yo) á los que no quisieran hacer á su fé el sacrificio de su razón. Sin embargo, se olvida que la fé se apoya siempre en la sana razón y que ambas son en el hombre reflejos del espíritu divino ! ” Todo esto es muy sensato ; pero no lo es tanto lo que sigue : “ No es raro oír decir que existen para las indagaciones científicas ciertos límites morales que el hombre no debe traspasar ; más allá, nos dicen, es ilegítima la investigación científica . . . Dado el ánimo con que se hace esta prohibición significa : ó bien que el Todo-poderoso no sabe guardar sus secretos ; ó que el que todo lo sabe y todo lo puede nos ha dado aspiraciones insaciables y deseos á que no podríamos obedecer sin separarnos de él . . . Cuantos hombres instruidos sostienen hoy que es un crimen obedecer al instinto por el cual Dios mismo nos manda buscarle en las leyes físicas y morales de la creación ; el que nos digan que el árbol de la ciencia produce todavía frutos prohibidos es, según entiendo, un horrible anacronismo . . . Si existe una verdad moral, que se pueda mirar como indiscutible, es el deber de adorar al autor de la naturaleza que ha hecho el cuer-

po del hombre y también su alma, y que es el soberano dueño de toda materia y de todo aparato. Apesar de esto, la oposición entre la manera de considerar el universo, por parte de la ciencia y de la religión, no hace más que aumentarse de un siglo acá, gracias sobre todo á los esfuerzos de los santurrones y de los ateos, que trabajan por llegar al mismo fin.”

Mi estimado Mr. Gould, fuera y por encima de los ateos y de los santurrones, existe el buen sentido y la fé sincera ; y he aquí su lenguaje, muy diferente por cierto del galimatías en que os ahogais ; permitidle á un viejo sabio que os lo haga oír. Las ciencias humanas que son exclusivamente el estudio de los hechos y de las leyes de la naturaleza tienen su dominio aparte, distinto, del dominio de la fé : pueden y deben marchar directamente hácia su objeto, sin pensamiento preconcebido, sin inquietarse para nada de las relaciones que sus resultados puedan tener con la fé ; por más que estén siempre subordinados á ella, lo mismo que á Dios ; porque no son infalibles ni mucho ménos ; y es un deber rigoroso para ellas desconfiar de sus conclusiones cuando tienden á la negación de un hecho ó de una verdad afirmada por la Sagrada Escritura, y rechazarlos cuando la autoridad suprema é infalible de la Iglesia, los declara inadmisibles. Como no puede dejar de ser humana, la ciencia, lo mismo que todas las cosas humanas, tiene sus obstáculos y sus debilidades. Si es el árbol del bien, también puede ser el árbol del mal ; sus peligros son numerosos y considerables : por su naturaleza es demasiado *vana y orgullosa*, infla, hincha, hace perder esa sencillez y esa humildad del alma que son la condición indispensable de la fé. La ciencia es *exclusiva* : en sus pretensiones ha llegado, en nuestros días, á no considerar como ciencias sino las ciencias de observación ; en sus procedimientos de demostración, no quiere admitir sino lo que puede entrar en sus ecuaciones ó en sus fórmulas, lo que su escalpelo puede tocar y cortar, lo que puede ver con sus ojos armados de los poderosos instrumentos que ha creado ; en sus preocupaciones, concluye por absorber tan completamente á los que con más ardor se entregan á ella, que llegan á hacerse extraños á todo otro mundo que no sea el mundo de sus estudios ; y por esta razón es imposible hablarles de lo sobrenatural y de la fé sin provocar una reacción violenta. La ciencia, en esta época sobre todo, es *revoltosa* : jamás pensaría la fé en insurreccionarse contra la ciencia, si esta no se manifestase incesantemente como adver-

sario desdeñoso y en seguida como enemigo encarnizado é irreconciliable. M. Luis Buchner, uno de los corifeos de la ciencia moderna, uno de los más brillantes abogados de la antigüedad indefinida del género humano ; del hombre plioceno, de la pluralidad de las razas humanas, pide insolentemente que se grave en letras de oro en el frontispicio de todas las iglesias, de todas las escuelas, de todas las oficinas de redacción esta sentencia fulminante del doctor Page: “ Todo el que admita artículos ó fórmulas de fé no puede ser amigo de la verdad . . . Ya es tiempo de concluir con estos miramientos ; ya es tiempo de decir a los HOMBRES DE FÉ que si existen el excepticismo y la infamia, están de su parte ! ” Verdad es que M. Page y M. Buchner son del número de los que M. Gould reprueba por ateos ; sí, pero el abuso de la ciencia es el que ha hecho esos ateos, cuyo número es tan enorme, sobre todo en nuestro triste país de Francia. Y para ese grandísimo número, no es amigo de la verdad, es excéptico con el más enfadoso excepticismo, infame con la más grosera infamia, el que cree firme é irrevocablemente en Dios, creador y soberano dueño del universo, en una revelación hecha por Dios á sus criaturas inteligentes, en la espiritualidad y en la inmortalidad del alma ! En su escuela, la primera y más esencial condición que ha de llenar el que aspira á la ciencia, es hacerse LIBRE PENSADOR, ATEO Y MATERIALISTA. Mr. Gould rechaza evidentemente estas monstruosidades ; pero, en su rectitud y en su sencillez, ignora que son la consecuencia necesaria, inevitable, de la tésis que defiende (sin tener quizás mucha conciencia de ello) de la emancipación absoluta de la razón con relación á la fé, de la ciencia relativamente á la revelación. La verdad que, lo mismo que la virtud, repudia los extremos, está en esta solemne profesión de fé del Concilio del Vaticano. “ La Iglesia no se opone, de ningún modo, á que las ciencias, cada una en su dominio, hagan uso de los principios y de los métodos que le son propios ; pero, al reconocer esta justa libertad, vela con el mayor cuidado para impedir que abran su seno á errores contrarios á la doctrina divina, ó que, franqueando sus límites propios, invadan y turbén las cosas de la fé . . . Si alguno afirma que las ciencias humanas deben ser tratadas con tanta libertad que sus aserciones, aunque contrarias á la doctrina revelada, deben ser mantenidas como verdaderas y que no pueden ser proscritas por la Iglesia, que sea anatematizado ! . . . Si alguno afirma que,

con motivo del progreso de las ciencias, se puede atribuir á un dogma propuesto por la Iglesia otro sentido que el que la Iglesia ha comprendido y comprende, que sea anatematizado !”

Tengo la certidumbre de que M. Gould procede de buena fé, pero ha abordado una cuestión delicada, extraña á sus estudios habituales y para la que no estaba preparado. Algo más entra en su dominio cuando pasa al exámen de las doctrinas ateas ó materialistas que reprueba : pero aún en esto mismo carece de filosofía y mucho más de teología. “Cierta escuela de filósofos sostiene que la vida, la conciencia y todas las fuerzas psíquicas no son sino manifestaciones de esas mismas fuerzas físico-químicas, capaces de convertirse en calor o en acción química, capaces también de poder ser sacadas de ellas Para evitar toda mala inteligencia, entiendo aquí por fuerza lo que es necesario gastar para determinar el movimiento ó detenerlo . . . Todos los sabios están de acuerdo sin embargo en reconocer que no se puede crear ni destruir fuerza ; que la cantidad de fuerza que existe en la naturaleza es tan eterna y tan invariable como la cantidad de materia.” Esta proposición es demasiado vaga y forzoso es limitarla al mundo físico-químico, al mundo de los seres sin inteligencia y sin voluntad. Ampere que, veinte años antes de Mayer y de Joule, enseñaba la invariabilidad de cantidad de fuerza viva en el mundo físico, tenía gran cuidado de añadir que los seres inteligentes y libres poseen, por el contrario, y son los únicos que la poseen, la facultad de aumentar la cantidad de fuerza viva, en acto ó en potencia, en el mundo físico-químico. Haced de mí ser humano una máquina calórica ó una máquina eléctrica, como queráis ; no podreis dejar de admitir que mi voluntad puede y debe intervenir para poner en circulación, en tal ó cual sentido, con tal ó cual intensidad, el fluido elástico ó eléctrico que, bajo la acción de las fuerzas físico-químicas, engendra la fuerza ó el movimiento ; y no será menos cierto también que toda inteligencia libre es capaz, por otra parte, de una multitud de acciones, la idea, el pensamiento, el razonamiento, el juicio, la volición, la memoria, que no tienen nada de común en sí mismas, sino únicamente en su manifestación ó ejercicio moral, con las fuerzas físico-químicas, el calor, la afinidad, la electricidad, &c. &c. Esta es igualmente la profesión de fé de M. Gould que recuerda, al aprobarla plenamente, esta declaración solemne de su sabio prede-

cesor, el Sr. Dr. Bernad ; “ Los cambios orgánicos son efectos físicos y pueden ser admitidos sin titubear como los equivalentes de las fuerzas gastadas ; pero la sensación, la voluntad, la pasión, el pensamiento, bajo ningún punto de vista pueden considerarse como fenómenos físicos. La filosofía que hace del pensamiento un producto de la fuerza, hace del pensamiento un modo de movimiento ; transforma el ser pensante en un autómeta cuyos sentimientos, emociones é inteligencia no son más que vibraciones de su sustancia material producidas por el juego de las fuerzas físicas y cuya vida consciente debe cesar para siempre cuando el organismo cese al fin de responder á sus estímulos exteriores . . . El pensamiento no podría ser una fuerza física, porque no admite medida (no hay dinamómetro para ella). “ Lo que no puede medirse no puede ser cantidad y lo que no es cantidad no puede ser fuerza . . . ” Ante la argumentación poderosa del presidente Bernard, añade M. Gould, . . . no es menos imposible sostener que la fuerza es un término medio entre el mundo moral y el mundo material, que lo sería el sostener el materialismo puro. Mr. Gould ensaya además pagar su tributo á la buena causa desarrollando un argumento que en el fondo no es más que el que he bosquejado en pocas palabras, el alma, la voluntad, mecánicos de la locomotora calórica ó eléctrica y que lo conduce á esta conclusión perfectamente ortodoxa : “ La indestructibilidad de la materia y de la fuerza en el mundo físico implica un coeficiente fijo de fuerza para el mantenimiento del equilibrio ó del movimiento, una cantidad invariable de fuerza viva ; pero cuanto difieren las energías del mundo biológico, tales como la vida y la voluntad de la fuerza bajo el siguiente aspecto : estas tienen evidentemente la facultad de detenerse ó de ejercerse, de aumentar ó disminuir, de transmitirse indefinidamente. La manifestación más elevada de estas energías es la voluntad ; su agente más elevado el Todo-Poderoso. Por consiguiente, el principio de fé de que el universo no existe sino por virtud de la voluntad continuada del Creador, este principio representa un hecho científico palpable.”

No seguiremos detalladamente á Mr. Gould en la enumeración de los numerosos y considerables obstáculos que se oponen en América al desarrollo de la ciencia y de las causas que arrastran cada vez más á las poblaciones hácia el progreso que se expresa en dollars y se traduce por un aumento indefi-

nido del bienestar material ; pero reproduciré textualmente su peroración verdaderamente digna de un sabio hombre de bien.

“ Nuestro camino está bien claramente trazado, queridos colegas de la Asociación americana ; ninguna oscuridad envuelve nuestros deberes. Promulgar y hacer conocer esta gran verdad, que Dios nos ha encargado de leer sus obras y de estudiar sus leyes ; levantar los trabajos científicos para que merezcan la estimación pública y hacerlos considerar no como los medios, sino como el objeto, objeto que si se trata de alcanzar honradamente, dá siempre una rica recompensa ; animar y sostener todas las instituciones establecidas para el aumento de los conocimientos humanos ; inculcar el respeto á la ciencia y á la autoridad ; separar la ambición de la acumulación de las riquezas para llevarla á las aspiraciones intelectuales ; merecer la confianza y dirigir la libertad de los ciudadanos que quieren consagrar una parte de sus riquezas á servir á la causa sagrada de la ciencia ; proteger los intereses de ésta contra la avidez de los hombres á quienes el amor del dinero ó del poder impulsa á ser sus contrarios . . . Tales son los grandes intereses que se nos han confiado ! ”



IV.

LA CIENCIA EN LA NUEVA VIDA NACIONAL
DE ALEMANIA.

Tal es el título y el objeto de un discurso pronunciado en la última reunión, celebrada en Rostock, del congreso de los naturalistas alemanes; cuyo autor es el demasiado célebre Mr. Virchow, profesor de la Universidad de Berlín.

Nuestro compañero, Mr. Alglave, publica íntegro este discurso en la *Revue scientifique* (16 de Marzo de 1872), aun cuando no comprueba progreso alguno, ni anuncia ningún descubrimiento y por más que no sea sino una larga y páfida declamación filosófica ó anti-filosófica y aun más anti-religiosa. No vamos á reproducirlo; pero, como signo característico del tiempo, citaremos los pasajes en que el autor afirma mejor las pretensiones extrañas y tiránicas de la nueva ciencia alemana. Para excusar sin duda ó hacer olvidar sus desoladoras salidas contra la Francia, Mr. Virchow empieza por rendir casi un solemne homenaje á la ciencia francesa, pero retroactivo, que no se refiere más que á los muertos y que nada tiene de halagador para los vivos: "Tócanos, en efecto, dice, en los momentos en que una parte de la prensa, mal informada, desprecia é injuria á nuestros desgraciados vecinos, recordar con gratitud el tiempo en que la riqueza emanada por la exaltación de las facultades intelectuales producida por la Francia se derramaba por todas las demás naciones. (*Aclamaciones*). Ningún pueblo tuvo más celo ni ardor que Alemania, para gozar de ella; y esos grandes hombres, los Lavoisier, los Laplace, los Gay Lussac, los Jussieu, los Cuvier, los Dupuytren, los Laënnec, permanecerán siempre vivos en la historia de la humanidad. Cuando los naturalistas alemanes se reunieron en 1822,

debemos confesarlo para ser honrados, lo que se podía llamar entonces la ciencia alemana consistía solo en las lenguas ; la ciencia corriente, la ciencia elemental y hasta los manuales todo era francés. Recorred la literatura de aquella época y encontrareis que, con muy raras y muy brillantes excepciones, la erudición de los libros en que se adquirirían los conocimientos era francesa, como las fuentes mismas del pensamiento ; y ESTE PERÍODO DURÓ HASTA DESPUÉS DE 1830.

Tiene conciencia Mr. Virchow del alcance de esta solemne confesión ? Hasta después de 1830 la Francia marchaba á la cabeza de las naciones sabias del mundo. Su decadencia data-
ría por tanto de algunos años después de 1830. [*] Si fuese esto cierto, estaríamos obligados á buscar la causa de este hecho ; y desafío á que se encuentre otra que no sea esta : La Francia, después de 1830, ha sido ménos cristiana, ménos autoritaria, ménos ella misma ; ha sido más, irreligiosa, más revolucionaria, más cosmopolita y sobre todo más alemana. Hasta 1830 le daba á Alemania sin recibir nada de ella ; después de 1830 ha recibido demasiado de Alemania ; el libre pensamiento de Lutero, el materialismo de Goethe, el idealismo de Kant, el socialismo de Strauss, el naturalismo de Humboldt ; y se ha encontrado súbitamente decaída, según lo atestigua Mr. Virchow. Esas doctrinas homicidas han podido no ser en Alemania más que un excitante, porque, para la raza alemana, que vive de sueños y abstracciones, los errores permanecen largo tiempo sin ser más que errores ; mientras que los errores de un pueblo espiritual y positivo se convierten forzosamente y prontamente en crímenes. Ynoculadas en el génio francés que, es á la vez, razón, lógica, acción, las doctrinas alemanas han sido venenos ó disolventes enérgicos ; pero, gracias á las

[*] Mr. Virchow no tenía derecho para detenerse en 1830. En una carta muy conciliadora dirigida al *Temps*, el 21 de Febrero último, decía con mucha moderación Mr. Berthelot: "El concurso de Alemania, Francia é Inglaterra se encuentra en cada época de la historia de la ciencia moderna. Podría proseguir esta demostración hasta los tiempos presentes y demostrar que ninguno de los tres pueblos ha degenerado hasta ahora de su pasado ; mientras que las sustituciones, la teoría de los éteres, la de los alcoholes poliatómicos, la disociación, la noción de los fermentos organizados, los métodos de síntesis de los principios orgánicos se han establecido especialmente por descubrimientos franceses ; la teoría de los radicales y la de los elementos poliatómicos son más bien descubrimientos alemanes ; y la teoría electro-dinámica y el método de las dobles descomposiciones han sido inventadas en Inglaterra. En fin, la gran doctrina de la equivalencia de las fuerzas naturales, más especialmente designadas con el nombre de teoría mecánica del calor, ha sido entrevista primero por un alemán (Mayer) y después por un inglés (Joule) ; desarrollada en seguida por un matemático alemán (Clausius) no se ha establecido principalmente en química sino por las experiencias de los sabios franceses y de los sabios ingleses y daneses . . . En fin la iniciativa de las ideas y de los descubrimientos reside hace doscientos años en los tres pueblos ; inglés, francés, alemán. Su unión y su simpatía recíproca son indispensables, so pena de embrutecimiento general en la civilización."

odiosas medidas que Mr. Virchow reclama, á Alemania le tocará su turno. He aquí la provocación que se atreve á hacer.

“ Poca gente hay que conozca claramente la medida en que la escuela del porvenir, la escuela de que saldrán las generaciones futuras, debe sentir la influencia de LA CIENCIA MODERNA, la medida en que podemos esperar que esa misma ciencia se haga la fuente de una vida intensa nueva para nuestra nación : no será esta únicamente la abolición de las disidencias políticas y de raza, la unificación del poder, sino una *verdadera fusión de los espíritus*, el establecimiento de todos los miembros de la familia política sobre el mismo suelo intelectual . . . Es necesario llegar á una existencia intelectual común, es necesario que el ser interior sea el mismo en todos, de suerte que se pueda decir al tratar á un alemán, para estar de acuerdo con él, no me limito á hablar de nuestras comunes fronteras ; estoy seguro de encontrarme con él en el terreno del MISMO PENSAMIENTO (*panteista, materialista, socialista, naturalista!*) ”

He aquí la teoría, escuchad la práctica y ved si hay nada más odioso !

“ Cuando un pueblo está sometido á *la instrucción obligatoria y todos están sometidos á la educación que el Estado les prescribe* ; cuando está fijado por la ley el mínimun de conocimientos que todo ciudadano debe poseer, la primera consecuencia que tal estado reclama es *la fijación de una série de principios fundamentales de la ciencia*, idénticos para todos, que hagan imposibles las absurdas diferencias que se advierten en casi todas las naciones civilizadas.”

Mr. Virchow tiene al ménos un mérito, es franco, despliega á la luz las aspiraciones despóticas de la ciencia alemana y del gobierno alemán ; porque, nótese bien, el famosísimo decreto sobre Inspección de las escuelas es la ejecución del programa de Mr. Virchow, instrumento demasiado dócil de Mr. Bismark. No hay que hacerse pues ilusiones ! Enseñanza obligatoria arrastra principios obligatorios, ciencia obligatoria. Caemos muy por debajo de las doctrinas de Esparta que se limitaba á pretender fundir en el mismo molde el físico de sus ciudadanos ! Pero Mr. Virchow y Mr. Bismark lo que quieren, es fundir las inteligencias en el molde del PANGERMANISMO. LA GLORIA DE ESPARTA DURÓ TREINTA AÑOS : ¿ tendrá mucho mayor duración la gloria del imperio alemán ? ¡ Y hay quién se atreve reprochar á la mayoría de

los hombres sensatos de Francia la desconfianza que les inspira la instrucción obligatoria importada de Prusia!

Ese es el punto á que quiere llegar M. Virchow: borrar ante todo el catolicismo ó más bien el cristianismo; porque, los libros sagrados son los que le inspiran ese salvaje horror; y sinó escuchad lo que dice.

“Hay motivos para gloriarse del progreso de la ciencia, para alabar las maravillas del análisis espectral; pero es monstruoso adoptar la descripción del cielo tal como la contiene el primer libro de Moisés... No hay, en efecto, ninguna relación posible entre hombres llenos de los hechos que nos enseña el análisis espectral, que consideran los cuerpos celestes como en vía de evolución y de mutación perpétua, constituidos además de elementos análogos á los que componen nuestro globo, y esos otros hombres que representan el cielo como una especie de escenario situado en la región en que todo es azul (hilaridad) y pueblan ese escenario con objetos que presta su imaginación ó la de cualquier otro.”

¿Es esto bestialidad, es ignorancia, es mala fé? ¿No sabe acaso Mr. Virchow que uno de los mejores comentarios del Génesis, á juicio del génio de Ampere, era la cosmogonía de Laplace? ¿Que la unidad de la materia del cielo y de la tierra, más bien que negada, está afirmada por Moisés: *In principio creavit Deus cælum et terram?* ¿Qué la creación de Moisés no es en el fondo sino una grandiosa evolución, mantenida en justos límites? ¿Que la doctrina de la mutabilidad de los cielos y de la tierra es completamente bíblica: *cæli peribunt... sicut operatorium mutabis eos et mutabuntur &c?* ¿Que la inmutabilidad de los cielos no era más que una doctrina aristotélica?

Se chancea M. Virchow ó habla en serio cuando añade:

“Persuadireis á un ortodoxo de los más aferrados que el hidrógeno arde en el sol, que esta combustión es la causa de nuestra existencia, acá sobre la tierra; pero esta idea nada tendrá de común con el resto de sus convicciones; será para él como un cuerpo extraño en medio de los tejidos orgánicos, como la lombríz intestinal, permitidme esta comparación médica, que se aloja en el organismo interior de un animal. Habrá pues para él dos órdenes de cosas diferentes, que se podrán desenvolver simultáneamente, pero que continuarán siendo dos existencias separadas, viviendo cada cual con su propia vida. Si ese hombre pretende perseguir su desarro-

llo, se desdoblará ; y no pudiendo conciliar sus opiniones y sus creencias, perderá la fé y quizás dudará de los mismos hechos científicos ; llegando á hacerse de este modo un miserable excéptico.”

¿ Qué significa, repito, ese reboltillo ridículo y casi nauseabundo, que termina forzosamente en la conclusión de que la ciencia es una diosa implacable, á la que es necesario sacrificarlo todo, hasta la fé y la religión ; que exige, sobre todo, que la inteligencia se reduzca á la condición de tabla rasa ? Preciso es sostenerse con las dos manos para hacerse eco de tan estúpidas declamaciones. Ciertamente, Mr. Virchow no sabe lo que es el análisis espectral, cuando se atreve á oponerlo de ese modo á mi fé ! Es una cotorra que reproduce los sonidos que hieren su oído. Antes que M. Virchow y M. Bunsen estudiasen las rayas de los cuerpos con el prisma, ya había yo hecho análisis espectrales, ya había sido el primero que había formulado las doctrinas fundamentales de que cada materia en combustión tiene sus rayas propias y características ; ya había yo defendido la posibilidad del origen común del sol y de los planetas, la unidad atómica de la materia, el número limitado de los elementos y su difusión universal : yo he sido el primer eco de las observaciones de análisis espectral celeste ; ese análisis es para mí una segunda naturaleza y no un enteozoario, es la última palabra de la voz de los libros santos, que una estrella difiere de otra estrella en su claridad. Paréceme, sin embargo, que soy ortodoxo de bastante buena clase. Ah ! Si Mr. Virchow pudiera dejar de ser un biólogo materialista, sabría lo que es mi fé ! . . . y hablaría de otro modo.

Ved como se dibuja cada vez más y más su odio á la verdad religiosa.

“ No es totalmente inhumano, totalmente contrario á la naturaleza, ese encaprichamiento con que se aferran á la tradición ? Para los que cumplimos la difícil tarea de seguir, por medio de las ciencias biológicas, los fenómenos de la vida en sus diferentes manifestaciones, resalta en seguida el antiguo problema del espíritu y del alma. No se puede terminar el exámen de estas cuestiones por la simple afirmación siguiente : “ Creo que hay un alma personal, que puede ser separada del cuerpo, que puede aislarse y tener una existencia independiente . . . No, con las gentes que sostienen semejante lenguaje y que se dicen estar firmes en estas ideas

“ (aquí entran todo los génius bienhechores que ha conocido “ la humanidad) no hay inteligencia posible. ”

Mr. Virchow miente desde luego cuando pretende que la idea preconcebida de alma personal le impida, de cualquier modo que sea, el seguir por medio de las ciencias biológicas los fenómenos de la vida en sus diferentes manifestaciones. ¿ Por qué no deja de lado la noción de esa alma espiritual é independiente que tiene la seguridad de no encontrar con la punta de su escalpelo ? Porque no se limita á la noción *completamente material* del alma ó de las almas que define tan singularmente : “ Al buscar lo que se ha descrito con el nombre de alma, encuentro siempre una *série de acciones orgánicas que se unen* siempre á ciertas regiones que están exactamente determinadas. Es pues imposible que la fuerza se marche y abandone el órgano ; porque está absoluta y estrechamente unida á él ; y donde éste falta, nada aparece de su actividad.

“ Cuando el naturalista continúa analizando el cerebro, localizando en sus diversas partes las diferentes funciones intelectuales y demostrando la inanidad del dogma de la unidad del alma, fundándose en la topografía de los órganos, oh ! entónces el sabio no es más que un *materialista* ! ”

Las almas que define de este modo M. Virchow y con las que ha concluido por dotar á cada célula y que acumula por millares de millares en cada ser viviente, no tienen nada que hacer evidentemente con el alma espíritu de las sanas filosofías, con el alma inmortal de los cristianos ! ¿ Por qué, pues, se preocupa tanto de ésta ? El mismo nos va á decir el secreto, que es al mismo tiempo el secreto de la escuela científica, religiosa y política de la que se ha hecho el gran sacerdote. Escuchadle.

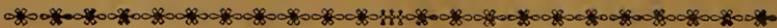
“ Si fuese posible emplear la mayor parte de los hombres instruidos para hacer un análisis puramente objetivo del espíritu humano ; si cada cual pudiese acostumbrarse á no ocuparse jamás de cosas de las que, de hecho, ningún hombre puede saber nada, evitaríamos de golpe gran número de dificultades ; pero la oposición que nos hacen las religiones que se llaman positivas es tan audaz, que por indiferente que quiera uno ser á estas cuestiones personales de fé y de sentimientos, LA LEGISLACION DEL PAÍS Y LOS ESFUERZOS DE LOS NATURALISTAS (los naturalistas y los sabios, instrumentos de un gobierno perseguidor. ¡ Qué vergüenza !) no pueden

ya limitarse á tratar simplemente de impalpables esos objetos. Dificil nos será encontrar un justo límite en semejante materia ; pero consignamos que los términos de la convención de paz no son mejor respetados por la parte adversa. Puesto que el SYLLABUS ataca al orden social, el orden social ataca al SYLLABUS : reivindicamos esta igualdad de derecho que debe mantenerse por todas partes. Debemos contenernos cuando nuestro adversario se contenga ; pero estando roto el equilibrio de esta tolerancia recíproca, debemos preguntarnos : “ ¿ Puede llegar á constituirse definitivamente la vida nacional por más que sea imposible, al lado de querellas teológicas ; puede determinar un dominio común para todos, sobre el que la nación constituya SU EDIFICIO CIENTÍFICO NUEVO Y SOBRE EL QUE PUEDA FORMULAR LIBREMENTE SUS MIRAS UNIVERSALES ? ”

Tales son pura y simplemente los pretextos imaginarios de la guerra encarnizada contra la Iglesia católica. Afirmar que el Syllabus y las definiciones del Concilio del Vaticano son ataques violentos contra el orden social alemán, es, más bien que una odiosa calumnia, una necedad que, en el fondo, es vergonzosa. Afirmar que el objeto final de la Iglesia es *aplastar las aspiraciones de todos los espíritus independientes y llegar, á fuerza de dogmatizar el mundo y la razón, á suprimir todo pensamiento independiente*, es una verdadera locura. Muy bien saben nuestros adversarios que la Iglesia no tiene fuerza alguna coërcitiva moral ni material y que no aspira en realidad más que á ser la valla de la pobre razón humana. Una sola cosa dice, lo mismo á los gobiernos, que á los pueblos y á los individuos y es que las pretendidas libertades con que se quiere construir el orden social moderno, la libertad de pensar, la libertad de exámen, la libertad de conciencia, la libertad de la prensa, la libertad de reunión, &c., &c., conducen infaliblemente á todos los errores, á todos los trastornos, á todas las revoluciones imaginables ; que concluyen fatalmente por derrocar el orden social, por debilitar las naciones y mucho más por la pérdida eterna de las almas. El Syllabus y el Concilio no dicen más ; yo añado y con esto termino, que es necesario ser muy simple para convertir en esperanzas esas lamentables ilusiones.

“ Cuanto más aprende el hombre á pensar bién, más extensos son los círculos de la ciencia que se abren á su pensamiento, más se aumenta el número de objetos en la esfera que

le es accesible y con mayor deber se cree de ser leal en las cuestiones que á sí mismo se propone ; por eso se puede esperar encontrar en el progreso de la ciencia el motivo de un celo más ardiente por una moral más elevada, la fuente de esfuerzos más y más considerables para llegar á la veracidad, la honradez, la fidelidad, bajo todos los conceptos sociales. Tal es el fin que presenta á nuestra patria las más bellas perspectivas ; tal es la esperanza de que está penetrada nuestra Asamblea y con la que marcha al encuentro de la nueva época que se abre entre nosotros. SI LLEGAMOS Á HACER QUE NUESTRO MÉTODO SEA EL MÉTODO DE TODA LA NACIÓN ; QUE SEA NO SOLAMENTE LA CAUSA DE PROGRESOS MATERIALES, POR SU APLICACIÓN MÁS Y MÁS EFICAZ AL TRABAJO, SINO QUE LLEGUE Á SER ENTRE NOSOTROS LA REGLA ABSOLUTA DE LA LÓGICA Y DE LA MORAL, HABREMOS FUNDADO NUESTRA VERDADERA UNIDAD NACIONAL. (*Grande y universal asentimiento de la Asamblea*)." Ah ! Si fuésemos enemigos del imperio de Alemania, para tener la certidumbre de ser vengados, no tendríamos más que desear el cumplimiento del voto tan locamente aplaudido de M. Virchow ; voto que, en el fondo, no es más que un delirio ! Este biólogo tan orgulloso no sabe la primera palabra de la naturaleza humana. No, mil veces no ; la ciencia sin fé no moraliza, no santifica ni á las naciones ni á los individuos ; infla, hincha, pierde, produce reacciones terribles y bien pronto el hombre, tan orgulloso de poseerla, se entrega á su sentido depravado.



LA DESCENDENCIA DEL HOMBRE
Y LA SELECCIÓN SEXUAL, POR CH. DARWIN.

Esta obra tiene por objeto extender al hombre la demasiado célebre doctrina del origen de las especies por evolución y por transmutación ; ha sido traducida al francés por Mr. Moulinié, de Ginebra, y está enriquecida, mejor diremos, disfrazada por un prefacio de Mr. Carlos Vogt, que parece escrito, como el de la Sra. Clemencia Royer, con el único fin de comprometer, en el más alto grado, al venerable Mr. Darwin, imprimiéndole vigorosa y cruelmente, los odiosos estigmas del ateísmo y del materialismo. Como pudiera creerse que exageramos, nos creemos en el deber de citar algunas líneas, página IX del prefacio :

“ Demostrar que no hay lugar ni en el mundo inorgánico ni en el orgánico, para una tercera fuerza independiente que obra según su voluntad ó su capricho, tal es, en mi opinión, el verdadero núcleo de lo que se ha convenido en llamar el DARWINISMO : su esencia íntima no puede definirse de otro modo, á mi entender. No importa que unos sigan esta dirección, por decir así instintivamente, sin darse cuenta de los últimos resultados á que necesariamente debe conducir ; mientras que otros saben directamente hácia el objeto á que tienden ; lo importante es que esa dirección se encuentre en el aire, por decirlo así ; que se imprima en todos los trabajos por el medio en que vive el hombre científico y que se asiente al lado mismo del adversario para corregir sus pruebas antes que pasen á la publicidad. . . ”

¡ Qué salida y á la vez qué inconsecuencia ! Hablar de mundo espiritual, cuando se dice rotundamente en la nueva

escuela : *No se parte ya de la idea de un principio inmaterial de la vida que no esté combinado con el cuerpo sino temporalmente y cuya existencia continúa aún después de la destrucción del organismo por el que únicamente se manifiesta . . . Se parte del principio de que FUERZA Y MATERIA NO SON MÁS QUE UNA COSA ; que todo, lo mismo en los cuerpos orgánicos que en los inorgánicos, no es más que transformación y trasposición incesante de la materia.* (Página VII).

El darwinismo consistiría pues en negar á Dios y al alma en general y especialmente al alma humana ; y esta doble negación sería el *nec plus ultra*, el término final, la gran conquista de la ciencia moderna. Según esto, Darwin sería un hipócrita, porque jamás ha negado ni á Dios ni al alma. Según esto también, todos los verdaderos sabios, matemáticos, físicos, astrónomos, &c., serían mentirosos ó astutos ; puesto que vemos á los más ilustrados de todos, los Claudio Bernard, los Tyndall, los Jhomsom inclinarse respetuosamente ante el misterio de la vida y del espíritu. Ah ! ¿ Por qué se ha necesitado que la lógica y el buen sentido hayan desaparecido de la tierra ? ¿ Por qué se necesita que, faltando á todas las reglas del razonamiento, se empeñe la pretendida ciencia en dar á los hechos una tendencia y un alcance que de ningún modo tienen ? Me atrevo á decir del libro de Darwin, lo mismo que de todos los libros de su escuela, que entre todos los hechos que, en número inmenso, se encuentran en ellos, no hay uno que no pueda ser aceptado por la más sincera fé ; y que las conclusiones contrarias á nuestros dogmas cristianos son aserciones gratuitas, completamente extrañas á los hechos. Trataré de probarlo en algunas líneas. Cárlos Vogt resume así el libro de la descendencia del hombre : “ Mr. Darwin toma “ al hombre tal como se presenta hoy : examina sus cualidades corporales, morales é INTELECTUALES y busca las causas que *deben* haber concurrido á la formación de estas cualidades tan diversas y tan complicadas : estudia los efectos que han producido estas mismas causas al obrar sobre otros “ organismos y encontrando efectos análogos, CONCLUYE que “ han estado en juego causas análogas. La conclusión final “ de estas indagaciones, conducidas con rara sagacidad, que “ solo iguala á su extraordinaria erudición, es que el hombre, “ tal como lo vemos hoy, es el resultado de una série de transformaciones realizadas durante los últimos períodos geológicos.”

Evidentemente la conclusión no está contenida en las premisas ; y ya esto no es ciencia, sobre todo ciencia positiva, que no admite más que hechos y leyes y no conjeturas é hipótesis. Admitamos que, colocándose en el terreno de la ciencia, Mr. Darwin ó Mr. Vogt : 1º hagan estas correcciones á su proposición : DEBEN HABER CONCURRIDO, leed ; *podrían haber concurrido* : CONCLUYE QUE HAN ESTADO EN JUEGO CAUSAS ANÁLOGAS, leed ; que *hubieran podido estar en juego causas análogas* : EL HOMBRE TAL COMO LE VEMOS HOY ES EL RESULTADO, leed ; *el hombre tal como es hoy podría científica ó abstractamente hablando, ser el resultado* : 2º que renuncien á la pretensión de querer imponer como hecho lo que no es más que una posibilidad teórica ; de este modo se respetarían los derechos de la lógica, se salvaría la libertad de la ciencia, sin que se asumiese la fatal responsabilidad de oponer transformaciones imaginarias á un hecho casi histórico, á un dogma aceptado por todas las sociedades cristianas y digno, por consiguiente, del respeto de todo hombre ilustrado. Sería también necesario admitir que las leyes de esas evoluciones y de esas transformaciones explicativas, así como la ley de la gravitación universal de Newton, suponen y afirman un legislador supremo : ese es ciertamente el fondo del pensamiento de Mr. Darwin. Sabios, sabios, haced ciencia y no hagais religión ; acumulad los descubrimientos y los hechos ; multiplicad esfuerzos sobre esfuerzos para llevar todo lo léjos que podais la explicación científica de los fenómenos de la naturaleza ; pero guardaos de oponer vuestras pretendidas conquistas á las tradiciones de la humanidad y á las revelaciones de la fé : no es á vosotros sino á nosotros á quienes toca juzgar si vuestros progresos son conciliables ó irreconciliables con nuestros dogmas.

Para hacer resaltar todavía mejor la extraña aberración de espíritu que arrastra á la nueva escuela á exagerar, excesivamente, el alcance de los hechos que descubre, séame permitido citar un segundo pasaje de Mr. Vogt, página VII.

“ Se parte del principio de que FUERZA Y MATERIA NO SON MÁS QUE UNA COSA . . . Y aplicando este principio al estudio de los cuerpos organizados y libertándose, en una palabra, de toda idea preconcebida ó implantada, se llega no solo á resultados y conclusiones que deben resaltar fuertemente en otros terrenos, sino que se ve uno conducido á la concepción de experiencias y de observaciones que habrían

sido imposibles, inimaginables, en una época anterior, en que todos los pensamientos estaban dominados por una fuerza vital particular. En aquellos tiempos, cualquier movimiento era el resultado de una voluntad dictada por esa fuerza vital, hoy es la consecuencia necesaria de una irritación del sistema nervioso. [*] Hoy decapitamos un animal, le HACEMOS MORIR COMPLETAMENTE (*sic!*), pero después de esta muerte inyectamos en la cabeza sangre de otro animal de la misma especie, batida y calentada suficientemente y la cabeza vuelve á abrir los ojos; y sus movimientos nos prueban que su cerebro, ÓRGANO del pensamiento, funciona de nuevo y del mismo modo que antes de la decapitación.”

Pudiera creerse que invento este extraño lenguaje y sin embargo es el famoso Carlos Vogt quien así habla; pero habla para no decir nada. En efecto, ¿quién osaría creer y afirmar que esa experiencia sea la negación de la vida y del movimiento de los animales; que el cerebro de un animal BIEN MUERTO llega á ser después de la muerte, como antes de ella, el órgano de un pensamiento actual, porque se le inyecta sangre caliente? Ah! Mr. Vogt, si estuviérais menos prevenido y no fuéis tan ignorante, no veríais en esa bella experiencia de Mr. Brown-Seynard sino la confirmación admirable de una afirmación muy misteriosa de Moisés, de una palabra revelada: LA SANGRE ES *el alma de los animales*, la causa mediata de los movimientos del organismo animal. Si se hubiese pensado bien en ello, ó más bien si hubiese sonado la hora, porque cada descubrimiento tiene la suya, largo tiempo haría que esos textos de los sagrados libros habrían inspirado la brillante experiencia hecha solo algunos años y que ha venido á ser á su vez un rasgo de unión entre la ciencia y la revelación.

Repitámoslo aún al terminar, la conclusión que Mr. Vogt quiere achacar á Mr. Darwin no resulta, de modo alguno, de los hechos y de los razonamientos legítimos del libro de Darwin. Más que dudosa para los seres privados de razón, la transmutación de las especies está todavía mucho menos demostrada en su extensión al hombre. Es un sistema especioso algunas veces, pero de ningún modo una teoría; el mun-

[*] ¡Qué galimatías! ¡Admitamos que el organismo humano sea una máquina! Esa máquina no dejará por eso de tener sus movimientos voluntarios. ¡Y cómo comprender una máquina de movimientos voluntarios sin *mecánico!* ¡Y cual puede ser el *mecánico* del organismo humano, el agente que provoca la irritación nerviosa de la que es efecto el movimiento, sino una entidad distinta de la máquina inteligente y activa!

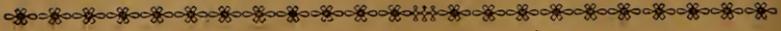
do de Darwin no es enteramente el mundo real (el mundo del Génesis), esencialmente discontinuo, en el que las transiciones lentas son la excepción y los saltos bruscos la regla general; en el que la variabilidad de las especies se muestra apenas, sin tocar los caracteres esenciales, y por el contrario, la invariabilidad, la fijeza de las especies, es un hecho más brillante que la luz.

Lo que sorprende también en el libro de Darwin es su extrema credulidad. Su grande autoridad en favor de la antigüedad del hombre es Mr. Boucher de Perthe, autoridad demolida hoy. Los terrenos de Abbeville son recientes: es más que probable que la famosa mandíbula fué colocada en el sitio por obreros maliciosos! y Mr. Boucher de Perthe ha llevado su credulidad hasta á invocar, en una reunión de espiritistas el alma del salvage á que pertenecía la mandíbula reliquia. Al menos éste no era materialista.

Para Darwin es absolutamente necesario que el hombre haya nacido primitivamente salvage y por consecuencia que una raza salvage puede pasar por sí misma, *in and in*, de la barbarie á la civilización; y sin embargo no hay nada más dudoso ni más contradicho por la historia. El mismo Sr. John Lubbock no cita un solo ejemplo de esta forma de civilización; y lo único que ha demostrado, según las propias expresiones de Darwin, es *que algunos salvages han progresado algo en algunas de sus artes sencillas* (página 193); pero no importa eso, la evolución y la transmutación son dogmas esenciales, ante los que todo el mundo debe inclinarse. Y ved hasta donde van las ideas preconcebidas! Hasta la negación de los hechos más ciertos: “*La tripulación de un buque salida de un país medio civilizado, naufragado eu las costas, si se juzga por la poca influencia que ejerce la mayor parte de los misioneros, no produciria efecto alguno notable eu los indigenas, á menos que no estuviesen de antemano algo adelantados.*” Algunos han querido hacer de Mr. Darwin un buen hombre; pero esto no es más que una frase hábil y astuta. Ved sinó esas pérfidas reservas de *medio civilizados* (por qué no civilizados?), *la mayor parte de los misioneros, á menos que no estuviesen de antemano algo avanzados.* ¡Tristes sutilezas! Negar que los misioneros han civilizado á los salvages es negar el sol.

Mr. Carlos Vogt se atreve además á estigmatizar la intolerancia de los dogmas cristianos! Y lo hace en el momento

en que, en Ginebra, en el centro de la revolución y de la libertad de conciencia, él, Vogt, pide en vano para los católicos un humilde sitio al sol! ¡ Cuántos gritos de rabia han resonado de todos los puntos del horizonte contra nosotros! Esto es verdaderamente demasiado audaz.



VI.

EL BOMBARDEO DE PARÍS.

Este capítulo no es pertinente al objeto del presente opúsculo, por cuya razón no se traduce.

VII.

UN MANIFIESTO POSITIVISTA.

Ha llegado á mis manos un discurso por M. Gilber Govi, en la apertura de los cursos de la Universidad de Turín; lo he leído con mucha atención y me ha ocasionado tanta tristeza que he resuelto expresar las causas que la han producido. Hablando propiamente, no es discurso ó arenga; y de ninguna manera puede ser discurso académico; es una predicación positivista bastante monótona, y aún mejor, es una alocución de venerable de lógia masónica, muy amigo de la verdad y de la virtud, pero muy enemigo de lo sobrenatural. Comentémoslo.

Titúlase, aunque malamente, LAS LEYES DE LA NATURALEZA; mientras que debería titularse: LOS HECHOS DE LA NATURALEZA. “La actividad en la naturaleza, dice M. Govi, produce dos órdenes distintos de hechos: los unos, ligados entre sí del mismo modo, invariablemente, ó al menos, desde una larga série de tiempo; los otros, independientes, libres y arbitrarios. El conjunto de los primeros constituye poco á poco LA CIENCIA, que no tiene que ocuparse de los segundos.”

Si M. Govi dijese, *la ciencia ó las ciencias físicas*, pase; pero la ciencia, en sentido absoluto, es demasiado arbitrario! La ciencia, en general, es el conocimiento de los seres, de sus relaciones, de los medios por los cuales se puede obrar sobre

ellos. Si no hubiese en el mundo más que seres físicos, el estudio de los seres físicos constituiría toda la ciencia ; pero ¿quién se atrevería á hacer tan descaradamente esa profesión de grosero materialismo ? Evidentemente hay en el mundo otros seres que no son las sustancias físicas. Que cesen pues los materialistas de querer encerrar toda la ciencia en el conjunto de los hechos necesarios ó ligados invariablemente entresí.

M. Govi tiene otra pretensión singular : conviene en que la palabra *ley* impone, de hecho, á la inteligencia términos igualmente necesarios : un *legislador* que formula leyes y un ser primitivamente libre que se somete á ellas : “pero, añade, *la ciencia, como ciencia, no implica la idea de un legislador.*” ¿No dependerá esto precisamente de que lo que él llama las leyes de la ciencia no son, en realidad, más que los hechos de la ciencia ? La razón que pretende dar de esa exclusión es verdaderamente extraña. “*Puesto que encontramos, dice, la sustancia del universo indestructible y activa en cada una de sus más pequeñas partes, ninguna necesidad tenemos de un poder creador y vivificante para comprender el veyén perpétuo de formas y de movimientos de donde resulta la concepción del universo. ¿Sustancia indestructible !* Esto no significa nada. En el mundo las sustancias se destruyen sin cesar : solo los átomos son los que parecen indestructibles ó por lo menos no se pierden.

Sin duda quiso decir Mr. Govi : *sustancias eternas*, única cosa que dispensaría de la potencia creadora ; pero él sabe muy bien, por la mecánica, la astronomía, la física, la geología, la geognosia, &c. &c., que el sol y la tierra no han existido siempre : sabe también que el *movimiento*, añadido á la *inercia* de las más pequeñas partes de la sustancia, no es una *actividad esencial* que pueda dispensarnos de una potencia vivificante ó de un primer motor. Este pasage de su discurso es muy osado, pero muy vacío de sentido.

No censuraré el sofisma que sigue, por el que pretende establecer, de otra manera, que de la existencia de un ser contingente y relativo no puede concluirse la existencia del ser necesario y absoluto. La escuela positivista se declara y se afirma en ser la escuela de los efectos sin causa ; y hasta establece, como principio, que es absurdo querer subir del efecto á la causa ; no llama dichoso, según lo dice el poeta, sino insensato al que ha querido y podido conocer las causas de las cosas, *felix qui potuit rerum cognoscere causas* ; admiraría al

hombre que, mecido en rica cuna, en el seno de un castillo de las Mil y una noches, se deleitase oyendo un concierto encantador, sin experimentar el deseo de saber que cosa era esa misteriosa orquesta ! ¿ No se apercibe esa pobre escuela que, en el fondo, no es más que la escuela de una ignorancia relativa profunda ; que el conocimiento del conjunto y de los detalles de los hechos físicos no es toda la ciencia ; que en su rebelión y en su lucha abierta contra las tendencias más invencibles del espíritu humano, no podrá vencer sino conduciéndonos á las más profundas tinieblas ?

Esta ejecución sumaría del legislador ó creador inquieta sin embargo la conciencia de M. Govi y tiene necesidad, sinó de justificar, al ménos de explicar su pensamiento : “ *Y no se eleve, dice, acusación contra la ciencia* (la ciencia, siempre la ciencia, porque no decís *las ciencias físicas*,) porque deshecha, como inútiles para ella ciertas *Nociones* (inútil la noción de Dios como creador y legislador !) llamadas sobrenaturales, precisamente porque no son sacadas de la *naturaleza* ! La ciencia ni las acoje, ni las rechaza, pero no siente su necesidad y marcha sin ellas adelante . . . Querer deducirlas de ella, sería absurdo, puesto que lo SOBRENATURAL no puede derivarse de los ELEMENTOS y derivarse por medios puramente NATURALES.

¡ Qué sofisma ! Es evidente que lo necesario no se deriva de lo contingente, ni el creador de la criatura, como tampoco la causa se deriva del efecto ; pero ¿ se sigue de ello que el espíritu humano no pueda y no deba remontarse de lo contingente á lo necesario, de la criatura al creador, de la causa al efecto ; y que esa ascensión no pueda y no deba ser objeto de otra ciencia tan estimable como la *ciencia física* ? Lo que extravía sin cesar á M. Govi es que para él no hay más ciencia que la ciencia física.

Por eso insiste, oponiéndonos este dilema verdaderamente insidioso. “ De hecho, ó el legislador *suprasensible* (colocado por encima de los sentidos) vá cambiando libremente y “ al imprevisto sus determinaciones y entónces es imposible “ toda ciencia, lo cual no está de acuerdo con los hechos ; ó “ el legislador es inmutable y entónces poco importa á la “ ciencia que la invariabilidad de las relaciones sea querida “ por un Ser fuera de la naturaleza, ó por actividades libres “ que están en la naturaleza y la constituyen.”

En esta argumentación hay un fondo de verdad ; tampoco

nosotros confundimos la teología con la física ; pero la pluma de M. Govi le ha hecho traición. Si esa *actividad libre* fuese un atributo de la naturaleza física y la constituyese, la ciencia sería tan imposible como con el pretendido legislador que cambia sus determinaciones al imprevisto. Colocar la actividad libre en el mundo material es negarlo y destruirlo. Haced pues la ciencia de la libertad humana !

Traduzco textualmente el largo pasaje que sigue y que es notable por su ingenuidad : es el lenguaje protector y desdeñoso de un venerable de logia masónica.

“ Si, apesar de eso, el *pretendido* conocimiento del legislador sirviese para la manifestación de las leyes, ó hiciese más fácil su descubrimiento, los hombres estudiosos podrían entonces acoger las revelaciones del *Suprasensible* con reconocido afecto y llegar más rápidamente al conocimiento de lo verdadero ; pero ninguna verdad natural se ha manifestado hasta ahora al hombre de ningún otro modo más que por la observación y el estudio ; así pues la *ciencia* (decid alguna vez las ciencias físicas) puede, sin ofender las *creencias*, no ocuparse de lo *suprasensible* que no tiene importancia para ella y limitar sus indagaciones á los fenómenos de la naturaleza, los únicos que pueden conducir al conocimiento de esa verdad por cuya conquista trabaja con todos sus esfuerzos. ”

“ El sabio no hace la guerra á la fé, cuando, en su calidad de indagador de la naturaleza, no le pide un apoyo que la fé no puede darle. La separación de las ciencias y de las creencias se hace cada día más necesaria para el progreso intelectual ; y ya es tiempo de que los sabios y los creyentes se convenzan de esta necesidad. Han pasado los tiempos de Omar y nadie se atrevería hoy á sostener imprudentemente lo que decía el califa al incendiar los tesoros de la sabiduría antigua : *O estos libros contienen lo que encierra el Corán y son inútiles ; ó contienen otra cosa y entonces son mentirosos y condenables.* Si Omar no dijo eso y si no destruyó la biblioteca de Alejandría, el dilema tiene, no obstante, bastantes partidarios y partidarios encarnizados para que la historia pueda acoger ese relato como un hecho doloroso de diversas edades y de diversas naciones.

“ Así pues, *las leyes de la naturaleza son las relaciones esenciales y constantes de los seres del universo y relaciones hechas de este modo no tienen necesidad de ser referidas á las*

“ causas, porque los séres, por la única razón de que existen, no pueden dejar de tener relaciones entre sí.”

¡ Cuánta contradicción, cuánta audacia y qué galimatías !
¡ CONTRADICCIÓN ! ¿ A qué viene ese hostil preámbulo, si la ciencia no tiene necesidad de ley ? ¿ Por qué no se deja enteramente de lado al Creador, al legislador, lo sobrenatural y lo suprasensible ? ¿ Por qué no se aborda directamente la ciencia y el progreso ? ¿ Por qué esa obstinación en hacer atea á la ciencia ? ¿ Por qué ese partido preconcebido de hacerla odiosa á las almas honradas y cristianas ?

¡ AUDACIA ! Evidentemente que Omar es la Iglesia ; el Corán es la Biblia ! El incidente es el *Index*. Aparte del hecho único de Galileo, hecho que recae lo mismo sobre los sabios contemporáneos que sobre los jueces de la inquisición, ¿ hemos hecho alguna vez ese odioso dilema ? ¿ Le hemos vuelto la espalda y hemos rechazado la ciencia ? Por el contrario, ¿ qué estamos diciendo sin cesar á esos sabios ? Marchad adelante con la cabeza erguida, buscad, estudiad, sondead, verificad análisis y síntesis, sois nuestros hermanos, creed por millares y millares ! Ningún miedo nos causais ni tampoco nos lo causan vuestros progresos ! Los hechos de la revelación no pueden ser contrarios á los hechos de la naturaleza ! Y cuando vuestra ciencia haya llegado al estado de verdad plenamente demostrada, de teoría perfectamente cierta, os demostraremos hasta la evidencia que está en perfecto acuerdo con nuestra fé ! Vosotros ah ! por una fatal aberración de espíritu, trabajais todo lo posible para hacémosla sospechosa y odiosa ! Nosotros, por el contrario, cuando llegue el momento, sabremos justificarla de vuestras mentirosas acusaciones y hacer resplandecer su ortodoxia ! ¿ De qué parte están los amigos verdaderos y sinceros de la ciencia ? ¿ Me sería muy difícil probar que yo, humilde creyente, sacerdote ferviente de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, la he servido incomparablemente mejor y la he amado más que vos, que habeis gastado vuestras fuerzas en una charlatanería ridícula y declamatoria ?

¡ GALIMATÍAS ! Las relaciones que M. Govi asegura existen entre los séres, por la sola razón de que existen, no son leyes sino simplemente hechos ; y por eso encontramos mal que haya puesto como causa á Dios creador y legislador, solo para renegar de él. Una vez puestas de lado las causas, no quedan más que hechos, que las ciencias físicas tienen por objeto recojer y coordinar.

¡ GALIMATÍAS ! Escuchad este extraño razonamiento.

“ Además, los séres, cuyo conjunto constituye el universo, ¿ son libres ú obligados ? Las nociones que sobre ello posee el hombre no bastan á enseñárnoslo ! ¿ Se comprendería quizás mejor la marcha general de los fenómenos suponiendo libres las únicas *actividades, átomos ó mónadas* (para servirse de la expresión de Leibnitz) ? En efecto, no excluyendo la libertad de querer la persistencia continuada, hasta ilimitada, en una misma determinación, un acto libremente querido, podría asumir, por su constancia y su duración, apariencias que le hicieran parecer necesario y forzado ; y de este modo viniendo á unirse la concepción de la libertad y de la actividad espontáneas á la de los elementos de las cosas, no parecería *fuera de la naturaleza (fuor di natura)* encontrar en el mundo séres libres y activos ? Así se daría fin, de un solo golpe, á la antigua guerra entre los *Materialistas* y los *Espiritualistas*, guerra que parece querer encenderse de nuevo en nuestros días, con más encarnizamiento que nunca.”

¡ Proclamar que lo difícil es admitir en la naturaleza, sin negarla, la existencia de séres libres ! ¡ No conseguir la resolución de este problema elemental sino dotando de libertad y de voluntad, no ya á los cuerpos, á las partículas, á las moléculas de los cuerpos, sino á sus átomos, ó á sus mónadas ! ¿ No es este, en efecto, el galimatías más homérico que se puede imaginar, y el más completo trastorno de todas las leyes de la razón ? ¿ Por qué no habría á la vez, en la naturaleza, espíritus ó séres simples, activos y libres, y mónadas ó átomos sencillamente movibles é inertes, sin que se viese nadie en la necesidad de convertir el movimiento en libertad y en voluntad ?

Todavía tenemos que hacer resaltar cierto número de aserciones gratuitas y de pretensiones temerarias. M. Govi aspira nada ménos que á hacer de la ciencia, es decir, de las ciencias físicas, la fuente no solo de toda verdad, sino de toda santidad. Se propone, como se vé, continuar, cada vez mejor, su papel de venerable de logia.

“ *Es una ley de la naturaleza, dice, que la ciencia y el perfeccionamiento moral y material del hombre marchen inevitablemente unidos.* ”

¡ MATERIAL ! Sí, hasta cierto punto, hasta cierto límite ; porque el progreso material, exagerado y emancipado del ele-

mento religioso, conducirá forzosamente á la barbarie ! ¿ No vemos claramente como se aumenta y se hace gigante el pauperismo ?

¡ MORAL ! No, mil veces no ; la ciencia sola, sin la fé, sin la gracia, es impotente, por regla general, para hacer un perfecto hombre honrado.

M. Govi se atreve á formular este principio : “ La ciencia y el dominio de la naturaleza, adquiridos por el trabajo fatigante de los pensadores, ó por la virtud oculta que imprevistamente se infunde en ellos, están siempre asociadas, de una manera indisoluble, con las virtudes domésticas y civiles y con todos los demás factores de que resulta la felicidad de las naciones.” Al escribir estas palabras, comprendía que decía lo contrario de la verdad, que desconocía enteramente la naturaleza y las pasiones del corazón humano. Los escritores del siglo de Augusto, Lucrecio, Cicerón, Séneca, Plinio, &c., nos admiran todavía hoy con sus trabajos científicos ! San Pablo, en su Espístola á los Romanos hace la historia de los filósofos de aquel gran siglo ; es un testigo ocular ; ¿ por qué no lo ha leído y releído M. Govi antes de escribir ? ¿ No es un hecho palpable que la ciencia y la virtud no son una sola y misma cosa, sobre todo cuando por la palabra *ciencia* no se comprende, según el mismo M. Govi, más que *las ciencias físicas y naturales* ? Esas ciencias físicas y naturales serán siempre, quiérase ó no se quiera, la herencia de una minoría muy pequeña. Las masas jamás serán sabias ! En la teoría de M. Govi, la virtud sería pues la herencia de un número muy pequeño ! Por ventura no nos prueba la experiencia de todos los días que la ciencia y el vicio hacen frecuentemente muy buena liga ? Releed, pues, querido amigo, la historia de Augusto Comte, el gran sacerdote de vuestra escuela positivista, por su sucesor el entusiasta Littré !

Este bravo Govi lleva verdaderamente al último extremo la simpleza, cuando exclama : “ Una dichosa disposición de alma puede hacer dulce y justo al que vive en la ignorancia ; pero frecuentemente la porción animal y salvaje del hombre, excitada y atormentada por la violencia de las cosas, á que no puede oponer compensación alguna, sacude el freno de la conciencia y se revela contra el deber.” Esto es proclamar la increíble pretensión de que la ignorancia de las ciencias físicas y naturales conduce, por regla general, á la rebelión contra la sociedad y que el conocimiento de esas cien-

cias es lo único que puede encadenar los instintos salvages del hombre. Todavía vá más léjos! Se atreve á decir, en la página 34, que: *No puede suponerse que ningun hombre (á ménos que no esté loco), quiera á sabiendas, hacer lo que le perjudica indirectamente, ó por vía directa, turbando el desarrollo de la Asociación á que pertenece.*"

En tal concepto, el positivismo es una utopia loca, que supone la ignorancia absoluta del hombre y de la historia y que rehusa voluntariamente mirar de frente el mundo contemporáneo. Si hay algún hecho más brillante que la luz, es el de que el hombre, aun cuando sea instruido, y hasta sabio, se hace libre y fatalmente suicida, homicida, parricida. ¿No conoce acaso M. Govi la célebre frase de Ovidio, que es la gran palabra de la humanidad: *Video meliora proboque deteriora sequor?* No ha oido tampoco este gran grito de dolor del grande Apóstol San Pablo: *Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago.* Qué inocente es M. Govi!

Le concedo que: "Si se pudiese admitir en principio que un pueblo es tanto mejor cuanto más relaciones naturales y esenciales conoce entre los séres, y que por tanto las respeta más y las *hace converger al bien*, no se encontraría extraño que todas las fuerzas de la inteligencia humana se han dedicado y se dedican á demostrar las leyes de la naturaleza; si es cierto que el hombre que tiene sed de conocer, que está dotado de la facultad de extinguirse por el desarrollo de su inteligencia, conduciendo á los séres que lo rodean á hacerse, en cierto modo, parte de él mismo, vé surgir siempre conquistas hechas sobre las energías naturales, satisfacciones materiales, contento, tranquilidad, mejores disposiciones para la práctica del bien; si, en una palabra, el hombre desarrollable y perfectible por la vía de la ciencia, se elevase, no á expensas sino en provecho de la virtud, nadie titubearía en reconocer que la ciencia es una dichosa adición á los preceptos dogmáticos." Nosotros, los cristianos, admitimos sin pena y siempre hemos admitido que si, al precepto viene á unirse por la ciencia el sentimiento de que el acto ordenado es necesario al pleno desarrollo del individuo y de la sociedad, resulta de ello cierta superioridad moral y un mejoramiento teórico de la vida humana; pero negamos absolutamente que el conocimiento de los fenómenos físicos y naturales pueda, por sí solo, engendrar la virtud, aparte de toda doctrina y de toda práctica religiosa! Sostenemos, y el porvenir nos dará mil veces la razón, que si

fuese necesario escoger entre la religión sin las ciencias físicas y las ciencias físicas sin la religión, no titubearíamos un instante, aún sin consultar más que nuestro amor á nuestros semejantes, en preferir la religión sin la ciencia. No exageramos nada! Basta á la mayoría de los hombres la física de la naturaleza; y la ciencia no será jamás sino una excepción, un bello privilegio, el privilegio del menor número, que debemos animar y que animamos con nuestros esfuerzos. Tengo la profunda convicción de que la ciencia sin la religión sería para la humanidad un enemigo mortal, un violento veneno! Y gimo profundamente cuando oigo á M. Govi hacerse el apóstol y el eco de las blasfemias de la moral independiente: "*Así pues, entre los hechos de la naturaleza y no en otra parte alguna es donde hay que buscar las leyes capaces de hacer al hombre mejor y más dichoso. Quizás se vea ménos tentada de sustraerse á ellas la voluntad humana, cuando sepa que las leyes no le son impuestas por un libre árbitro, sino que representan las condiciones indispensables para nuestro pleno desarrollo, para nuestro más rápido perfeccionamiento.* Utopía insondable, sueño insensato, ceguedad homicida!

Amo y admiro vuestra ciencia, Govi, la hago mia tanto y más que vuestra; pero, por favor, dejadme mi fé en Jesu-Cristo redentor. La historia pasada y porvenir de la humanidad, está toda entera en las dos siguientes líneas de San Pablo. En donde Jesu-Cristo no ha reinado, en donde no reine Jesu-Cristo, abundan los delitos y con ellos la noche; en donde Jesu-Cristo ha reinado, ó en donde reine Jesu-Cristo, la gracia estará victoriosa y por la gracia la justicia y la vida, en este mundo y en la eternidad.

Son muy viejos y muy culpables, querido Govi, los apóstoles de la moral independiente! Ved su retrato y su historia, trazados de mano maestra, por uno de los más hermosos genios y de los corazones más grandes de la humanidad, San Agustin: "Han existido y existirán filósofos que se apresuran á persuadir á los hombres de que deben vivir bien, pero " no ser cristianos; disertando de las virtudes y de los vicios " con una ardiente y refinada sutileza; dividiendo, disecando, " definiendo, aglomerando unos sobre otros los razonamientos " más sutiles, llenando libros, haciendo resonar bien alto, al " son de trompeta, la sabiduría que en ellos se desborda, en " ellos, que dicen ardentemente á sus contemporáneos: Si " quereis vivir dichosos, seguidnos, afiliaos en nuestra secta!

“ Ah ! Entran en el redil no por la puerta, como el buen Pastor, sino por la ventana como el lobo voraz. Quieren perder, “ devorar y matar ! ”

Lo mismo que ellos, sus sucesores perderán, devorarán, matarán !

Ved cuán grande es, en mi favor, M. Govi, la distancia que nos separa. Yo quiero, como vos, la ciencia ; la quiero más que vos, la quiero sin reserva, con la única condición de que sea un hecho ó una ley cierta ; pero amo todavía más, porque son de orden más elevado, mi religión y mi fé ; y de antemano estoy seguro que jamás ningún hecho ni ninguna ley de la ciencia estarán en oposición con ningún hecho ni ninguna ley de la revelación. Vosotros rechazais mi religión y mi fé porque no son del dominio de vuestros reactivos y de vuestras balanzas ; y las rechazais aún cuando está demostrado por la razón y por la historia que la fé cristiana contribuye más que la ciencia á poner á la humanidad en posesión de la verdad, de la virtud y de la dicha.

Mi bandera es religión y ciencia ! La vuestra es *ciencia sola* ; pero tened cuidado, vuestra ciencia sola, tarde ó temprano, es homicida ! Está sin cesar en contradicción consigo misma. Os doy como prueba lo que decis de *la libertad de pensar*, que elevais á la dignidad de ley de la naturaleza ! Sin ella, decis, no hay ni ciencia, ni progreso, ni civilización, ni dicha. Al parecer la quereis absoluta y he aquí que en seguida añadís : *El libre pensamiento no es la facultad de hacer pasar al estado de actos todos los consejos del espíritu ; no puede ser la negación de los lazos entre las causas y las acciones. Pensar libremente significa que no se impongan límites arbitrarios á las especulaciones de la razón.*” Ya lo veis, vuestra libertad de pensar es como la mia, limitada ; con la diferencia de que vos le dais por correctivo las relaciones abstractas de los seres entre sí ; mientras que yo me limito á decirle que tenga cuidado, que desconfíe de sí misma, cuando se encuentre en contradicción con una autoridad infalible ó con verdades incontestablemente establecidas. Los límites que yo opongo á la libertad de pensar son simplemente : las playas en que los mares vienen á romper sus olas impetuosas ; los diques del rio que encauzan la magestad bienhechora de su curso ; las bridas del carro que sirven para defenderlo del abismo ; el freno del corcel que le impide arrastrar y matar á su caballero. Esa es la libertad del cristianismo y de la verdad ; y creedme, querido Govi, no

hay libertad verdadera más que la que el Hijo de Dios trajo á la tierra !

Apesar vuestro, os aproximais á ella cuando convenis en que el único límite que el hombre tiene el derecho de imponerle, no ya al pensamiento, sino á los actos (palabras y acciones) del hombre, surge de la necesidad de hacer respetar en cada cual la facultad de conservar y de perfeccionar en sí el beneficio de todos.

Al concluir nos convidais para la época en que, gracias á la ciencia han de reinar sobre la tierra, el predominio del hombre sobre las cosas, la seguridad de la vida, la rectitud, la dicha, el amor : esperais que entónces cesarán nuestras cóleras, que seremos felices y estaremos orgullosos de gozar de todos estos bienes debidos á *la ciencia libre y sola* (libera e sola); que exclamaremos con vosotros ; LA CIENCIA (LIBRE Y SOLA) ES PODER Y VIRTUD. Ilusión ! Ilusión ! Esa edad de oro no llegará jamás ! La ciencia libre y sola será cada vez más la EDAD DE HIERRO ! Desdeñosa ó enemiga de la religión, será mal que le pese, desdeñosa ó enemiga de la humanidad, porque el hombre no vive solo de pan, sino de la verdad que procede de Dios !

FIN.

INDICE.

	PÁGINAS.
Al lector	3
La fé y la ciencia	5
Introducción.	7
Prefacio	9
Prólogo	29
Religion y Patria	37
Prefacio	39
I. Creación del mundo organizado	41
II. El pueblo rey del porvenir.....	64
III. Ciencia y revelación, razón y fé	64
IV. La ciencia en la nueva vida nacional de Alemania	82
V. La descendencia del hombre y la selección sexual	90
VI. El bombardeo de París.....,.....	96
VII. Un manifiesto positivista.....	96

.....

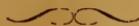
FE DE ERRATAS.

PÁGS.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
—	—	—	—
14	19	al	el
25	15	Exocdo	Exodo
26	12	muchos	mundos
30	2	el	del
„	4	Tuspe paras, pucri	Turpe paras, pueri
„	37	genmsa	genma
31	21	lloran	llora
32	7 y 8	enseñada	enseñadas
33	2	<i>disciverno</i>	<i>discierno</i>
41	15	anos	años
47	10	silurrianos	silurianos
51	21	úclope	cíclope
54	33	circularse	circular
62	7	huesamentas	osamentas
74	1	halla	haya
76	25	se olvida que	se olvida de que
80	14	dinamómento	dinamómetro

Lr D. Juan B. Rodriguez
et de Juan Baptista Rodriguez

UN PEQUEÑO LIBRO
DE ACTUALIDAD.

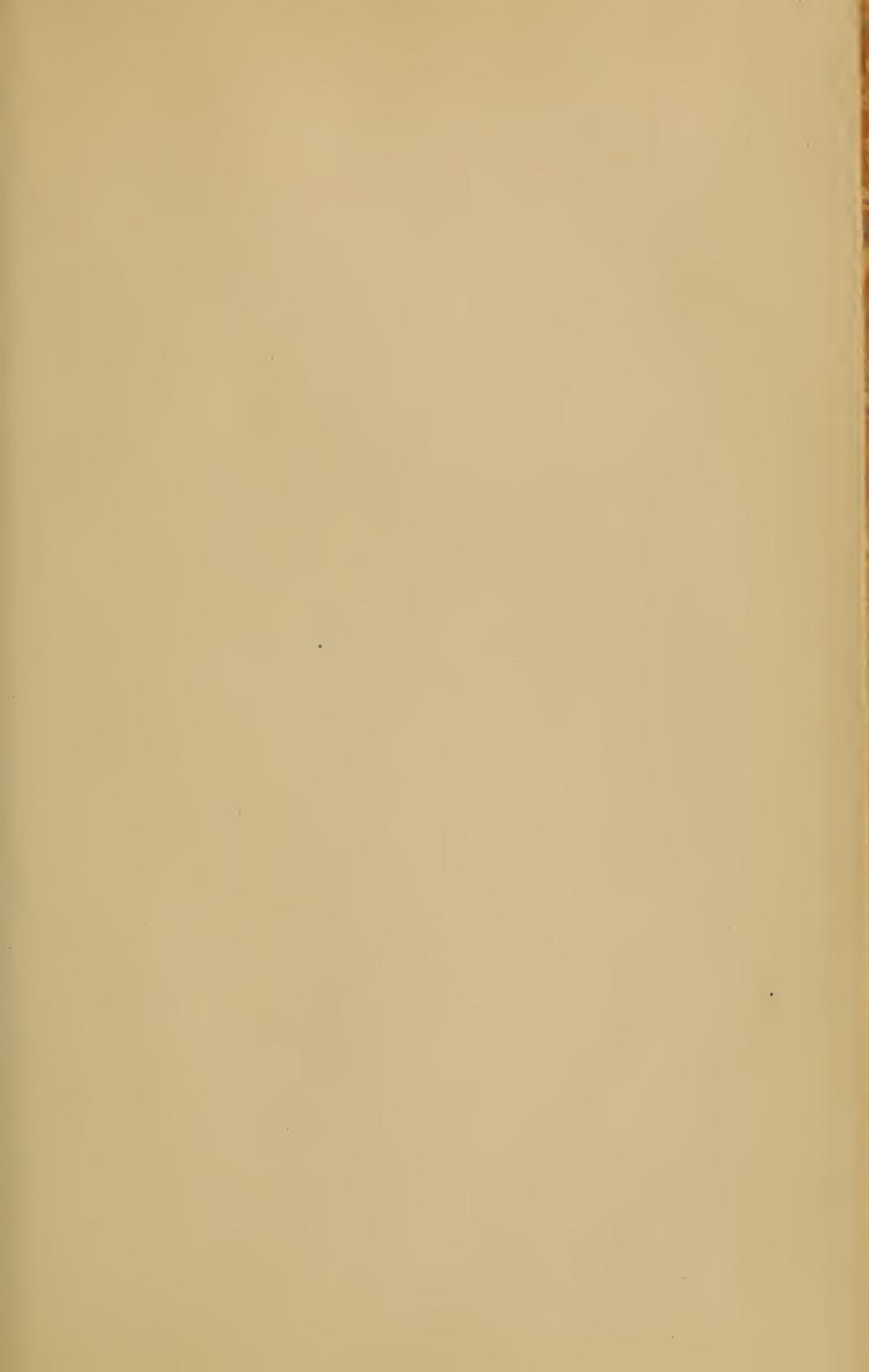
DE CIRCULACION GRATUITA.

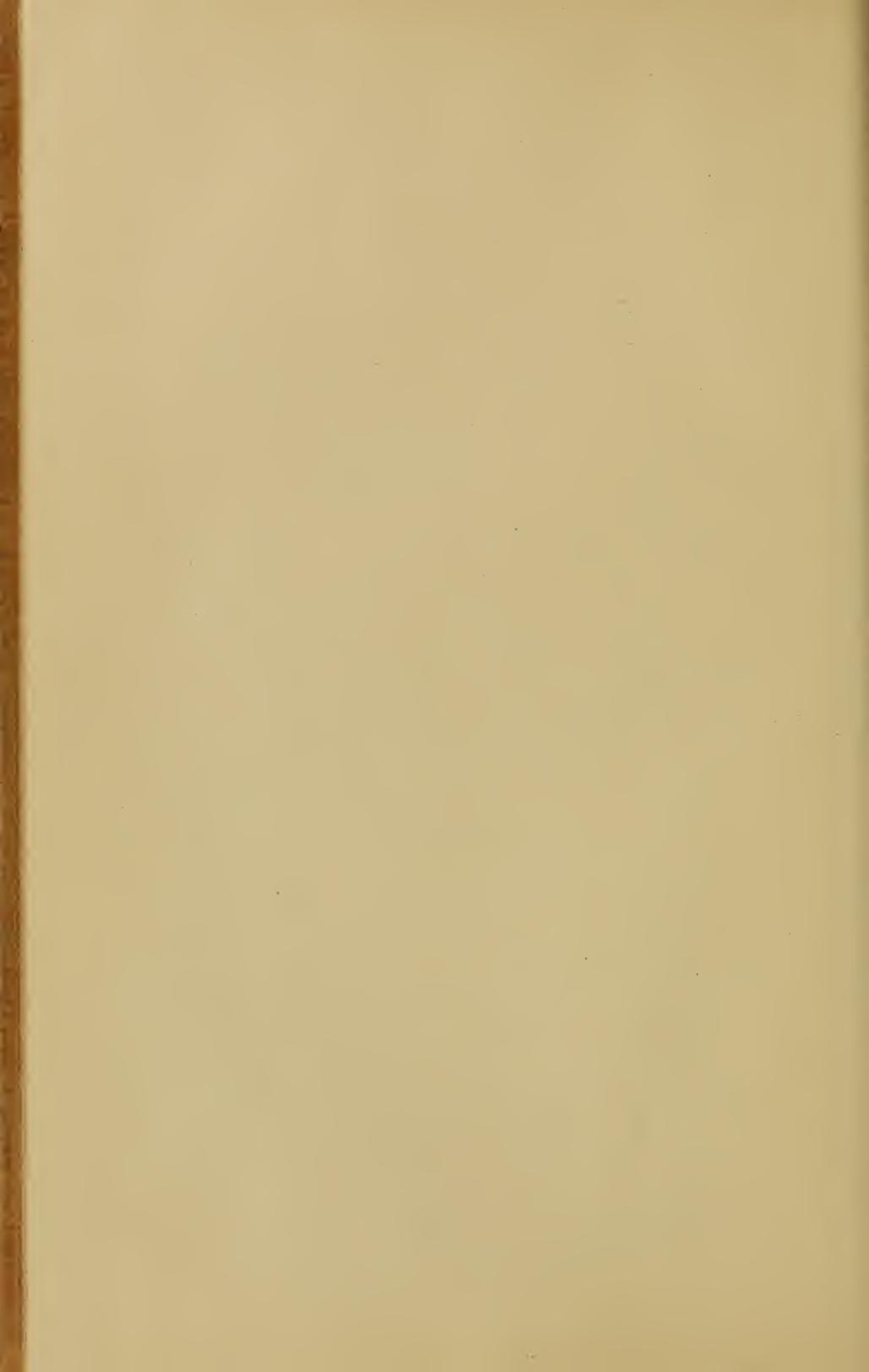


PUERTO-RICO.
IMP. DE JOSÉ GONZALEZ FONT.
1884.

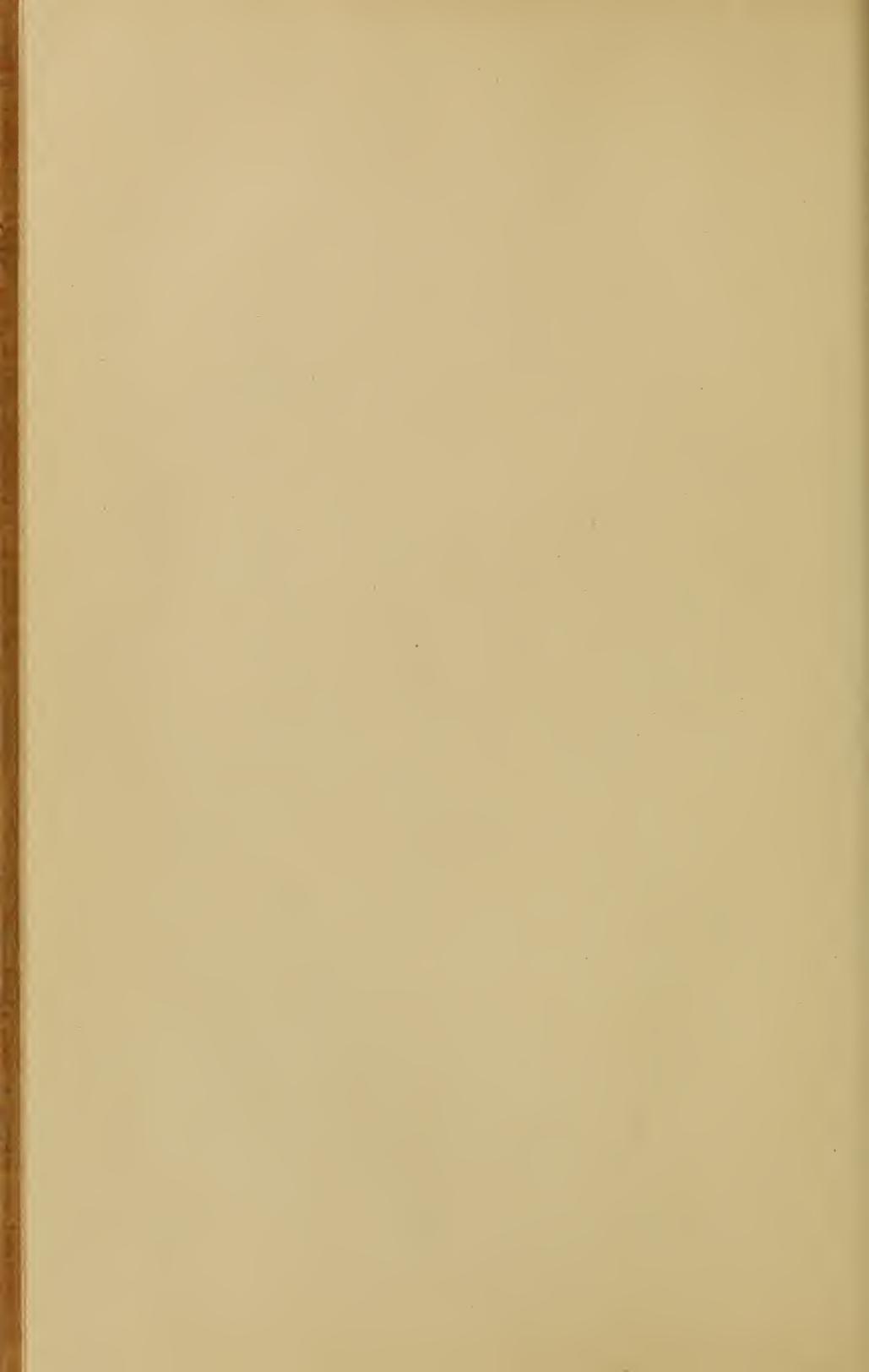
SPENCER

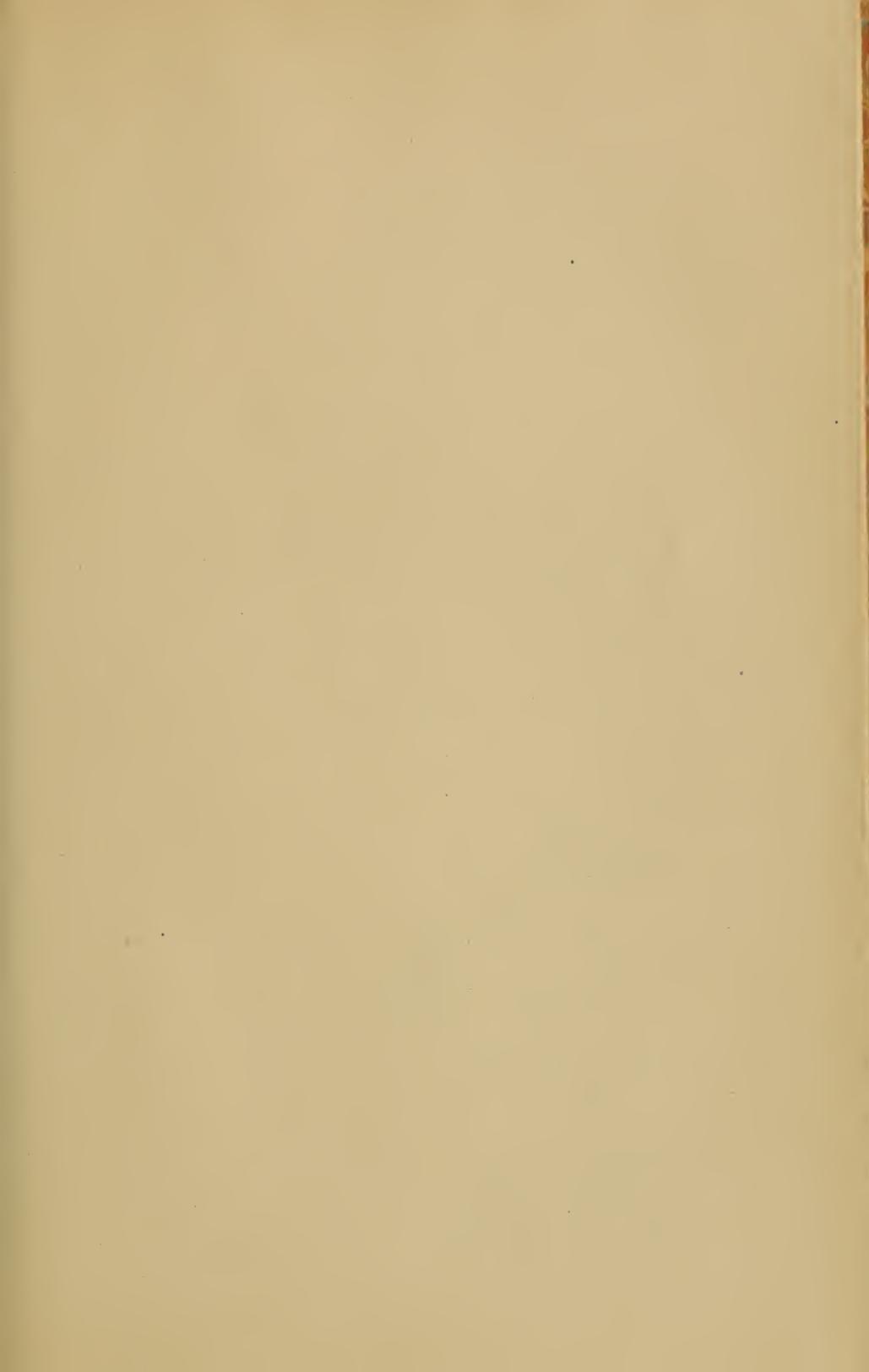
EXHIBIT





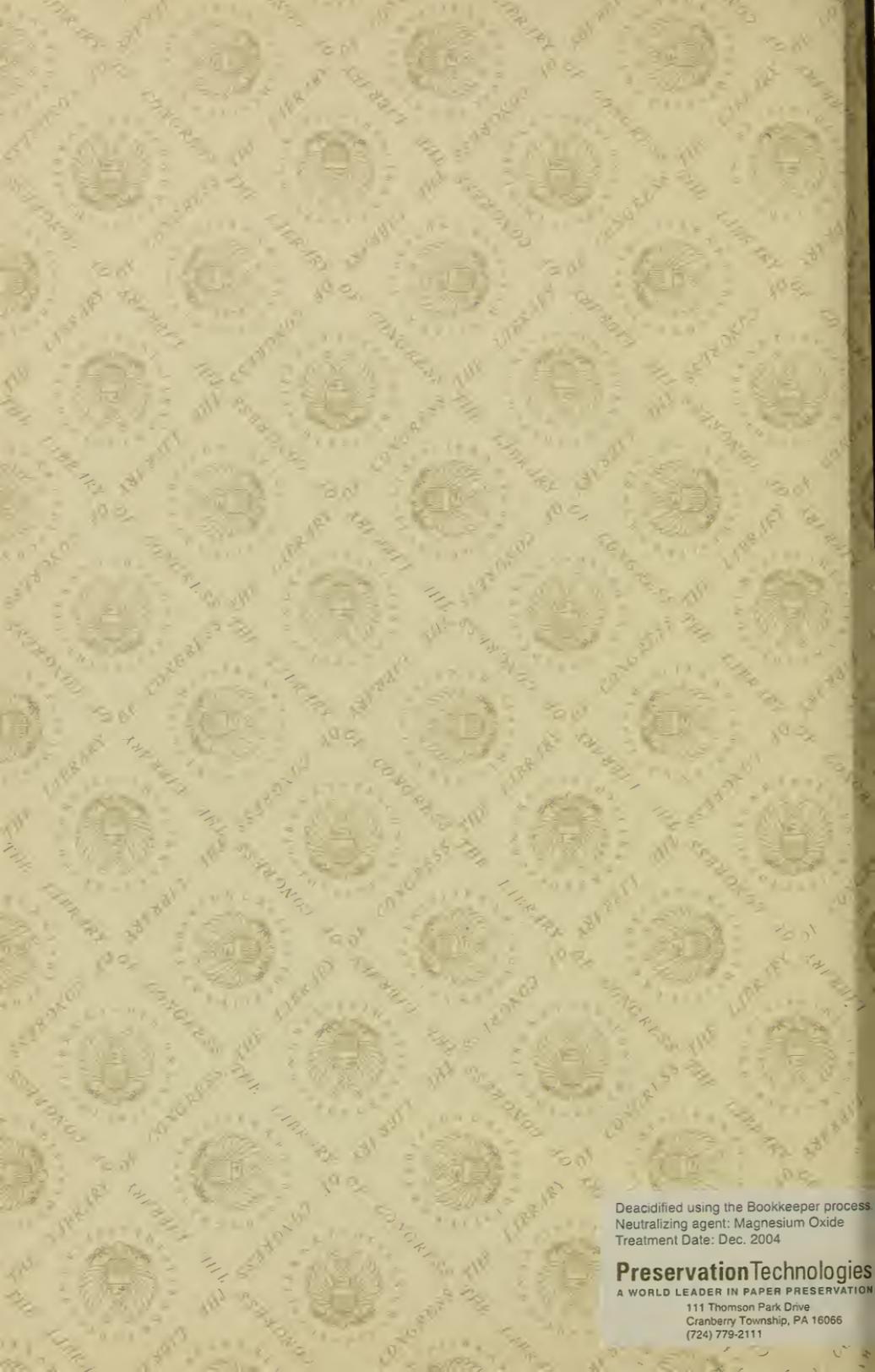












Deacidified using the Bookkeeper process
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Dec. 2004

Preservation Technologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION

111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111



LIBRARY OF CONGRESS



0 013 654 322 2

